

Recensiones

Fernando WULFF ALONSO - Manuel ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR (Eds.), *Antigüedad y franquismo (1936-1975)*, Málaga, CEDMA, 2003, 309 pp. [ISBN: 84-7785-586-2].

El presente volumen es el resultado de un logrado conjunto de trabajos en los que varios especialistas de renombre reunidos en el congreso titulado *Antigüedad y franquismo (1936-1975)* exponen los resultados de sus investigaciones sobre los límites y el tratamiento de la Antigüedad hispana en los años del franquismo en las disciplinas de la Arqueología, la Prehistoria y la Historia Antigua. El guerrero presente en la portada del libro nos conduce a pensar ya en algunas de las cuestiones planteadas en dicho congreso. Algunas de estas aportaciones vienen acompañadas de una selección de fotografías, cuadros, tablas, esquemas o notas a pie de página que facilitan la comprensión. La obra se compone de diez artículos de una extensión relativamente proporcionada, precedidos de una introducción previa de los editores y seguida de una amplia y cuidada bibliografía sobre las cuestiones abarcadas. Podemos decir que en conjunto los autores demuestran un amplio y detallado conocimiento de las cuestiones tratadas como la imagen que de la Antigüedad se tenía con Franco, la educación franquista o la concepción que de Tartesos se tenía en estos años. Todo esto se debe a que los autores no han dudado en emplear tanto las fuentes escritas clásicas y contemporáneas, así como las fuentes arqueológicas de que se tiene constancia, inclusive los estudios realizados con anterioridad sobre las cuestiones planteadas en el libro.

Este libro es el resultado de las Actas del Congreso celebrado en Málaga en 2003, en el que varios investigadores aportaron sus artículos o trabajos sobre Antigüedad y franquismo. Como se ha señalado antes, la obra está estructurada en diez artículos, algunos de ellos subdivididos en varios epígrafes, precedidos, no obstante, de una introducción en la que los editores inauguran los temas fundamentales que serán analizados en el libro.

El primer artículo "Los antecedentes y algunos consecuentes de la imagen franquista de la Antigüedad" corresponde a Fernando Wulff Alonso, profesor de la Universidad de Málaga y uno de los editores de las Actas junto a Manuel Álvarez Martí-Aguilar. En este artículo se deja constancia de la represión experimentada con el franquismo. Aunque existía una tendencia liberal representada por la *Historia de España* de Modesto Lafuente, con el franquismo la historia que prima es más conservadora (Ocampo o Juan de Mariana). El autor viene a concluir que con el franquismo se produjo una ruptura con los intentos de articular una estructura no centralista de España, suponiendo una estructura no centralista del estado burgués. Además, el franquismo interpretó a los romanos como los invasores de los autóctonos de la Península, verdaderos antepasados de los españoles.

En el siguiente artículo Margarita Díaz-Andréu, del Departamento de Arqueología de la Universidad de Durham, analiza la relación existente entre la arqueología y las dictaduras en

Italia, Alemania y España, y las coincidencias entre éstas. La autora viene a señalar que las distintas dictaduras pretendieron en todo momento servirse del esplendor del pasado autóctono. Así si con Mussolini fue Augusto, con Hitler fue el ario y con Franco Numancia o Sagunto. Fueron los arqueólogos afines a los regímenes quienes se vieron favorecidos. Esto se dejó patente en la Mostra donde el fascismo italiano quedaba identificado como el heredero de la grandeza romana. En Alemania fue la prehistoria la que más se favoreció por las circunstancias, quedando la filología y el clasicismo ligado al IAA. En España el CSIC sustituyó a partir de 1939 a la Junta para la Ampliación de Estudios, experimentándose de forma paralela una potencialización educativa de los museos. En estos regímenes el recurso a la raza no fue infrecuente, y en España las disciplinas se moldearon al servicio del régimen. Hay que indicar que en este artículo son de gran utilidad las tablas sobre cátedras de arqueología en las universidades españolas.

Antonio Duplá de la Universidad del País Vasco nos presenta en el tercer artículo el papel que la Historia Antigua desempeñó en Falange. El tema clásico fue fundamental en la elaboración política, ideológica y propagandística de Falange. José Antonio Primo de Rivera exaltó a los grandes personajes hispanos, identificando el comunismo con las invasiones bárbaras. En estos años fue importante la actividad de Antonio Tovar que con la revista *El imperio de España*, revista de vocación propagandística, permitió a Falange educar al pueblo. Fue también importante la revista *Jerarquía*, más moderna y liberal, y la *Semana Augustea* de Zaragoza. Los falangistas contaron con la plataforma de la Dirección nacional de Prensa y propaganda como instrumento de adoctrinamiento, aunque no obstante no controlaron el MEN. Falange consideró que España entró en la Historia de la mano de Roma.

Del CSIC y de la Antigüedad se ocupa en su artículo Gloria Mora. Este organismo nació el 24 de Noviembre de 1939 y de él dependió entre 1951-1972 el Instituto Rodrigo Caro presidido por García y Bellido. Hubo una preocupación por la búsqueda de la esencia de la identidad española, y la latinidad y la romanización eran identificadas con la civilización y el cristianismo. En este artículo la profesora Mora llega a la conclusión de que el régimen franquista no utilizó la arqueología para sus fines de legitimación política en la misma medida que Alemania o Italia.

A continuación encontramos el estudio realizado por Alberto Prieto Arciniega, de la Universidad Autónoma de Barcelona, sobre la "Antigüedad en la España Franquista". En él se sostiene que durante los años del franquismo se defendió en la enseñanza la grandeza y unidad de la cultura española. En estos momentos las escuelas católicas fueron vinculando cada vez más el catolicismo con el nacionalismo, experimentándose una censura y depuración de profesores y manuales. En el bachillerato fue común la asignatura llamada "Formación del Espíritu Nacional" donde se exponía el mito de la cruzada de Franco. Paralelamente, en los libros de texto utilizados se observaba algún contenido racista y un tono militante en el temario. Finalmente y con respecto a las ilustraciones, ocuparon un papel secundario recurriendo para ello a la pintura romántica, mientras que en el NODO sólo se hizo referencia mínima a Covadonga.

Enrique Gozalves Cravioto dedica su ponencia al "África Antigua en la historiografía y arqueología de época franquista". Siguiendo la estela dejada por la historiografía de autores franceses sobre el norte de África, la investigación española en estos términos territoriales se vio en cierto modo iniciada de la mano de Montalbán y de su sucesor Pelayo Quintero. Un hecho de gran interés por la arqueología norteafricana, arqueología en la que lo que primaba era lo púnico, fue la fundación en 1940 de un museo español en Marruecos. Como en otros ámbitos, en la arqueología norteafricana existió una rivalidad entre investigadores que no sólo fue profesional sino que también lo fue ideológica. Tal fue el caso del monárquico

Pelayo Quintero, quien se vio enfrentado al filofranquista Martínez Santa Olalla. A parte de Antonio Tovar, García y Bellido y César Morán Bardón, el nombre más destacado de la historiografía española en estos territorios no era sino el de Miguel Tarradell. Centrando sus trabajos en el protectorado español, ejerció un método científico con niveles y prospecciones datando cronológicamente por medio del material cerámico. Fue el artífice de la expresión “Círculo del Estrecho” dando una nueva cronología para la romanización de Marruecos. Finalmente, el autor considera que con la romanización de Marruecos descendió en gran medida la producción historiográfica española en el norte de África.

En el siguiente artículo Arturo Ruiz, Alberto Sánchez y Juan Pedro Bellón nos explican de qué forma fueron tratados los iberos en la historiografía de los años del franquismo. Mediante este trabajo los autores vienen a considerar a Santa Olalla como uno de los grandes investigadores del momento y como uno de los artífices en minimizar como foráneo lo ibérico en beneficio de lo céltico. Los autores abarcan el duelo profesional entre el iberista Tovar y el celtista Almagro Basch, partiendo de la tesis de que tanto lo celta como lo íbero eran una cuestión no prioritaria en la definición del origen de lo español para el nuevo régimen. Hasta el momento la tradición institucionalista había defendido una cultura hispánica y no ibérica. Fue García y Bellido quien, desde posturas positivistas, defendió la existencia de una etnia íbera. Se deja patente que la importancia de la Dama de Elche en estos años fue prioritaria. Se señala también que Pericot afirmó que en el siglo V a. C. lo celta y lo íbero eran ya cosas distintas. Pero el paso más importante lo dio Maluquer al sostener que la población íbera era de abolengo racial afromediterráneo, siendo el pueblo más antiguo de España. Por otro lado, se hace hincapié en el tradicionalismo liberal, corriente que defendía el iberismo como identidad nacional presente a lo largo de toda la Historia. Por último, los autores tratan las distintas teorías sobre las edades para los iberos.

Manuel Álvarez Martí-Aguilar, segundo de los editores de la obra, trata en su artículo todo lo tocante a Tartesos. Como bien indica el autor, lo que pretende no es sino descubrir la lógica del ideario político franquista y el lenguaje historiográfico que conformaron la imagen de Tartesos. En general los autores españoles defendieron el carácter autóctono de los tartesios. Se deja constancia de que fueron las tesis de Maluquer las que primaron al concebir lo tartesio como algo autóctono condicionado por el contacto con griegos y fenicios. El autor sostiene que fueron las fuentes literarias y no arqueológicas las que aportaron la concepción indigenista de lo tartesio. Pero en realidad fue en el Congreso de Jerez de 1968 donde se consolidó la imagen de Tartesos como una cultura indígena ajena a influencias externas. En último término, Manuel Martí-Aguilar abarca la cuestión de la confluencia de los autoctonismos.

De “La historiografía y uso público de los celtas en la España franquista” se ocupa Gonzalo Ruiz Zapatero, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid. Es de destacar en este artículo la espléndida utilización de dibujos y fotografías que permiten aclarar cuestiones vagas en el lector o facilitar la comprensión. El autor parte de la tesis de que los franquistas manipularon en su favor lo céltico, hasta el momento de que se llegó a cuestionar la existencia de lo íbero. Con respecto a las cuestiones de los etnones célticos, mientras que Bosch Guimpera defendía un mosaico étnico, Martínez Santa Olalla defendía un panceltismo radical y Almagro Basch uno moderado. La divulgación céltica se manifestó en todos los medios posibles tendiendo a la tergiversación y al uso nacional de lo céltico.

Los artículos se cierran con la aportación de Jordi Cortadella con “Notas sobre el franquismo y la Historia Antigua en Cataluña”. Se deja manifiesto el hecho de que la arqueología en Cataluña estuvo dominada en un primer momento por los alemanes como Schulten o Frickenhaus. Pero fue Bosch Guimpera quien centrandó parte de sus estudios en Ampurias se ocupó del estudio de la base étnica catalana. Además de Bosch Guimpera, otra figura de

suma importancia en estos términos fue Almagro Basch, aunque también lo fueron los alumnos de Bosch Guimpera como Maluquer, Tarradell o Palol.

Como conclusión, podemos afirmar que se trata de una obra que, siempre con una prioritaria finalidad divulgativa, recoge con maestría las ponencias del congreso celebrado en Málaga titulado “Arqueología y franquismo (1936-1975)” analizando todos los temas posibles. Esta obra es por tanto una referencia magnífica para ampliar el conocimiento relativo al tratamiento de las disciplinas de Arqueología, Prehistoria e Historia Antigua durante los años de la dictadura franquista. Así pues, habrá que felicitar el esfuerzo realizado por los editores así como al CEDMA por hacer posible que las Actas de este Congreso vieran la luz.

Miguel Ángel NOVILLO LÓPEZ
Universidad Complutense de Madrid

Carlos De Miguel Mora (coord.), *Sátira, paródia e caricatura: da Antigüidade aos nossos dias*, Centro de Línguas e Culturas, Universidade de Aveiro, 2003, 304 pp. [ISBN 972-789-104-7].

Deslumbrados por el brillo que alcanzan las creaciones de la Antigüedad en el terreno de la razón, los modernos críticos a menudo han olvidado que, junto a esta faceta seria, existe también otra cara de la cultura clásica, en la que los autores dieron rienda suelta a todo su ingenio para la risa. Desde la introducción, Carlos de Miguel Mora, coordinador de este libro, señala como una necesidad urgente entre los filólogos y estudiosos de la literatura griega y latina el abrir espacios en los que se estudien las manifestaciones del sentido del humor de los autores clásicos, ya que es a través de él, en su opinión, como mejor puede conocerse la verdadera esencia de un pueblo.

El punto de arranque de la obra consiste en la definición y distinción neta entre tres conceptos fundamentales a la hora de enfrentarse a la literatura de contenido cómico: la sátira, la parodia y la caricatura, que se refieren a tres formas diferentes de utilizar el humor, con finalidades diversas. La sátira, en primer lugar, se caracteriza por tener, en su trasfondo, un deseo por parte del autor de cambiar la realidad en la que se ve inmerso, denunciando sus defectos y debilidades. En esto se distingue de la parodia, donde la burla no implica intención alguna de influir en la realidad a la que se refiere, sino que su fin es simplemente el entretenimiento en sí mismo. En cuanto a la caricatura, se trata de la técnica que emplean tanto la parodia como la sátira para lograr sus fines, y consiste en presentar de manera exagerada aquellos rasgos que caracterizan al objeto de la burla, hasta hacerlo caer en lo grotesco. La parodia, más adelante, será objeto de un estudio independiente (Paulo Sérgio Ferreira: “Paródia ou paródias?” pp. 279-300), en el que se resalta su carácter transversal, ya que puede aparecer en prácticamente todos los géneros literarios.

La misma postura se mantiene a lo largo de todo el libro, que pone de manifiesto cómo el humor y la risa están presentes en la mayor parte de los géneros cultivados en la Antigüedad, incluso en aquellos considerados a priori como serios (J. Lins Brandão: “O rir dos gregos” pp. 15-27). Encontramos, en efecto, episodios cómicos ya en los poemas de Homero (F. Lourenço: “Um interlúdio paródico na *Odisseia*: o episódio de Iro (Canto XVIII)” pp. 29-37), y también en el género lírico, donde el fragmento nº 7 de Semónides de Amorgos, con su clasificación de los distintos tipos de mujer, parece remitir al contexto de las reuniones masculinas en el ámbito del simposio, donde la crítica de las mujeres con fines humorísticos probablemente tuviera un lugar de privilegio como tema de conversación habitual (Maria Fernanda Brasete: “A crítica às mulheres no fr. 7 de Semónides de Amorgos” pp. 39-56).

Incluso en los diálogos de Platón a menudo se observa la presencia de elementos cómicos (M.-L. Desclos: “La Muse plaisante dans les *Dialogues* de Platon” pp. 57-89), si bien la risa en ellos nunca deja de verse con un cierto recelo, ya que a través de ella se puede caer en el error de gozar con el vicio, que debería detestarse. Una generación más tarde, en el entorno de la escuela de Aristóteles, también los *Caracteres* de Teofrasto a menudo contienen elementos comparables a una sátira de ciertos personajes-tipo de la sociedad ateniense del siglo IV y de los vicios y virtudes que los definen (María de Fátima Silva: “Dinheiro e sociedade (Teofrasto, *Caracteres*)” pp. 91-104).

Las figuras más destacadas de la literatura latina con frecuencia recurren a imágenes paródicas o a contenidos jocosos. El propio Cicerón, al escribir sobre el arte de la oratoria, teoriza acerca de las posibilidades que ofrece el recurso al humor y a la mordacidad como arma útil en la discusión contra el adversario, cosa que, en sus discursos pone a menudo en práctica (Helena Costa Toipa: “Mordacidade nos discursos de Cícero: *Ioci, facetiae et dicitates* ao serviço da oratória” pp. 105-122). La comicidad se aprecia también en el caso de Horacio, en el empleo que hace en sus *Sermones* de las figuras de animales como encarnación caricaturesca de vicios y defectos humanos (Dina María Silva Baptista: “Imagens animais nos *Sermones* horacianos” pp. 123-158), o en el de Marcial, quien a menudo recurre en sus epigramas a la caricatura y la parodia, a veces referida a dioses y héroes del pasado mítico de la historia de Roma (María Cristina de Castro-Maia de Sousa Pimentel: “*Barbam velle-re mortuo leoni*” pp. 179-198).

El recurso de la parodia también desempeña un papel de gran importancia en muchos de los poemas recogidos en el llamado *Corpus Priapeorum*, un conjunto de poemas de contenido erótico, de atribución incierta, donde a menudo se logran llamativos efectos humorísticos a través de alusiones y referencias intertextuales a otros autores y géneros (Carlos de Miguel Mora: “A paródia literária no *Corpus Priapeorum*” pp. 159-177).

Pasada ya la etapa antigua de la literatura latina, las formas que adoptaba la sátira y la parodia en los autores clásicos a menudo perviven tanto en la Edad Media como en la Modernidad. Arnaldo do Espírito Santo (“Sátira e paródia em textos medio-latinos” pp. 199-214) analiza elementos relacionados con la sátira y la parodia en la poesía latina de los siglos XII y XIII, y señala como un elemento frecuente en estos poemas la burla hacia textos de tipo religioso. José A. Sánchez Marín (“La sátira latina en la poética de J. C. Escalígero” pp. 215-236) por su parte, estudia aquellos pasajes referidos a la sátira en la Poética de Escalígero, en los que queda recogida la visión teórica que el autor aporta de lo que considera un género literario bien consolidado a lo largo de la historia, y que cumple de modo riguroso con el fin último que corresponde a toda poesía: la enseñanza. Raquel Teixeira Filipe (“A herança dos satíricos: Horacio e Pedro José da Fonseca. Tópicos horacianos na *Invectiva contra os máos poetas*” pp. 237-251), a su vez, estudia la obra de Pedro José Fonseca *Invectiva contra os máos poetas*, atribuida antes erróneamente a Correia Garção, para destacar en ella los elementos que proceden de los textos de Horacio, considerado como un modelo literario a seguir por autores de todos los tiempos.

En cuanto a la época contemporánea, Fernando Pessoa y Luís Filipe Castro Mendes suponen dos claros ejemplos de esta pervivencia de los modelos satíricos de la época antigua. En el caso del primero (António Manuel Ferreira: “‘Louvado seja Deus que não sou bom’: Alberto Caeiro, São Francisco de Assis e o menino Jesus” pp. 253-264), se aprecia cómo, en la poesía aparentemente simple de Alberto Caeiro, pueden descubrirse profundas ironías y duras críticas contra múltiples aspectos de la cultura occidental, considerados cuestionables por el autor. En el segundo (Isabel Graça: “Presença de Marcial em *Os Dias Inventados* de Luís Filipe Castro Mendes” pp. 265-278), los epigramas del poeta de Bilbilis se descubren como una importante influencia tanto en la temática como en la forma.

El libro debe valorarse, así, como un conjunto de propuestas novedosas, expuestas con brillantez por sus autores, y defendidas con seriedad y con aplomo, de las que el lector extrae un recorrido histórico por la presencia del humor, la mordacidad y la risa en la literatura de Occidente, desde la época griega hasta la actualidad, centrándose de un modo especial, para los últimos siglos, en obras de autores portugueses.

Se incluyen, asimismo, al final de cada uno de los estudios, resúmenes del contenido, con las ideas más relevantes que se exponen, traducidos a cuatro idiomas: inglés, español, francés y portugués, lo que simplifica su manejo y facilita el acceso a la obra a lectores de formaciones y procedencias muy diversas.

Irene PAJÓN LEYRA
Universidad Complutense de Madrid

Francesco PRONTERA, (ed.), *Tabula Peutingeriana. Le antiche vie del mondo* (Biblioteca di *Geographia Antiqua*, 3). Firenze, Leo S. Olschki Editore, 2003, 66 pp., [2] h. de lám. [1] h. de map.: il.; [ISBN: 88-222-5269-1].

La importancia de la *Tabula Peutingeriana* (*TP*) radica sobre todo en que hasta la fecha constituye un resto único de la cartografía tardo-antigua de mitad del siglo IV¹: a partir de una copia de inicios del siglo XIII d.C. nos ha llegado una imagen gráfica (y anotada!) del mundo conocido y los territorios aledaños. Por ello ha sido estudiado hasta el detalle en sucesivas ediciones (desde la inicial de Konrad Miller de 1916) y se vuelve una y otra vez al conjunto de cuestiones formales y no formales que lo envuelven. Al ser un documento que, al contrario de la geografía de corte helenístico, viene acompañado de una información riquísima y abundantísima de carácter viario y toponímico, su interés se multiplica no ya por parte de estudiosos de la geografía cuanto sobre todo de historiadores y arqueólogos en general del mundo antiguo y de la tardo-antigüedad en particular. Cada uno de los lugares que cita, de los caminos que recorre y de las distancias que marca, han merecido y merecen un número incalculable de trabajos anejos de aclaración, comparación, documentación y localización con nuevos datos textuales, arqueológicos y epigráficos. En este sentido, es una obra cuya literatura por generar es interminable; nada más que una recopilación de las posibles lecturas para cada accidente geográfico, con su correspondiente documentación y bibliografía, es una trabajo que exigiría una buena serie de volúmenes.

La proliferación en los últimos años de los estudios de la historia de la geografía antigua, hasta el punto de aparecer nuevas revistas especializadas en el tema², exigía una reconsideración de tan importante fuente desde esta visión particular. Y eso es lo que pretende el coordinador de este nuevo estudio sobre la *TP*, Francesco Prontera. Así, la *TP* viene enmarcada no sólo en el cuadro de la geografía latina bajoimperial, sino también de la evolución de la

¹ Todavía está por confirmar el carácter verdaderamente cartográfico del conocido hallazgo de un ‘mapa’ de Iberia junto a un texto de Artemidoro (CL. Gallazzi & B. Kramer, “Artemidor im Zeichensaal. Eine Papyrusrolle mit Text, Landkarte und Skizzenbüchern aus späthellenistischer Zeit”, *Archiv für Papyrusforschung*, 44. Band, Heft 2 [1998] 189-208), y que tanto ha dado ya de sí —sobre todo en nuestro país— aún sin esperar la edición completa del mismo (vid. las dudas al respecto de P. Moret, “À propos du papyrus d’Artemidore et de la ‘plus ancienne carte d’Espagne’ ”, *MCV*, 33.1 [2003] 350-54).

² *Geographia Antiqua*, editora de la monografía que presentamos (desde 1992), u *Orbis Terrarum*, de la Universidad de Stuttgart (desde 1995), que se unen a las ya clásicas como *Imago Mundi*, de la Sociedad Internacional de Historia de la Cartografía (desde 1935) o *Antiquity*, de la Oxford University Press (desde 1927)

cartografía antigua, rompiendo así una lanza a favor de los enfoques continuistas frente a las rupturistas, más habituales; igualmente, las dificultades de la datación del original, de la transmisión medieval y de las condiciones de su descubrimiento renacentista se analizan en el contexto cultural en el que se desarrollan, adquiriendo el análisis de la *TP* una nueva dimensión; se añade a todo ello el examen detallado del carácter de su información viaria, toponímica y gráfica, y una descripción de la Italia de la *TP*, lo puede servir de modelo de estudio ulterior para otras regiones. Cierra el volumen una pequeña noticia de su descubridor contemporáneo, Konrad Miller, y una muy cuidada reproducción del mapa según la versión de este último de 1916 (aunque de tamaño ligeramente menor: 480 x 29), en la línea de las cuidadas impresiones de Leo S. Olschki y de la Revista, *Geographia Antiqua*, en la que se inscribe este libro como una de sus monografías.

Este enfoque contextualizador (entendible también para el gran público) en el ambiente literario y científico en el que nace y del que viene la *TP*, exige definir con precisión el tipo y la cualidad de la información geográfica o administrativa que transmite, marcada evidentemente por las condiciones de su elaboración pero también transmisión. Requiere, también, entrar en el conjunto de polémicas que la han acompañado: la combinación de texto y de imagen y su resultado; su tan debatida utilidad; el carácter cartográfico o no del elenco (de qué geografía parte y a qué geografía responde); la atendibilidad de los datos y en qué grado según sean de un tipo u otro y, en consecuencia, sus posibles fuentes, lo que nos lleva —una vez más— a la problemática del autor y su obra en el contexto de la literatura tardo-antigua. Todos estos aspectos, que podríamos considerar cruciales para comprender las peculiaridades de la geografía latina pero también la evolución de geografía antigua en general, hayan respuesta a lo largo de la obra que presentamos, además de constituir una introducción general y accesible a la *TP*.

Según lo dicho, podríamos considerar centrales y complementarios los trabajos de Manlio Magini (“In viaggio lungo le strade della *Tabula Peutingeriana*”, pp. 7-15) y Francesco Prontera (“La *Tabula Peutingeriana* nella storia della cartografia antica”, pp. 17-45). En el primero se nos desglosan con detalle los elementos en los que puede descomponerse la información aportada por la *TP*: las grandes, medianas y pequeñas ciudades que aparecen y su simbología cartográfica; los datos físicos (ríos, montañas y lagos), los lugares de posta o los asentamientos militares, los depósitos, los canales, los puentes, los centros termales y lugares de culto, los puertos y faros, y todo ello en relación a la extensa red viaria, que constituye el grueso de carta, que se extiende en una disposición longitudinal notablemente deformada. Aquella se estructura en zig-zag, marcando los cambios de dirección: así las vías principales asumen la orientación E-O, mientras que las secundarias lo harían en N-S. La totalidad de referencias que aparecen, y que marcan los segmentos o fracción del tránsito, son más de 3000. Para el autor, el elemento del que hay que partir para explicarse este “gran itinerario universal” es el conocido “mapa de Agripa” (inicios del siglo I) en el *Porticus Vipsania* en el Campo de Marte. La ecúmene de la *TP*, por tanto, es la del Imperio, no la de un “mapa geográfico”, y su base es la de un rutero administrativo. Con todo, su uso es múltiple; evidentemente permitir de un solo vistazo orientar el trayecto al viajero, pero, igualmente, manifestar la amplitud del Imperio en su total dimensión espacial y político-administrativa e ideológica. Solo desde este punto de vista se entiende que, junto a una información viaria, toponímica y topográfica más o menos actualizada, persista con un fin evocador la referencia a determinados límites de continentes, regiones o países que están presentes únicamente en la tradición literaria; únicamente desde esta perspectiva se comprende que reaparezcan lugares míticos u otras localizaciones religiosas con un fundamento exclusivamente cultural-religioso o la elección bastante aleatoria de pueblos sin correspondencia con la realidad étnica presente.

Francesco Prontera, por su parte, nos introduce en el controvertido tema de las razones de los cambios operados en el campo de la cartografía entre las épocas helenística y roma-

na: sólo así podremos explicarnos la “peculiaridad” de la *TP*. Formalmente hablando, la cartografía romana, en la que dominan los esquemas figurativos (como los de Mela y Plinio) o itinerarios, poco tiene que ver con la tradición griega, donde se pretendía visualizar geométricamente los contornos de la ecúmene, sacrificando las localizaciones, las distancias o los detalles regionales a favor de un conjunto armónico más o menos parecido a la realidad geográfica. Los motivos de este cambio no son de índole caracterológico³, sino explicables en el contexto de los diferentes necesidades de percepción y entendimiento de lo espacial, y su concreción geo-cartográfica.

Y, para remarcar diferencias y similitudes, Prontera no tenía por menos que presentarnos, primero, un repaso exhaustivo de la evolución de la cartografía antigua desde Hecateo en adelante y, a renglón seguido, procurar definir los fundamentos de la cartografía latina de la que nace la *TP*, que no es un ejemplo aislado y único. Evidentemente, concluye, para el romano la aprehensión de lo espacial es mucho más que una operación meramente especulativa y abstracta. Partiendo de una ideología dominante que machaconamente insiste en la identificación entre Imperio y orbe terrestre⁴ —y que por ello será asumida ‘naturalmente’ por el cristianismo—, una estructura cartográfica y visual definida y articulada hegemónicamente a partir de las vías que se pierden en los límites del Imperio, y que sacrificaba cualquier parecido con la realidad, era la prueba más palpable, fehaciente y gráfica de la extensión y amplitud del nombre de Roma. Únicamente así se entiende la recuperación y relanzamiento de esquemas figurativos y descriptivos que ya contaban por otra parte con una dilatada tradición en la cartografía griega; de hecho el itinerario como experiencia empírica (y su correlato literario en forma de Periplo) ha constituido una de las formas tradicionales de transmisión del saber geográfico desde Hecateo, marcando el contenido y la forma de todo tipo de geografía⁵. Pero, una vez más, como en Grecia, será la experiencia histórica la que marque la dirección de la geografía: para los griegos aquélla que se inicia con la colonización y con el Mediterráneo como eje; para los romanos una red viaria derivada de un Imperio territorial con unas fronteras estables.

No obstante, la *TP* es también un ejemplo de que las respuestas no son sencillas ni las líneas de trabajo unívocas y unidireccionales; su reconocimiento como un documento con una base esencialmente itineraria no debe hacernos olvidar que responde igualmente a otros esquemas y usos cartográficos muy antiguos que han tenido una particular evolución en el imperio romano. Así, esa vocación universal tan característica de la cartografía griega desde sus inicios y, dentro de ello, aspectos como la insularidad de la tierra habitada, el componente diagramático del Tauro, el Caspio como un golfo del mar exterior, la asociación entre las islas y su plataforma continental más cercana, etc., presentes en la *TP*, nos recuerdan mucho a Eratóstenes, y nos hacen pensar que uno de los pilares para su elaboración debió estar en un mapamundi romano y no simplemente en unos ruterios o *itineraria picta* profusamente anotados.

No hay, pues, una antítesis entre la geografía griega y la romana: ambas tienen en el camino y en la orientación que éste impone la base común que las alimenta y las renueva; ambas no

³ Según esa más que repetida argumentación sin fundamento histórico de que el carácter griego es más especulativo frente al romano que sería esencialmente práctico.

⁴ Cf. P. Arnaud, “L’image du globe dans le monde romain. Science, iconographie, symbolisme”, *MEFRA*, 96 (1984) 53-116 y “Pouvoir des mots et limites de la cartographie grecque et romaine”, *DHA*, 15.1 (1989) 9-29.

⁵ Vid. los exhaustivos trabajos al respecto de F.J. González Ponce, “El corpus periplográfico griego y sus integrantes más antiguos: épocas arcaica y clásica” y “Utilidad práctica, ciencia y literatura en la periplografía griega de época helenística”, en A. Pérez Jiménez & G. Cruz Andreotti, (eds.), *Los límites de la tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid: Ediciones Clásicas, 1997 [1998], págs. 41-75 y 147-175 respectivamente.

renuncian al espíritu universal que las guía, independientemente de la forma que adquieran; en ambas está presente una vocación más cultural e ideológica que utilitaria. Nadie duda, obviamente, que el modelo resultante de la *TP* y de la geografía de Ptolomeo son muy distintos, ni tampoco que el progreso de la geografía —aquél que termina identificando espacio geográfico e imagen cartográfica— pasará por Alejandría y no por Roma. Pero la *TP* es, en suma, un ejemplo genuino de que la confluencia de ambas perspectivas generan aparentes aporías, que dejan de serlo cuando se analizan en los contextos culturales e históricos que las producen.

Del estudio de Patrick Gautier Dalché, dedicado a la transmisión medieval y moderna de la *TP*, caben destacar varios aspectos. La clara correspondencia entre la *TP* y la *Cosmografía* del Anónimo de Rávena (siglo VIII), que a su vez parte de modelos de entre los siglos VI y VII, hace pensar en primer lugar en lo extendido del esquema de comentado en la *TP* desde el siglo IV: popularidad que derivaba —como hemos apuntado— del hecho que dicha estructura itineraria y el afán en particularizar cada uno de sus puntos manifestaba de manera gráfica la implantación del poder de Roma. Pero, y en segundo lugar, hay que hacer notar que el éxito del formato en época medieval —lo que hace pensar en la circulación de varias copias de la *TP*— se corresponde asimismo con la continuidad de esta idea de que el espacio preferible es aquel que puede ser mensurable. De hecho, es significativo que la copia conservada de inicios del siglo XIII procediese directamente de un ejemplar del siglo IX de la Biblioteca del monasterio de Reichenau, en el lago Constanza, en un momento de exaltación de la *renouatio imperi* carolingia, que vuelve una vez más a las antiguas identificaciones entre Imperio y orbe terrestre.

Igualmente, y ya hablando del momento del descubrimiento, cuando Konrad Keltès (1459-1508) saca a la luz el documento originario previsiblemente del convento dominico de Colmar ya existían otras copias, al menos una que circuló en el Concilio de Basilea y otra que estaba en el episcopado de Padua, y vista por el propio Keltès, que es lo que originó el encargo de Maximiliano de hacerse con un ejemplar. Precisamente, las cada vez más abundantes evidencias de que la *TP* se difundió con bastante profusión hace más difícil la exacta delimitación de sus contenidos antiguos y medievales.

El libro que comentamos finaliza con una muy útil descripción pormenorizada de la Italia de la *TP* (que es central en el documento) a cargo de Mauro Calzolari, y que puede servirnos para otros análisis regionales, y una pequeña noticia del primer editor contemporáneo.

Tenemos entre nosotros, en suma, una breve pero substanciosa monografía que va más allá de un nuevo estudio específico sobre la *TP*; una vez más⁶, Francesco Prontera va desde lo particular a lo general como única manera de responder a las cuestiones aún abiertas del uso y la finalidad de la geografía y la cartografía antiguas, que se presentan como manifestaciones genuinas no ya de las culturas griega y romana por separado, sino de la visión y la representación del espacio en la Antigüedad.

Gonzalo CRUZ ANDREOTTI
Universidad de Málaga

Almudena OREJAS (dir.), *Atlas historique des zones minières d'Europe*, Luxemburgo, Office des publications officielles des Communautés européennes, 2001 [ISBN 92-894-0294-6]

La publicación de los dos volúmenes de este Atlas histórico de zonas mineras europeas se ha efectuado en el marco de la Acción COST G2 “Paysages anciens et structures rurales:

⁶ Vid. su *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e historia en la Grecia antigua*, Málaga: CEDMA, 2003.

textes et archéologie”. Uno de los grupos de trabajo de dicha Acción se centró en la preparación de una serie de publicaciones bajo el título común de “Atlas de las formas de ocupación del suelo”. La idea inicial era la presentación sintética y homogénea de estudios regionales recientes sobre catastros antiguos —tema que ha dado lugar a dos volúmenes— pero pronto pareció conveniente lanzar una similar propuesta relativa a zonas marcadas por una intensa actividad minera antigua que, en ocasiones, ha llegado hasta tiempos muy recientes e incluso hasta nuestros días. La coordinación de los dos tomos aparecidos ha corrido a cargo del grupo de investigación “Estructura Social y Territorio. Arqueología del Paisaje” (Departamento de Historia Antigua y Arqueología. Instituto de Historia. CSIC) bajo la dirección de Almudena Orejas. En el segundo volumen se ha contado con la revisión científica y técnica de Claude Domergue y de Monique Clavel-Lévêque.

El objetivo de las publicaciones es la presentación de una serie de zonas en las que las actividades mineras y metalúrgicas antiguas tuvieron un peso importante y que han dejado huella permanente en el paisaje. Se ha pretendido ofrecer de manera sintética un estado actual de los resultados de las investigaciones en las diversas áreas, que pueda al mismo tiempo interesar a un lector no especialista e incluso servir de apoyo en la realización de estudios o intervenciones patrimoniales. Por ello ha sido importante la representatividad de las zonas incluidas y de las investigaciones en ellas desarrolladas (aunque evidentemente el panorama no es exhaustivo), pero también el interés de los documentos metodológicos y técnicos seleccionados.

Se ha optado por un formato homogéneo para todos los trabajos regionales: las fichas temáticas permiten combinar imágenes y textos relativos a los rasgos globales de cada zona, las estructuras mineras conservadas, la infraestructura, la geología, el poblamiento antiguo y el impacto de la actividad minera en la zona.

En el primer volumen están representados 6 países y colaboró una veintena de especialistas, entre ellos Claude Domergue, Michel Mangin, Javier Sánchez-Palencia, Ignacio Montero, Vasiliki Kassianidou o Riccardo Francovich. Se trataron 10 zonas mineras —Sierra Morena Oriental, Sierra de Cartagena, Las Médulas, Aljustrel, Campiglia (Toscana), Les Martyrs (Aude), Morvan du Nord-Auxois, Mâconnais (Saône-et-Loire), Montes Troodos (Chipre) y Pautalia (Bulgaria)— y el volumen se completó con dos documentos de carácter técnico —sobre Arqueometalurgia y el hierro. En el segundo volumen se han incluido 19 trabajos redactados por 28 autores. Lo componen 12 estudios regionales de 6 países y 7 documentos técnicos. Las zonas tratadas son: Mazarrón, Sierra Morena central, Aznalcóllar, El Cabaco, Béziers, Laurion, Massa Marittima (Toscana), Dolaucothi, las regiones con explotaciones de cobre, plata-plomo y hierro en Gran Bretaña y Cólquida (Georgia). Los trabajos técnicos y metodológicos abordan el oro en la Antigüedad, la plata, el plomo, el cobre y el bronce y el problema de los “castilletes” en Sierra Morena. El volumen se completa con un útil vocabulario técnico en francés, inglés, español, italiano y alemán. En este segundo tomo han colaborado, entre otros, Mark Hunt, Carmen Fernández Ochoa, Javier Sánchez-Palencia, Andreas Vassilopoulos, Claude Domergue, Monique Clavel-Lévêque, Riccardo Francovich y David Mattingly.

La experiencia de estas publicaciones indica que se están construyendo foros para la cooperación y la coordinación de trabajos que se desarrollan en toda Europa. El patrimonio minero empieza a ocupar un lugar destacado, así como el reconocimiento de las consecuencias duraderas de estas actividades en el desarrollo histórico de estas regiones, que está llevando en algunos casos a la planificación no sólo de intervenciones arqueológicas, sino también de amplios proyectos de protección y difusión patrimonial.

De manera sintética los distintos “dossiers” apuntan el interés y la potencialidad de ciertos temas como la escala de la producción, el impacto en el medio, la lectura histórica de los

paisajes, las estrategias de ocupación del suelo, el nivel técnico de la producción, los problemas ligados al acondicionamiento del terreno o a la rentabilidad. Una investigación multidisciplinar está detrás de la mayor parte de los trabajos incluidos, de manera que resulta posible presentar las diversas vertientes de las explotaciones mineras antiguas.

Javier CABRERO

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Y. GARLAN, *La Guerra en la Antigüedad*, Madrid, Alderabán Ediciones, 2003, 206 pp. [ISBN: 84-95414-31-7].

La obra que reseñamos resulta de interés, por cuanto en ella se lleva a cabo un estudio de la actividad militar como modo de expresión, de estructuración y de desarrollo de la sociedad antigua.

El volumen se estructura en cuatro grandes apartados, que se ven precedidos de una introducción donde se dan algunas pinceladas sobre el papel de la guerra en la sociedad antigua, sobre los estratagemas antiguos, y sobre la evolución de la investigación del fenómeno militar en la Antigüedad.

La primera gran unidad de la obra se refiere a los aspectos jurídicos de la guerra antigua, y está subdividida en tres capítulos, el primero de los cuales se dedica a la guerra y el estado, abordándose las operaciones militares en el mundo homérico, la guerra y la paz en Grecia y en Roma, las guerras rituales, formas y grupos elementales de solidaridad, la piratería y el bandolerismo, y el derecho de represalia y de naufragio. Los capítulos segundo y tercero de esta primera unidad, se centran en la definición del estado de guerra (el ritmo sacro de la guerra, el derecho de iniciativa, los agentes de la diplomacia griega y romana, la tregua, los tratados, etc.), y las leyes de la guerra (la inmunidad, la victoria, el entierro de los muertos, los trofeos, el triunfo romano, el derecho de conquista, trato a los vencidos, etc.).

A las sociedades militares se dedica el segundo gran apartado, prestándose atención al papel militar de los esclavos, las aristocracias militares (la función guerrera indoeuropea, el "laos" micénico y homérico, y las hermandades guerreras), y el soldado-ciudadano (¿derechos políticos y deberes militares?, la vocación militar del ciudadano, valor militar y ética social, y la vocación política del soldado). También es objeto de análisis el mercenario griego (causas, problema de la soldada, los mercenarios en la sociedad helenística, etc.) y el profesionalismo romano (la proletarización del ejército, peregrinos y bárbaros, provincialización de las legiones, etc.). Por su parte el tercer apartado se refiere a los modos de combate, desarrollándose en tres capítulos correspondientes al combate en campo abierto (el ejército micénico, la falange de hoplitas, los orígenes de la legión romana, el armamento de las tropas ligeras, etc.), el arte del asedio (los orígenes de la poliorcética griega, la poliorcética romana, las tropas de asalto, el arte de las fortificaciones, etc.), y la marina de guerra (los orígenes de la marina de guerra, el armamento naval, composición de tripulaciones, etc.).

En el último apartado de la obra que reseñamos, se estudia la organización del ejército, teniendo en cuenta en primer término la vida militar (los campamentos militares, servicios sanitarios, problemas de abastecimiento, etc.); en segundo lugar, el ejercicio del mando, en cuanto al papel del jefe del ejército, los magistrados militares de las ciudades griegas, el mando de los ejércitos romanos en la República, el Imperio, etc.; y en tercer lugar los hombres de la tropa (la formación del soldado, la preparación militar, la disciplina, etc.).

Finalmente con unas conclusiones, más un apartado de notas, vocabulario y bibliografía, se cierra esta obra que constituye, sin duda, una excelente síntesis sobre la organización del ejército y las técnicas militares en el mundo griego y romano.

G. CARRASCO SERRANO
Universidad de Castilla-La Mancha

Enrique GOZALBES CRAVIOTO, *Viajes y viajeros en el mundo antiguo* (Colección Humanidades 74), Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2003, 167 pp. [ISBN 84-8427-281-8].

El presente trabajo nacido gracias a la impartición de un curso de Doctorado pretende descubrirnos un aspecto característico de cualquier sociedad, el de los viajes, en este caso en el mundo antiguo, desde las civilizaciones mesopotámicas hasta el Imperio Romano. El autor, apoyándose en algunos textos significativos, que amenizan la lectura del libro, trata de describirnos la naturaleza de estos viajes, las motivaciones que los provocaron, los sistemas de transporte que se empleaban así como aspectos relativos a la duración o peligrosidad de los mismos a lo largo de los nueve capítulos de los que se compone el libro.

El primer capítulo introductorio describe los escasos relatos de viajes que se conservan sobre el mundo antiguo, y que en Grecia relacionado con los viajes surgió un género literario, el periplo, más cercano a la fantasía que a la realidad.

Los viajes en la Prehistoria y comienzos de la Historia se hicieron por motivaciones tan diversas como la búsqueda de oportunidades para los jóvenes, conseguir materias primas, desarrollo del comercio o desplazamientos ganaderos. La aparición de la rueda y el carro, las primeras innovaciones técnicas cambiaron los desplazamientos terrestres. Los inicios de la navegación comenzaron en el Mediterráneo oriental, siendo la civilización cretense una de las precursoras.

Una vez conocidos los antecedentes sobre el tema el autor analiza los primeros testimonios de viajes míticos que conocemos gracias a la Literatura, que son el precedente de los viajes de exploración, que son el medio que tiene cualquier sociedad en la Historia de conocer el medio que le rodea. El primer viaje mítico es el poema de Gilgamesh. En Egipto la Literatura de viajes tiene dos vertientes: mítica legendaria y literaria. En el mundo greco-latino los viajes más típicos fueron los relacionados con la mitología, pero el punto de partida de los viajes lo constituirá la Odisea. La utilización de recursos como la terminología marítima o descripciones de las costas dan verosimilitud a los relatos, pero el tópico de la tormenta permite alterar los relatos e introducir todos los elementos fantásticos que se quisieran. Los viajes exploratorios más típicos del mundo antiguo son los que dieron lugar a la colonización griega, sin olvidar a los grandes precursores de los viajes a larga distancia, los fenicios; pero ya comenzaron en la antigua Mesopotamia, donde los gobernantes enviaban viajes para conocer los territorios que gobernaban. También el mundo egipcio conoció los viajes a larga distancia como los hechos al llamado país del Punt, para la obtención de materias primas exóticas. En época romana, los viajes exploratorios permitirán la llegada de barcos a las costas de la India usando los monzones y se explorará el Océano, para asegurar los viajes a Britannia y Germania.

Una vez conocido el mundo que les rodea gracias a estos viajes exploratorios, las sociedades establecen vías de comunicación marítimas y terrestres para realizar los viajes. Las principales razones que propiciaban la realización de los viajes se analizan en los tres capítulos siguientes.

Una de las principales razones para viajar en el mundo antiguo es el comercio. El intercambio es anterior a los sumerios, pero con ellos se hará a larga distancia. Fijan el palo mayor, usaron los grandes ríos e inventaron la rueda, y probablemente el carro. El comercio permite el consumo y las contribuciones fiscales. En Egipto, el comercio internacional era una empresa del faraón o de los grandes templos. Conocemos estos viajes gracias a las representaciones de los templos o tumbas. Los fenicios intercambian manufacturas por alimentos. Sus viajes son empresas comerciales y agrícolas y establecieron colonias en el Mediterráneo Occidental sin mezclarse con los indígenas. El mar era el medio más rápido, dependiendo del viento, aunque se trataba de una navegación estacional, pues en invierno con el mal tiempo no era posible. La Arqueología nos permite conocer cómo son los barcos desde época primitiva hasta época romana. Los viajes terrestres encarecen el producto, siendo el último recurso en las zonas donde no hubiera ninguna vía fluvial y en muchos casos son problemáticos, como la ruta de la Seda.

Otra de las principales motivaciones para viajar son las cuestiones administrativas, es decir, el desplazamiento de funcionarios y soldados. Para ello se requiere un estado fuerte y centralizado como el Imperio Romano. Aunque los persas establecen el primer servicio oficial de correos, será en el Imperio Romano con la extensión de las calzadas y un buen sistema de mansiones y postas cuando alcance un buen funcionamiento. Sin embargo, inherente a los caminos estaba el problema del bandolerismo y la piratería, que el estado romano se encargará de controlar en la medida de lo posible.

En menor medida, también se realizaban viajes por cuestiones laborales y de estudio. Mucha gente tenía trabajos estacionales y otros buscaban fortuna acudiendo a centros urbanos importantes, como la propia capital del Imperio. Asimismo la gente rica enviaba a sus hijos a estudiar a Atenas, Alejandría o Roma. No faltaban las razones sanitarias y religiosas para hacer un viaje. En el primero de los casos, se acudía a balnearios o aguas termales con fines terapéuticos o se buscaban mejores climas para la salud. También existían peregrinaciones o viajes a importantes santuarios existentes en todo el Mediterráneo. Por último, cabía la posibilidad de realizar viajes por simple placer o “turismo”, aunque en este último caso estaba reservado exclusivamente a los grupos más pudientes de la sociedad, para quienes los tres principales destinos eran los paisajes desérticos, Grecia y Egipto.

En último lugar, como resumen se recogen las principales características de los viajes en el mundo antiguo: la limitación tecnológica, la relativa modernidad romana y la preponderancia política que combate la inseguridad que existía en los caminos; la piratería y el bandolerismo se convierte en un problema que hay que erradicar o al menos controlar. Viajaban en el mundo antiguo gentes pobres y ricas, aunque las primeras nunca dejan constancia escrita de sus viajes. En el fondo, las motivaciones de ayer y hoy para viajar eran parecidas.

Gustavo SANZ PALOMERA
Universidad Complutense

M. MARTÍNEZ, *Las islas canarias en la Antigüedad clásica. Mito, Historia, Imaginario*, Centro de la cultura popular canaria, 2002, 267 pp. [ISBN: 84-7926-371-7].

El autor presenta una serie de artículos parcialmente publicados en diversos medios, académicos o periodísticos. Algunos constituyen la publicación de una conferencia pronunciada en organismos de divulgación cultural, otros son el producto de polémicas en la prensa local, de entrevistas, reseñas de libros o relaciones de las actividades de diferentes especialistas que tratan de los temas que dan título al libro.

En todo el conjunto de trabajos predomina una preocupación epistemológica básica en la trayectoria profesional del M. M., la de las relaciones entre mito e historia.

Sobre ello presenta argumentaciones que sitúan al lector en el ámbito de las polémicas actuales acerca de las interpretaciones positivistas de las fuentes. La tendencia de los últimos tiempos se orienta más bien a considerar que, si ni siquiera la fuente más aparentemente objetiva puede tomarse sin crítica como espejo de la realidad, en cambio hasta la más cargada de aspectos fantásticos y míticos contiene algo de realidad que el investigador ha de saber buscar a través de los métodos proporcionados por las tendencias críticas que han sometido a análisis rigurosos las que se consideraban certezas de las ciencias del siglo XIX.

Como es natural, desde la perspectiva canaria que adopta Marcos Martínez, adquiere un relieve notable el tema de la presencia del Océano y del Occidente en la mitología clásica. Desde Homero y sus exegetas se ha hecho notar hasta qué punto la localización del río Océano tendía a situarse en la zona de la caída del sol, del ocaso, símbolo de los extremos del mundo y de la vida. La proyección es inmensa en cuanto sirve de tema literario a toda la literatura clásica y a sus herencias occidentales.

Con ello nos situamos en el tema del imaginario, como fuente de interpretaciones, de referencias y de espejos donde plasmar la visión de una realidad transformada por los intereses y las preocupaciones de los observadores, que pretenden reflejar la realidad pero enmascarada tras las imágenes que le dan sentido en cada momento histórico: no sólo el Océano, sino también las Hespérides y las manzanas del Jardín por ellas vigilado, las columnas de Heracles, las islas de los bienaventurados... Historia y literatura forman un todo que hace más comprensible la vida de los hombres y de sus preocupaciones en la Historia. Los temas viven dinámicamente en su proyección en toda la Historia de la Literatura.

La integración de ese mundo en el imaginario macaronésico introduce una nueva dimensión al insertar el mundo isleño de las Canarias en un conjunto visto como unitario desde la Antigüedad clásica.

Las relaciones con la Historia también están presentes en el terreno de la historiografía y de la proyección de las imágenes sobre la Antigüedad. Por ello el autor dedica varios capítulos al análisis de las actividades canarias relacionadas con el mundo clásico. La Historia cobra todo su sentido cuando el pasado y el presente se integran en un todo difícil de discernir para aclarar tanto el pasado como el presente.

D. PLÁCIDO

Universidad Complutense. Madrid

Stuart TYSON SMITH, *Wretched Kush. Ethnic identities and boundaries in Egypt's Nubian empire*, Londres & Nueva York, Routledge, 2003 [ISBN: 0-415-36986-X].

Metodológicamente, da la impresión de que la egiptología está un poco anticuada al compararla con otras disciplinas históricas. Como desde que en 1822 Champollion publicara su desciframiento de los jeroglíficos es una civilización que ha producido una amplísima documentación escrita, la parte filológica ha predominado en las interpretaciones históricas. Hasta tal punto es así, que la formación académica¹ se ha centrado (y lo sigue haciendo) en dos campos: la arqueología y la lengua, relacionados no cabe duda, pero hasta cierto punto estancos entre sí académicamente. Sólo en fechas muy recientes han comenzado a producirse estudios

¹ En los países donde existe, pues España es una de las contadas naciones del mundo occidental donde no se puede cursar un licenciatura en egiptología.

interdisciplinarios, en los cuales la antropología y otras ramas humanísticas han pasado a ocupar un lugar destacado en las reconstrucciones históricas del antiguo Egipto.

El primer intento se produjo a finales de la década de 1970, con la “nueva arqueología” en pleno auge, pero a pesar de las buenas críticas recibidas por la obra editada por el profesor Weeks², no pareció que los egiptólogos se decidieran a seguir el camino abierto. Sólo el conocido volumen dedicado a Egipto por la Cambridge University Press³ continuó ese primer impulso. Intentos aislados, estos dos, que llamaron la atención del público y sirvieron de acicate a estudiantes que, una vez terminada su formación, han comenzado a publicar estudios egiptológicos metodológicamente más modernos⁴. Entre ellos se encuentra la obra que comentamos, donde su autor intenta utilizar tanto la arqueología, como la filología y la antropología para desentrañar los entresijos del imperialismo y la aculturación egipcia en Nubia.

El libro se puede dividir en tres partes bien diferenciadas, la primera teórica y metodológica, la segunda arqueológica y la tercera de síntesis y conclusiones. El capítulo 1 “Boundaries and ethnicity” sirve de introducción a la obra y describe tanto sus objetivos como su contenido. El capítulo 2 “Ethnicity in Antiquity” trata la cuestión de la etnicidad en el mundo antiguo, con especial énfasis en la cultura faraónica y sus estereotipos respecto a los extranjeros, en especial los nubios. Los conceptos de *topos* (estereotipo) y *mimesis* (realidad cotidiana)⁵ aparecen con relevancia en el debate. En el capítulo 3 “Ethnicity and archaeology” se define la metodología que se utilizará en la segunda parte de la obra, donde se estudia la evidencia arquitectónica, de la cultura material y de las prácticas rituales en dos yacimientos nubios concretos: Askut y Tombos. El capítulo 4 sirve para entrar en materia respecto a los yacimientos anteriores, pues ofrece una síntesis histórica de las relaciones e interacción entre Nubia y Egipto.

El capítulo 5 “Life at Askut” estudia con detalle una población colonial egipcia en Nubia. El cuidadoso registro arqueológico de la primera excavación (realizada durante la campaña de salvamento de Nubia patrocinada por la UNESCO) permite un estudio detallado del yacimiento y de los patrones de etnicidad observables en el mismo. El capítulo 6 “Death at Tombos” sigue las mismas pautas de análisis, pero esta vez en un cementerio, el de la ciudad de Tombos, del que se estudian las tumbas, el ajuar funerario y las prácticas rituales discernibles. El capítulo 7 “Ideology and the pharaohs” está dedicado a la visión del “otro” en la ideología egipcia, en especial a la construcción del estereotipo del nubio. El apartado final, el capítulo 8 “Ethnicity, agency and empire” sirve de conclusión y en él se sintetizan los puntos destacados mencionados a lo largo de la obra. El autor presenta las contradicciones visibles entre la visión ideológica del nubio que se observa y difunde en los textos egipcios con la realidad que presenta el registro arqueológico. La realidad del contacto y la vida diaria se imponen, tanto a la elite colonial egipcia como a los propios nubios. Así, a modo de conclusión general del estudio, el autor destaca que a pesar de la ideología ofrecida por el pueblo dominador, “las personas subyugadas, en especial las mujeres, influyen en la cultura dominante del colonizador y, sutilmente afirman su propia identidad étnica dentro de un contexto colonial”.

José Miguel PARRA ORTIZ

² Weeks, K. (ed.): *Egyptology and the social sciences*, El Cairo: American University in Cairo Press, 1979.

³ Publicada originalmente como parte de la *Cambridge African History* y posteriormente como volumen individual: Trigger, B. G.; Kemp, B. J.; O'Connor, D. B.; Lloyd, J.: *Egypt. A social history*, Cambridge: Cambridge University Press, 1983.

⁴ Un ejemplo podría ser la obra de Meskell: Meskell, L.: *Archaeology of social life*, Oxford: Blackwell, 1999; Meskell, L.: *Private life in New Kingdom Egypt*, Princeton: Princeton University Press, 2002.

⁵ Definidos en Loprieno, A.: *Topos und Mimesis. Zum Ausländer in der ägyptischen Literatur*, Wiesbaden: Otto Harrassowitz (AA 48), 1988.

Mariano TORRES ORTIZ, *Tartessos* (Biblioteca Archaeologica Hispana, 14, Studia Hispano-phoenicia, 1), Madrid, Real Academia de la Historia, 2002, 477 pp. [ISBN 84-95983-03-6]

Sobre Tartessos y la cultura tartésica se ha venido escribiendo de forma reiterada desde hace mucho tiempo, pero es igualmente cierto que han sido muy pocas las monografías que han intentado abordar el tema en su conjunto. Incluso en los últimos 30 años no conocemos ninguna que se pueda considerar como tal desde la obra de José María Blázquez, “Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente”, publicada en Salamanca en 1968 y reeditada con un importante añadido en 1975. Quizás la razón principal de esta carencia es que abordar un estudio integral de Tartessos es una tarea difícil por la diversidad de la documentación, a veces poco procesada, que requiere numerosas destrezas y por lo tanto una amplitud y solidez formativas importantes. Así pues, llenar este vacío ha sido un considerable acierto y cómo se puede apreciar a través de la lectura de este libro y de la bibliografía manejada, el autor conoce en profundidad las materias que trata en el mismo, sobre algunas de las cuales ya hizo anteriormente aportaciones significativas, especialmente en cuestiones de cronología y mundo funerario.

Otras razones que explican la escasez de trabajos monográficos sobre el mundo tartésico y la excesiva propensión de los investigadores a publicar sólo aspectos puntuales en artículos de revista, actas de congresos, etc., son, entre otras: La falta de madurez de los estudios arqueológicos, de tal manera que cualquier nuevo hallazgo puede alterar significativamente tal o cual aspecto, haciendo envejecer muy rápido cualquier análisis global; El importante desequilibrio entre una documentación textual que produjo una gran expectación y una “decepcionante” documentación arqueológica ya muy abundante pero cuyo análisis, en muchas ocasiones, es incapaz de dar respuesta a los numerosos interrogantes que todavía se ciernen sobre la Historia de Tartessos; La mala planificación de los proyectos de excavación, o su discontinuidad, de tal manera que son todavía muy escasas las excavaciones en área, imprescindibles para comprender las relaciones humanas sincrónicas, los sistemas organizativos, etc.

El “Tartessos” de Mariano Torres supera, en la medida que era posible, estos escollos con una planificación de su trabajo desde el principio, planteándose de forma abierta, más como un vasto y profundo “estado de la cuestión” de los conocimientos y no como una monografía monolítica, cerrada, como se aprecia con las alusiones constantes a las diferentes hipótesis sostenidas por los distintos autores y referencias sistemáticas al panorama existente en el momento de conclusión del trabajo.

En el capítulo de “Historia de la investigación” se habla de los hallazgos que constituyeron hitos para el estudio, no sólo por lo que en sí suponían sino también por su cualidad de hacer cada vez más difícil el descubrimiento de aquellos otros que se habían imaginado ocultos en el solar de la vieja Tartessos. Hitos arqueológicos que se han entremezclado aquí con las cuestiones sobre las que se acaloró la discusión durante años, que no siempre fueron los temas esenciales para hacer progresar el conocimiento, y también con la descripción ajustada de los modelos teóricos de los que se ha ido valiendo la arqueología española en las últimas décadas del s. XX para la resolución de problemas sobre Tartessos.

“Las raíces de Tartessos en la Edad del Bronce” es el título del capítulo IV en el índice, y me gusta más que “El Sudoeste de la Península Ibérica en el II milenio A.C.” que es el que aparece al comienzo del mismo, pero tanto uno como otro sirven para introducirnos en un período oscuro, muy mal conocido, donde la levedad del registro arqueológico pone de manifiesto la dificultad de evaluar la importancia y trascendencia para la formación de la cultura tartésica de la presencia de “Fenicios y griegos en Tartessos”, que es el tema del siguiente capítulo. En este último se aborda la problemática de la mal llamada “precolonización”, con-

siderada por algunos un período de migraciones de elementos étnicos griegos y egeos hacia Tartessos, cuando no de verdadera colonización que precede a la fenicia. La problemática de esta última se analiza básicamente en función de los aspectos que afectan más directamente a la evolución interna del mundo indígena. Especial énfasis se hace en la interacción cultural que para el autor del libro son las "... diferentes formas a través de las cuales la tecnología, el arte y la ideología oriental va a permear el tejido social tartésico hasta convertirla en una sociedad orientalizante, que no fenicia." (93). Entendiendo que los indígenas negociaban sistemáticamente los aspectos de la cultura material foránea y de su ideología que van a integrar a su sistema cultural. Pero en mi opinión aquello que permanece o aquello que se incorpora no lo hace con el consentimiento de todos, la desestructuración de un sistema socioeconómico y el surgimiento de uno nuevo no suele pedir permiso a todas las personas que afecta, a veces ni siquiera a las elites.

Los capítulos más centrados en cultura material, como los dedicados a la "Cerámica", "Toréutica", "Orfebrería", "Eboraria", etc., agrupan una importante cantidad de restos muebles de los que se recoge la historia de la investigación, su tipología y cronología, dispersión, contexto y significado. Se llena así de contenido material una cultura, que de otro modo parecería mucho más evanescente o mal caracterizada. Aquí se supera muy adecuadamente la discusión relativa a la adscripción cultural, que tantos problemas ha planteado para el avance de la investigación sobre Tartessos por la dificultad de distinguir las producciones tartésicas de las fenicias peninsulares o incluso de fuera de la Península. Aunque se analizan los objetos y se distingue su filiación, cuando es posible y cuando no se aducen las razones en pro y en contra, no por ello se excluyen del estudio las piezas foráneas, pues todas por su contextualización en el sur peninsular tienen algo que decirnos de la propia realidad tartésica, ya sea como manifestación propia, como indicio de estímulo cultural o por su uso con su discurso original o transformado. Creo que es un acierto incluir las piezas facturadas fuera que por un motivo u otro tienen algún tipo de incidencia cultural en el mundo tartésico. En especial las estatuillas de bronce de la Barra de Huelva, las del Heracleion gaditano, el sacerdote de Cádiz y la Astarté del Carambolo, piezas algunas que entroncan con una tradición de imitaciones tartésicas o que han sido halladas en lugares inequívocamente tartésicos. Era importante tenerlos en cuenta pues ilustran distintos fenómenos socio-culturales: como la presencia de fenicios en contexto indígena; quizás el uso compartido de lugares de culto, un fenómeno muy usual en el mundo antiguo; la adopción de creencias y ciertos aspectos ideológicos fenicios por parte de las poblaciones indígenas, etc.

El autor se implica a fondo sobre todo en el análisis contextual y el uso artefactual de los objetos, seguramente por su utilidad para saber de la sociedad tartésica, pero el esfuerzo sería apenas útil si no viniera acompañado de una adecuada adscripción cronológica de los mismos, aspecto en el que Mariano Torres hace constantes aportaciones a lo largo de estos apartados.

Los últimos capítulos del libro, referidos a "Territorio, arquitectura y urbanismo", "Epigrafía y lingüística", "Religión", "El mundo funerario" y "La estructura socio-política", están también muy trabajados y le permiten al autor remontar algo el vuelo en lo que se refiere a la reconstrucción del "universo" tartésico, sin duda elaborando propuestas algo más arriesgadas que en los capítulos anteriores, pero no menos que las que están manejando los demás especialistas. También en todos ellos el autor se ha marcado un objetivo, descubrir o simplemente mostrar al lector qué es lo que pertenece a la tradición indígena anterior o a primitivos estímulos mediterráneos precoloniales y lo que corresponde a los aportes coloniales, así los capítulos incluyen dos apartados temporales, Bronce Final y Período Orientalizante.

A pesar de que el autor no es lingüista resuelve con limpieza la ardua tarea de exponer con claridad la compleja problemática de la escritura tartésica, su discutido origen y su no

resuelta cronología. Igualmente se detiene en la cuestión de la lengua o lenguas del Sudoeste, etc. y nos presenta el panorama actual de conocimientos de la antroponimia y de la toponimia prerromanas en la zona.

En aquellos apartados donde el mundo de la ideología y la religión están presentes el autor amplía el horizonte de la fecunda línea de trabajo iniciada por Martín Almagro Gorbea que ha convertido estos aspectos en los mejor estudiados y conocidos del “Período Orientalizante”. Una aportación singular del autor es la búsqueda de paralelos y de explicaciones a partir de los textos ugaríticos, ya que, según mi opinión, a falta de documentación textual fenicia, se pueden encontrar en ellos algunos precedentes remotos que aclaran ciertos aspectos de las prácticas culturales tartésicas de influencia fenicia y de su particular arquitectura religiosa.

En fin, Tartessos deja de ser aquí un mero trasunto de la colonización fenicia como pretenden algunos, pero tampoco es, como pretenden otros, una cultura encapsulada que simplemente elige unas formas y motivos iconográficos foráneos como un mero lenguaje decorativo, pero que en el fondo apenas se transformaría por el influjo fenicio. También apreciamos con la fructífera lectura de este libro algo que ya sospechábamos, que Tartessos ya no es simplemente “orientalizante”, sino por los estímulos que recibe es “fenicizante y punicizante”, a pesar de que suene mal, de la misma manera que la “América latina” es más bien “ibérica” o “hispana” en función de las lenguas y la vieja dominación y colonización española y portuguesa que propiamente “latina”.

Fernando LÓPEZ PARDO
Universidad Complutense de Madrid

Salvador MAS TORRES, *Ethos y Pólis. Una historia de la filosofía práctica en la Grecia clásica*, Madrid, Istmo, 2003 [ISBN: 84-7090-473-6].

La reflexión filosófica sobre “lo político”, el individuo y la comunidad, la *physis* y el *nomos*, no puede entenderse ni explicarse sin acercarse a los procesos históricos de nacimiento, consolidación y “crisis” de la *polis*. Desde este punto de vista S. Mas hace un recorrido por la historia de la filosofía práctica en época clásica sin perder de vista las condiciones históricas que hicieron posible tanto el nacimiento mismo de esta reflexión como las situaciones (el desarrollo de la democracia, el imperialismo, la “crisis” de la *polis*...) que permitieron ahondar en ella, analizando los distintos cauces que adquirió esta reflexión, principalmente en la época de los sofistas, en Platón y en Aristóteles.

Desde este punto de vista la *polis* se convierte en el “modelo” o la experiencia desde la que pensar la realidad, en el contexto que posibilita el “paso del mito al *logos*”, clave por tanto de comprensión de la reflexión filosófica de los “físicos” de la escuela jónica, como Anaximandro y Heráclito, en los que surge ya la distinción del orden de la naturaleza y el de la convivencia (en la *polis*), regidos por unos *nomoi* pero también la problemática de la distinción entre apariencia-realidad (en Heráclito), producto igualmente de las contradicciones y ambivalencias de la propia *polis*, tal y como señala en autor en su introducción.

El primer capítulo de la obra constituye una introducción al objeto de estudio propiamente dicho (la filosofía práctica en la Grecia clásica), con el objetivo de adentrarse, para facilitar la comprensión de los desarrollos filosóficos posteriores, en la construcción de “lo político” a través de un recorrido por Homero, Hesíodo, Solón y Clístenes. En este “camino” se aprecia un proceso de “abstracción”, “racionalización” y “desmitificación” en el pensamiento, incidiendo el autor en varios aspectos esenciales en esa “construcción política” en los que

se perciben diferencias a medida que se produce una mayor “politización” centrándose finalmente sobre todo en una *polis* concreta: Atenas (en tiempos de Solón y Clístenes). Entre estos elementos destacados por el autor como esenciales para la construcción política a través de las obras o de la actuación de los personajes citados, está la reflexión sobre el poder, la soberanía y autoridad, el problema de actuación (o no) libre y responsable en relación con la toma de decisiones y frente a la actuación divina, la importancia de la palabra y la persuasión, la pregunta por la justicia (*Dike*) y el buen orden (*Eunomia* y del orden inmanente a la *polis*) y la ley escrita y no escrita (las *themistes* y los *thesmoi*) y la aplicación e interpretación de la misma. En este sentido S. Mas reconoce en la Atenas de Solón el origen de la “progresiva judicialización de la vida política”, aunque más bien, habría que hablar, dada la imbricación ya existente entre justicia y política desde antes, de una ampliación tanto del acceso a la aplicación de la justicia como de la deliberación política. Con Clístenes se afirman y consolidan sobre nuevas bases (territoriales y no “gentilicias”) las posibilidades de participación en los asuntos públicos lo que terminó de convertir “la política” en un asunto de los ciudadanos. En este nuevo “espacio” político de la ciudad democrática en la que tienen un papel esencial los tribunales y la asamblea, se convierte en un asunto clave el dominio de la palabra (palabra que ya tenía una función privilegiada junto la fuerza, *bie*, en Homero, para alcanzar el poder) lo que llevará al desarrollo de la *techne* de la retórica en la ciudad.

Para ello sin embargo, se necesita una todavía más profunda “democratización” de la ciudad que se realiza en tiempos de Efialtes. En este contexto analiza el autor, ya en el segundo capítulo dedicado a la época de los sofistas, los cambios producidos en relación con elementos como la decisión y responsabilidad en el marco de la construcción del nuevo derecho tal y como se refleja en las *Euménides* de Esquilo, en el que es esencial controlar “las técnicas del diálogo y la argumentación”. Ésta es precisamente la especialidad de los sofistas que pueden dividirse en dos grandes grupos aquellos “partidarios” de la *physis* y aquellos que lo son del *nomos*. Aunque el desarrollo de la sofística debe entenderse en el contexto de la *polis* democrática, el autor no deja de señalar las contradicciones de algunas características de los propios sofistas en relación con la misma *polis* democrática, lo que no debería extrañar dado que las condiciones mismas de la democracia hacen posible la más diversas posturas y opiniones como las que se encuentran entre los sofistas. Frente a la objetividad del *nomos* propio de los hombres, dado por Zeus, que lo diferencia de los animales en Hesíodo, el *nomos* de los sofistas emana de la convención humana y en este sentido, para algunos de los sofistas, hace violencia a las normas naturales, como en Antífonte o en Hipias, cuyo interés por la igualdad y el universalismo que se halla en la naturaleza no deriva en posturas democráticas sino en un individualismo (en Antífonte) y un elitismo del intelecto o de los sabios (en Hipias), que influirá también en Platón. Por otro lado, frente la enseñanza de la virtud o *arete* que se identifica con la *techne* de la retórica y cuyo criterio de validez es el éxito, se sitúa Sócrates que abandona el modelo de la *techne* para enseñar la virtud como conocimiento teórico a través de una búsqueda de la verdad que se halla en el alma humana. Si bien la crítica al relativismo de los sofistas no se enfrenta abiertamente con las instituciones democráticas en Sócrates quien apunta, como señala el autor, antes que al derrocamiento de la democracia sustituyéndola por “los que saben”, a la conveniencia de que el individuo concreto adquiriera los conocimientos necesarios”, en general y, especialmente a partir de Platón, la crítica antiretórica se va a identificar con una crítica antidemocrática. Habría, quizás, que plantearse, qué papel juega en ello el hecho de que desde los inicios de las *polis* (y desde antes) se hubieran arrogado los *aristoi* habitualmente las prerrogativas de determinar “lo justo” y lo “injusto”, lo “bueno” (identificado con ellos mismos: *agathoi*) y lo “malo” (el *demos*: los *kakoi*).

Dentro de los sofistas se justifica “la ley del más fuerte”, dado que “la virtud no se mueve en términos de justicia y verdad, sino de eficacia y poder”, situación que se percibe

claramente en algunas de las posturas propias de la ciudad de Atenas durante el s.V y especialmente durante la guerra del Peloponeso, donde se radicalizan las posiciones, como en el caso de Mitilene o Melos que analiza el autor desde esta perspectiva. De los sofistas “partidarios” del *nomos*, cuya eficacia se valora en términos de utilidad y no de “producir ciudadanos buenos y justos” es Protágoras el más destacado que plantea las cosas en términos de lo mejor (el discurso mejor) y no de lo bueno o lo justo, haciendo al hombre la “medida de todas las cosas” y en especial, el hombre “poderoso” que logra atraer y convencer con su *logos* cuyo criterio de valor es el éxito. Éste podría ser el caso de Pericles en cuyos discursos en Tucídides se detiene el autor para analizar esta lógica así como la relación, a través de una metáfora sexual, de los ciudadanos con la *polis* democrática que puede llegar a convertirse en “tiránica” pero cuyo poder es peligroso perder. Se echa en falta, quizás, el resaltar la posibilidad del vínculo entre otros valores o concepciones que podrían percibirse en discursos de Pericles (como la estima de cualquier trabajo y la participación de todos los ciudadanos independientemente de su clase social en la política de la ciudad), con corrientes de pensamiento que no son ajenas a valores como el de la propia justicia (en Hesiodo y Solón, por ejemplo).

Platón reacciona ante el relativismo de los sofistas con la búsqueda del “saber acerca del Bien y la Justicia”. El análisis de S. Mas pone de manifiesto la metáfora o paralelismo estrecho que establece este autor entre la política o la vida dentro de la *polis*, por un lado y el alma humana, o más concretamente, en relación con la *therapeia* para sanar las desviaciones en ambos campos. La correspondencia establecida entre las dos realidades servirá tanto a Platón como a Aristóteles para justificar las desigualdades en la búsqueda de la ciudad ideal, al hacer correspondiente, en el caso de Platón, las pasiones inferiores del alma no sólo con el comportamiento de ciertos individuos, sino más explícitamente en la República con un grupo social concreto, aquellos marginados y marginales en la ciudad griega (los dedicados a la agricultura y especialmente a los trabajos manuales, los artesanos). Este tipo de correspondencias o analogías, inexacta, como señala S. Mas, es la que va a utilizar Aristóteles (en este caso entre cuerpo y alma) para justificar la desigualdad en relación con las mujeres y sobre todo con los esclavos. Toda la investigación y reflexión ética, moral y “psicológica” de Platón, en relación con la justicia, la verdad, el bien, la armonía, las pasiones y estados del alma, se refleja de forma “literal” sobre el cuerpo cívico, en el que finalmente, en su ciudad ideal, los que alcanzan este Bien a través del conocimiento y la contemplación, y por ende, los que tienen que gobernar (produciéndose una identificación finalmente entre Estado y divinidad o divinización del Estado) no puede ser cualquiera, sino aquellos ajenos a (por encima de) los trabajos agrícolas y artesanales, en definitiva del *demos*, en lo que se puede descubrir claramente, desde nuestro punto de vista, no sólo la tendencia aristocrática de Platón, sino la tradicional identidad en círculos aristocráticos entre lo moralmente justo y los *aristoi* o *agathoi*. El autor presenta con acierto la evolución de Platón que muestra, por otra parte, una inquietud por la aplicación de su reflexión filosófica al ámbito de la ciudad y de la política y la tensión entre individuo y sociedad, teoría y práctica. El paso del gobierno del filósofo-rey al de las leyes pone de manifiesto el desencanto de Platón en su trayectoria política concreta, en especial en Sicilia y su tendencia, tomando como modelo el estado espartano, a unificar y homogeneizar para controlar absolutamente tanto la vida pública como privada de los ciudadanos, en una ciudad donde se valora sobre todo el orden (más que la libertad) y donde es finalmente el miedo al castigo (desde las leyes) lo que lleva a ejercer la virtud.

En Aristóteles, la “investigación” se centra en la felicidad, como fin (*telos*) de todo hombre, llegando a la conclusión de que consiste en vivir de acuerdo con la virtud que le es propia que en el caso del hombre son las virtudes dianoéticas (correspondientes a la parte

racional del alma) y las éticas (de la parte irracional). En Aristóteles, sin embargo, como muestra el autor, se hace más viva la tensión entre teoría y práctica (no basta con conocer sino que se necesita la *praxis* precedida por la deliberación), entre filosofía y política, entre el individuo y la *polis* que es “por naturaleza” (como la “casa” y la “aldea”) dada la naturaleza social del hombre, pero que puede entrar en conflicto con la tendencia a la felicidad, que aunque mantiene la identidad platónica con la *sophia*, incorpora otros elementos de la vida “práctica” como la fortuna. En Aristóteles se vuelven a plantear cuestiones relativas a la libertad y responsabilidad moral de las acciones (buenas o malas a las que corresponden placeres buenos o malos), en el contexto de la reflexión del derecho griego sobre voluntariedad o involuntariedad, así como, de nuevo, en la disyuntiva, dentro del examen de la justicia, entre justicia natural y legal (los aspectos “técnicos” y “morales”), tratando de conciliar ambas, ajustando la segunda a la primera y tratando de introducir la variabilidad y mutabilidad, pero haciendo primar finalmente la estabilidad, durabilidad, concordia y seguridad en la ciudad, en la que el concepto de justicia se salva al justificar “por naturaleza” la desigualdad.

En definitiva la obra de S. Mas que finaliza con una reflexión sobre la situación de “crisis” de la *polis* en el s. IV a través de la figura de Demóstenes en el epílogo, se acerca con rigor a la filosofía práctica griega de época clásica, haciéndola, al mismo tiempo, accesible y comprensible al encuadrarla dentro de un marco histórico más amplio al que hace referencia como fondo desde el que explicar “la creación de lo político” en la Grecia clásica y específicamente en Atenas.

Miriam VALDÉS GUÍA

Universidad Complutense de Madrid

Francesco PRONTERA, *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*, Edición y traducción de G. Cruz Andreotti, Málaga, CEDMA, 2003, 161 pp.[ISBN.: 84-7785-555-2].

Gonzalo Cruz Andreotti recoge diez artículos de Francesco Prontera, presentados por orden de aparición cronológica, muchos de ellos conocidos ya en España, dentro de publicaciones colectivas. El contenido homogéneo de todos ellos se refiere a las relaciones entre la Geografía y la Historia en el mundo griego. Con criterios metodológicos modernos, en cierto modo también está presente un objetivo tradicional, al buscar la recuperación de una disciplina de tanta solera y en cierto modo olvidada como es la Geografía histórica. La dimensión espacial recupera un papel protagonista junto a la dimensión temporal. La unidad metodológica y sistemática no impide que cada artículo pueda considerarse por separado, como fueron publicados en origen.

En el primero se recogen las referencias homéricas de Estrabón, en que el geógrafo hereda una larga tradición. La novedad se encontraría en la utilización política de Homero. La tradición proviene de la época en que se elabora ideológicamente la justificación de los viajes coloniales. A partir de aquí los conocimientos han experimentado un proceso de integración con el desarrollo de los conocimientos geográficos de época helenística. Ello da lugar a posiciones encontradas ante la geografía homérica desde la Antigüedad, todavía vivas. Estrabón hereda por tanto una tradición y un debate, pero también muestra ser hijo del ambiente augústeo, que entronca Roma con el mundo griego. Es en gran medida el espíritu de Dionisio de Halicarnaso, pero inserto dentro de la tradición helenística.

El sistema de coordenadas de Eratóstenes sirve de punto de partida para referirse a la historia de las relaciones entre geografía teórica y geografía empírica, que se entremezclan hasta

Ptolomeo. Las líneas geográficas deben pasar por los lugares más sobresalientes de la ecúmene. Los espacios están sometidos a alineamientos significativos. Ciertos lugares, como el Cabo de San Vicente, desempeñan un papel crucial en la formación de la imagen espacial. Naturalmente, en el Imperio romano subsiste el helenocentrismo propio de la visión antigua del Mediterráneo. La percepción inicial era la de los navegantes, de modo que Ptolomeo recoge la tradición helenística donde la tradición marinera ha incorporado la delineación orográfica. En ello se halla la principal novedad.

Italia forma un elemento clave en la imagen de la ecúmene de los griegos. Al principio, Hecateo se refiere con este nombre a la región de Calabria y Lucania. La expansión del término se lleva a cabo por etapas históricamente condicionadas. Posiblemente sea Eratóstenes quien aplica el nombre a la totalidad de la península. Sin embargo, las etnias como tales fueron conocidas por los griegos, no por su propia autoconciencia. Las denominaciones étnicas no son nunca estáticas. Son constantes los cambios de nombre de un mismo pueblo. Los orígenes de los pueblos se especulan en época posterior, antigua y moderna. De ahí se deriva la creencia de la formación histórica de las entidades culturales.

El primer Mapa es helenocéntrico, frente a la representación persa. Heródoto junta las dos, que luego se imponen en el mundo helenístico. Aquí desempeña un papel la influencia de los historiadores de Alejandro. Es el final de la imagen del Mediterráneo como centro de la ecúmene. Con el mundo helenístico la orografía de Asia Menor se añade a la descripción del periplo. El ejemplo de Estrabón es por supuesto el mejor conocido y por sí mismo significativo.

El mito de Heracles como viajero por el Mediterráneo hasta alcanzar las columnas a las que él mismo da nombre se presenta como un instrumento mental imprescindible para la configuración geográfica de la ecúmene.

Prontera recoge las posturas interpretativas recientes que adjudican a las Guerras Médicas el punto de partida para la elaboración de una conciencia nacional, derivada de ese conflicto con los persas, en que se define igualmente la alteridad del bárbaro. Antes, las prácticas derivadas de las fiestas panhelénicas y la mentalidad reflejada en el catálogo de las naves son los únicos referentes para definir la helenidad. Las fronteras son el resultado del proceso. Las condiciones históricas proporciona gran facilidad para los cambios étnicos en las definiciones de los griegos. En la literatura el fenómeno produce la invención de genealogías, como cuando Alejandro de Macedonia Filohelena pretende su propia definición como griego. El fenómeno también se aplica a los pueblos conocidos en la colonización.

El conocimiento geográfico de Polibio se consolida gracias a las guerras de Aníbal. Es la primera vez que la distancia a las columnas se fija por Europa, no por África.

El conjunto representa un mosaico interesante de las posibilidades que ofrece el estudio de la geografía y de la historia cuando forman parte de un conjunto epistemológicamente inseparable.

D. PLÁCIDO

Universidad Complutense. Madrid

Julián GALLEGRO (ed.), *El mundo rural en la Grecia antigua*, Madrid, Akal, 2003, 383 pp. [ISBN: 84-460-1437-8].

El estudio del mundo rural en la Grecia antigua ha prosperado enormemente en los últimos 25 años, con la profusión de monografías dedicadas explícitamente a este tema que han hecho posible un rigor teórico y metodológico notable y la colaboración interdisciplinar en esta materia. La presente obra nos proporciona una rica y bien seleccionada compilación de

artículos sobre el mundo rural traducidos al español y viene a salvar, con ello, una brecha en publicaciones sobre el tema en lengua castellana.

El desarrollo de los estudios sobre mundo rural en la Antigüedad griega y especialmente sobre la existencia de un porcentaje considerable de los labradores independientes y autosuficientes ha venido a matizar la afirmación de que la economía griega antigua se sustentaba en el modo de producción esclavista o al menos a no ver ambos fenómenos separadamente, sino interrelacionados en la dinámica social de las comunidades griegas.

La temática, los problemas y la historiografía sobre el tema son expuestos de forma inteligente y clarificadora por Julián Gallego en su introducción que sirve para encuadrar la compilación de artículos seleccionados y situarlos en los debates y avances de la investigación en las últimas décadas. Recientes monografías o estudios especializados han tratado cuestiones como la mano de obra utilizada en el trabajo agrícola (especialmente el debatido tema del trabajo esclavo), la significación socio cultural de la granja doméstica y la posibilidad de la existencia de una ideología agraria o una "cultura campesina", la cría de ganado y el pastoreo, el funcionamiento y la organización interna de la granja, que toca aspectos como la economía familiar, las estrategias de subsistencia, la dependencia o no de poderosos y las relaciones de explotación, la integración ciudad-campo o el desarrollo histórico con la creación de una clase de ciudadanos-hoplitas-campesinos durante el arcaísmo y la crisis de este "modelo" en el s.IV. El objetivo del libro, que es poner en evidencia la problemática, los avances y los debates sobre este tema, se consigue plenamente (dentro de las limitaciones que impone el espacio) con la selección de artículos (o capítulos de libros) en los que se argumentan concepciones o modelos diversos a partir de fuentes variadas (literarias, arqueológicas, epigráficas, geológicas, botánicas...), que no dejan de poner de relieve, como denominador común, la importancia y la significación en la agricultura griega antigua de la existencia (aunque no exclusivamente) de un colectivo de pequeños y medianos labriegos independientes (la mayoría de los autores sitúan el promedio de una finca de hoplita en torno a los 40-60 plethra = 3,6-5,4 hectáreas), agrupados en general en asentamientos nucleares y que practican una agricultura intensiva. Uno de los énfasis del libro en su conjunto es la tendencia a enmarcar el estudio del mundo rural en el entramado de las relaciones socio-económicas y políticas lo que resulta en concepciones diferentes (resumidas con acierto en la introducción de Julián Gallego) entre los que consideran e integran a estos labriegos dentro del término campesino (*peaseant*) que implica normalmente una explotación en el sentido de verse despojados de parte de su producción para sostener a la clase terrateniente y al estado. Dentro de esta visión existe una diferencia sustancial entre los que defienden la exención de este tipo de obligaciones como marca específica de parte del campesinado griego (como Finley o Wood) y los que sostienen que la explotación se mantiene, a veces enmascarada de diversos modos (como Ste. Croix, Garnsey o Gallant); otros autores, por su parte, consideran a los labriegos como granjeros (*farmers*), que conforman una clase independiente tanto de los terratenientes como de los campesinos (Hanson y Jameson).

Aunque varios artículos aluden a los campesinos dependientes del estilo de los hilotas o *penestai*, más estudiados por lo general en las discusiones en torno a la esclavitud en la Antigüedad, en general la mayoría de los autores se centran en el funcionamiento de la granja doméstica independiente. De este modo M.H. Jameson ("El trabajo agrícola en la Grecia antigua"), a pesar de que alude a otros modelos de trabajo agrícola, se centra en los labriegos atenienses y reafirma su hipótesis del trabajo esclavo en las granjas de los labriegos independientes del Ática (defendido en "Agriculture and slavery in classical Athens", *CJ* 73, 1977, 122-44) en época clásica, argumentando, para sostener su tesis, que la mayoría de ellos se encontraban en el nivel de hoplitas y vivían ligeramente por encima del nivel de subsistencia. El capítulo de E.M. Wood (de su libro *Peasant-citizen and slave. The foundations of*

the Athenian democracy, London, 1988) se encuentra, en este aspecto del trabajo esclavo, en la línea opuesta a la de Jameson, al defender que la mayoría de los campesinos áticos no disponían para el trabajo agrícola de esclavos (concentrados, según esta autora en las minas y en el servicio doméstico de los ricos), pudiendo atender a su capacidad y derechos como ciudadanos gracias a la limitada imposición de cargas por parte tanto del estado como de los terratenientes. La clave para entender la democracia no se encuentra para Wood ni en la esclavitud ni en el imperialismo ateniense, sino en la exención de imposiciones tributarias del campesinado libre del Ática que ayudaría a explicar por otro lado el desarrollo de la esclavitud-mercancía (para suplir servicios que ellos ya no realizaban, excluyendo, sin embargo, el trabajo agrícola que es, sin embargo, curiosamente el principal trabajo realizado por campesinos “no liberados” de su dependencia, como los hilotas). P. Garnsey, por su lado (cuyo trabajo está sacado de su libro: *Famine and food supply in the Graeco-Roman world. Responses to risk and crisis*, Cambridge, 1998), aunque acepta que el peso de la economía antigua descansa en general sobre campesinos y no en esclavos, incluye entre las estrategias de subsistencia (de producción, demográficas y de relaciones económicas y sociales) los vínculos horizontales (en la comunidad rural o aldea y entre parientes) y verticales que podían deslizarse (y con frecuencia se deslizaban), por su desigualdad, hacia relaciones de explotación. T.W. Gallant (artículo extraído de *Risk and survival in ancient Greece. Reconstructing the rural economy*, Cambridge-Oxford, 1991), por otra parte, se sitúa en una postura intermedia al admitir la dificultad de que una familia de labriegos media pudiera adquirir esclavos aunque precisa que a favor de esta posibilidad hay que contar con el deseo de poseer esclavos (dentro de la ideología de la *polis*), así como con la variabilidad de situaciones de acuerdo con los cambios propios del ciclo de vida de un *oikos*. V.D. Hanson (cuyo artículo está sacado de su libro: *The other Greeks. The family farm and the agrarian roots of western civilization*, New Cork, 1995) en su estudio sobre la ideología emanada del igualitarismo agrícola del granjero griego medio se acerca en cierta medida a la posición de Wood, al suponer la existencia de una clase de labriegos libres, exentos de cargas y presiones por parte de los terratenientes, aunque retrotrae el proceso de su constitución como tal a la época oscura (momento de luchas frente a las aristocracias o “baronías pastoriles” que atribuye a esa época); aunque su análisis de la ideología de “igualitarismo agrario” (basado en una realidad social) y de los síntomas por los que propone retrotraerlo incluso hasta el s.VIII, es clarificador en muchos aspectos, la imagen que da de “calma” y estabilidad en el arcaísmo y en época clásica (hasta la ruptura y polaridad entre ricos y pobres acentuada en el s.IV) es demasiado estática y no tiene en cuenta, en nuestra opinión, las frecuentes luchas y *staseis* propias de la época arcaica en muchos lugares de Grecia (muchas veces motivadas porque esos “granjeros independientes” no gozaban de tanta estabilidad como se supone).

Los estudios del mundo rural, como señalábamos al principio de esta reseña, se han centrado también últimamente en diversos aspectos normalmente marginales o marginados, tratados en el pasado de forma metodológicamente incorrecta o demasiado generalizadora, como el de la cría de animales que V.S. Hodgkinson (“La crianza de animales en la polis griega”) ha situado en un plano diferente, señalando tanto su importancia en el conjunto de la economía del *oikos* como su integración con el cultivo arable y su relación con aspectos sociales, políticos y económicos y no solo medio-ambientales. Otro de estos temas, la relación de la agricultura con la guerra, ha suscitado un amplio debate (sobre todo con respecto a las consecuencias del combate sobre la agricultura durante la guerra del Peloponeso), al que L Foxhall contribuye (“Labranza y combate en la Grecia antigua”) señalando la repercusión psicológica de los ataques prolongados y la desunión que podía llegar a causar en el seno del cuerpo cívico. Otros aspectos, normalmente aceptados por todos, como la característica unión de hoplita-ciudadano-propietario de tierra/campesino que lleva implíci-

to la integración y unidad peculiar del campo y de la ciudad en la Grecia antigua (enfaticada por M.I. Finley), así como la visión de una ideología de autosuficiencia y de consumo, sin dejar de ser válidos, pueden ser matizados, como lo hace R. Osborne (“Orgullo y prejuicio, sensatez y subsistencia: intercambio y sociedad en la ciudad griega”) en relación con los atenienses terratenientes áticos del s.IV, cuya necesidad de efectivo para hacer frente a liturgias y otras cargas, los condujo, según este autor, a desarrollar una producción agrícola para el mercado, distinta, por tanto, de la producción de subsistencia y autosuficiencia del campesino pequeño y mediano. Otro aspecto, por fin, en el que queda aún mucho camino por recorrer es el de la integración del *oikos* o la granja doméstica en la comunidad rural o aldea (en el Ática, los demos, cuidadosamente estudiados por R. Osborne y D. Whitehead) y las relaciones inter-*oikoi*, campo en el que profundiza J. Gallego en el último capítulo del libro (“Comunidad aldeana y sociabilidad campesina en la Grecia antigua”) para poner de relieve la existencia de unas actitudes, religiosidad, prácticas, normas y valores comunes, una “cultura rural” de las comunidades de aldeas a través de las que se socializa y se integra el labriego y su *oikos* creando lazos de solidaridad y de reciprocidad, a través de instancias como las fiestas rurales o los matrimonios, sin obviar las desavenencias y disputas que podían surgir en el seno de la comunidad.

Podemos concluir afirmando que la presente obra no sólo hace accesible en lengua castellana varios de los trabajos más importantes y recientes sobre el mundo rural en la Grecia antigua, sino que además presenta (gracias en gran medida a la introducción de J. Gallego) un panorama bastante representativo de las líneas, avances y discusiones que sobre este tema se ha venido realizando en los últimos años, lo que enriquece nuestro conocimiento y facilita el análisis crítico de la agricultura y los problemas sociales en torno a ella en la Antigüedad.

Miriam VALDÉS GUÍA

Universidad Complutense de Madrid

J. LASSO DE LA VEGA, *Sófocles*, editado por Elsa García Novo, Fernando García Romero, Felipe Hernández Muñoz y Marcos Martínez Hernández, Madrid, Ediciones Clásicas, 2003 [84-7882-534-7].

Ya antes de su temprano fallecimiento, un grupo de alumnos del Prof. Lasso de la Vega había decidido reunir en un volumen la obra de su maestro en torno a Sófocles. Al margen de otras muchas líneas de estudio, desde la Sintaxis Griega a la Lingüística Indoeuropea, pasando por la Religiones Místicas, en todas las cuales ejerció además de modo muy productivo la docencia, sin duda el trágico ateniense constituía un punto central en las preocupaciones de L. de la V. como filólogo. Ello quiere decir que se convirtió en el eje de la investigación en el campo de la Literatura, de la Crítica Textual o de la Tradición Clásica.

En el campo literario, se incluyen trabajos más o menos especializados, desde la *Introducción* de la traducción publicada en la Biblioteca Clásica Gredos en 1981, hasta estudios de profundización psicológica, como el análisis del famoso “discurso engañoso” Ayante. La primera consiste en una presentación completa, modelo de síntesis, donde, al lado del estado de la cuestión en todos los temas de interés relacionados con el autor, se presente un análisis interpretativo donde el estudio literario se entiende por hallarse concordado con la crisis de su época. El análisis literario es por ello también un análisis histórico. Pero no lo es sólo por penetrar en las condiciones materiales en las que la obra se desarrolló, sino por la penetrante mirada en la dinámica de lo antiguo y lo nuevo que permite comprender la sensibilidad de Sófocles ante la realidad.

Por ello Lasso defiende la presencia en el trágico de lo clásico como fenómeno humano, y no como estado anquilosado, pues ni él es un personaje olímpico ni contempla un mundo idealizado. El escenario está constituido por la integración de la literatura en la pólis, entendida como orden que integra lo individual y lo colectivo.

Por ello, el análisis de la obra literaria permite observar lo más genuinamente histórico, el conflicto del hombre con el entorno. Lo que hace que Sófocles sobresalga como creador y modelo humano no es el alejamiento de la realidad, sino la capacidad de observar el dolor visto desde la serenidad y el gozo de su persona. No quiere decir que edulcore la realidad, pues en su obra el conflicto se presenta sin conciliación final. En cierto sentido, su realidad es descarnada y al conocimiento sólo se llega por el dolor. El protagonismo recae sobre la soledad del héroe. Ante estos problemas, Sófocles no tiene respuesta. Precisamente, lo que se pone de relieve en su lectura es que sólo el conocimiento de la dura realidad produce la satisfacción que él mostraba en su vida, sea Sófocles, sea Lasso de la Vega. Como dicen los editores, “el destino ha querido que veamos reunidos a ambos en la presente publicación”, en el vigésimo quinto centenario del nacimiento del poeta, en el séptimo aniversario de la muerte del filólogo.

Como ejemplo de estudio profundo de un pasaje interesante, el discurso de Ayante recibe una atención específica, que se encaja en la visión global del poeta. El héroe se presenta como modelo de la soledad citada, de la falta de soluciones ante una realidad, en la que se destaca el doble entendimiento de las palabras, la presencia inevitable de la ambigüedad en el momento dramático. La percepción del cambio que destruye al héroe sólo puede asumirse con la muerte.

Se añaden notas métricas a los coros del Edipo Rey, notas de periodología métrica en la obra de Sófocles en general y un estudio métrico del himno al amor de Antígona. En la crítica textual, de que se ofrecen dos trabajos, el profesor Lasso llegó a ser un experto, capaz de profundizar en las profundidades de una ciencia tan sutil, donde, como él decía, sólo es posible penetrar cuando se ha alcanzado una madurez filológica y humana que impida las precipitaciones y los aventurerismos, pero haya eliminado al mismo tiempo la timidez. Los estudios de tradición clásica, sobre Brecht, Gide o Cocteau han sido su punto de encuentro con un público culto más amplio que el de los filólogos clásicos. Todo estudioso y amante del mundo antiguo, en cualquiera de sus facetas, tiene ahora la oportunidad de recuperar una obra dispersa, que ha aportado mucho a los estudios clásicos en España y en el mundo.

D. PLÁCIDO

Universidad Complutense de Madrid

Pausania. Guida della Grecia. Libro VII: L'Acaia, Testo e traduzione a cura di Mauro Moggi, Commento a cura di Mauro Moggi e Massimo Osanna, Bari, Fondazione Lorenzo Valla - Arnoldo Mondadori Editore, 2000, 374 pp. [ISBN: 88-04-47409-2].

El libro que se presenta tiene varias secciones: en primer lugar una excelente introducción, de la que Mauro Moggi es responsable hasta la página XIX, y que trata del comentario del libro hasta el capítulo décimo séptimo, es decir, la parte narrativa del libro (cómo los griegos poblaron la Jonia asiática, la creación de la Liga Aquea, la destrucción de Corinto y el sometimiento a Roma). De sus observaciones podemos destacar la recensión que aporta de las fuentes de Pausanias: tanto autores como Ferécides, Heródoto, Tucídides y Estrabón como fuentes autóctonas comoasio de Samos e Ión de Quíos, y fuentes anónimas (seguramente orales, propias de cada ciudad) que se esconden tras verbos como levgousin,

nomivzousin o favsin. Es éste precisamente uno de los méritos de Pausanias: la actividad de integración de fuentes de difusión panhelénica con las fuentes de difusión local, si bien, como advierte el estudioso italiano, esto produce una serie de contradicciones, que, sin embargo, no hacen que el texto deje de seguir siendo valioso, pues si no fuera por Pausanias esas fuentes locales se nos habrían perdido. No obstante, cuando las informaciones del texto de Pausanias discrepan con las de Heródoto, para Mauro Moggi son más fiables las de este último. Respecto a la historia más reciente de Grecia, la época romana, el autor destaca la importancia de la dependencia de Pausanias respecto de Polibio, dando el primero normalmente una versión simplificada de los hechos. Moggi nos habla también del *significado de los silencios* del autor: por ejemplo el hecho de que no hable de la proclamación de la libertad para Grecia por parte de Flaminio, lo que muestra un espíritu contrario a la alianza con Roma, que se manifiesta claramente en la responsabilidad que atribuye a L. Mummius sobre la destrucción de Corinto, el castigo contra los aqueos y la expoliación de Grecia; por el contrario, no oculta un gran aprecio hacia la persona de Nerón, que dio la libertad a Grecia (aunque Vespasiano anuló esta decisión inmediatamente después). Con esta noticia se cierra la primera parte de la introducción y comienza la sección descriptiva de la obra, estudiada por Massimo Osanna y menos interesante desde el punto de vista histórico, porque se limita a exponer el itinerario seguido por Pausanias. Osanna divide el recorrido que hace el autor griego en Acaya occidental y Acaya oriental, exponiendo minuciosamente en qué se centra la atención del autor griego al hablar de cada ciudad, haciendo excelentes comentarios de carácter arqueológico.

Concluida la introducción, se recoge la bibliografía utilizada (pp. XXXIX-LXV), que incluye las ediciones anteriores más importantes del texto griego, desde la *editio Aldina* hasta la de Casevitz, los comentarios, traducciones y estudios de carácter general sobre Pausanias, Jonia, Acaya, la Liga Aquea, las Guerras Macedonias y la Guerra Aquea, geografía y topografía de Acaya y estudios monográficos de cada una de las ciudades que visita Pausanias, desde los más antiguos, como *Peloponnesiaca* de W.M. Leake, hasta los contemporáneos: es encomiable la labor de documentación de los autores. En las páginas siguientes (pp. LXVII-LXXXVI) se presentan catorce mapas de las regiones y ciudades recorridas en el libro.

A continuación se presenta el texto griego con aparato crítico y la traducción al italiano de Mauro Moggi. Inmediatamente antes, y en la misma sección, especifica las siglas de los códices utilizados sin *stemma codicum*, tomando como códice principal el de Niccolò Niccoli, y nos hace saber que su trabajo en la edición del texto es deudor de las ediciones de Spiro y de Rocha-Pereira. También cita el autor los estudios de que se ha valido para la elaboración del aparato crítico. Cabe felicitar a Moggi por la edición del texto y la traducción, siempre fiel al original griego.

En la página 149 comienza el comentario de la obra: las notas se dividen en históricas y textuales, a cargo de Mauro Moggi, y en arqueológicas y topográficas, a cargo de Massimo Osanna. Con el fin de que no se haga pesada la lectura los autores señalan con un corchete angular las notas indispensables para la comprensión del texto. Las notas son reflejo de su gran conocimiento: son notas eruditas que suelen recoger las referencias bibliográficas de los estudios en que se han basado. Bien es verdad que a veces son desmesuradas: valga como ejemplo el contenido de la segunda nota (p.182), una conjetura que se alarga demasiado como para ser indispensable para la comprensión del texto (la nota trata de explicar la razón por la que Pausanias calla las denominaciones de la antiguas tribus derivadas de los nombres de los hijos de Ión y la adopción del nombre de *jonios* por parte de los atenienses, lo que para Moggi podría ser debido al espíritu filoateniense del autor griego: la causa de estos silencios, pues, sería el deseo de mantener distinguidos a los jonios del Peloponeso y a los pobladores del Ática). Por otro lado, se echa de menos una nota que

identifique al escultor Esemilis, creador de la estatua de Hera en Samos, que aparece nombrado en el capítulo IV, y otra que explique el término buvsson (en el capítulo XXI). Por lo general, las notas son de gran interés para distintos asuntos tratados en la introducción, como la comparación de Pausanias y Polibio (primera nota al capítulo X), y también para otros asuntos, como la tipología de los espartanos (acerca de si llevaban el cabello largo o no; nota al capítulo XIV, tal vez también demasiado extensa), o la etiología mítica del culto a Atis y la Gran Madre en Dimas (capítulo XVII).

Así pues, podemos concluir que nos encontramos ante un buen trabajo tanto de fijación del texto griego como de traducción y exégesis del libro séptimo de la *Guía de Grecia* de Pausanias.

Raúl DOMÍNGUEZ CASADO

A. SCHNAPP-GOURBEILLON, *Aux origines de la Grèce (XIIIe-VIIIe siècles avant notre ère). La genèse du politique*, Paris, Les Belles Lettres, 2002, 426 pp. [ISBN: 2-251-38059-2].

Desde que Finley escribiera su obra *El mundo de Odiseo* (Madrid, 1986; edición inglesa del 1954), la sociedad y la historia de la “época oscura” han venido siendo objeto de una atención cada día mayor, propiciada, además, por los avances arqueológicos que se han dado específicamente para este período. En este sentido los descubrimientos de los últimos años han llevado a la necesidad de hacer nuevas síntesis de estos “siglos oscuros”, después de las obras de V.R.A. Desborough (*The Greek Dark Ages*, New Cork, 1972) y sobre todo, la obra pionera de A.M. Snodgrass (*The Dark Age of Greece*, Edimbourg, 1971). El libro de Schnapp-Gourbeillon se enmarca, pues, en este contexto de puesta al día de la arqueología pero con una perspectiva “histórica”, que no suele ser la habitual en este tipo de obras, enfocadas en su mayoría desde los estudios arqueológicos (por ejemplo en las obras de I. Morris, *Burial in Ancient Society: The Rise of the Greek State*, Cambridge, 1987 o J. Whitley, *Style and Society in Dark Age Greece*, Cambridge, 1991). La autora misma advierte que no pretende ser exhaustiva sino tan sólo tratar “fragmentos” de este período con el objetivo de abrir debates en diversos asuntos.

En primer lugar Schnapp-Gourbeillon hace un análisis minucioso del final del mundo micénico (finales del s.XIII, y sobre todo s.XII), como medio de comprensión de la sociedad resultante en época oscura (desde el submicénico y el Protogeométrico), rompiendo con ello la tradicional “ruptura” entre el análisis de la sociedad y la cultura de la Edad de Bronce y las de la Edad de Hierro. Con ello pretende rescatar la idea de continuidad, sin negar por ello tampoco la “ruptura” y los cambios radicales entre la sociedad palacial y la postpalacial, siguiendo de este modo la línea iniciada, aunque matizada, por H. Van Effenterre. La idea de continuidad durante los siglos oscuros será rastreada (en el capítulo IV) a través de los cultos y de los santuarios, tema en el que se han llevado a cabo estudios minuciosos y exhaustivos como la obra reciente de A. Mazarakis Ainián (*From Rulers' Dwelling to Temples. Architecture, Religion and Society in Early Iron Age Greece (1100-700B.C)*. Studies in Mediterranean Archeology, vol XXI, Jonsered, 1997). La obra analiza también cuestiones especialmente debatidas de la historiografía de este período, como las invasiones dorias o el tema de la migración (capítulos II y III), desde de la arqueología pero tratando también de recoger, de forma crítica, la información proporcionada por las fuentes literarias, lo que tampoco suele ser habitual en los estudios de este período, normalmente realizados desde una perspectiva sólo arqueológica. Por último, en el “otro extremo” de los llamados “siglos oscuros” (finales del s.IX y VIII), se va a centrar, entre las “novedades” e innovaciones que se

han asociado en estos últimos años con la emergencia de la *polis*, en el tema de la composición de los poemas homéricos y del inicio de la escritura que ha estudiado también en otros trabajos anteriores (“Naissance de l’écriture et fonction poétique en Grèce archaïque: quelques points de repère”, *Annales ESC* 5-6, 1982, 714-721).

En su acercamiento al final del mundo micénico, Schnapp-Gourbeillon trata de rebatir la teoría de R. Drew (*The Ende of the Bronze Age. Changes in Warfare and the Catastrophe ca. 1200 B.C.*, Princeton, 1993) de la “catástrofe” rápida y de las invasiones externas que sustituye por cambios más lentos y no tan homogéneos. La autora postula, como causa del derrumbamiento de la sociedad palacial (que no de la cultura micénica), las rivalidades y luchas intestinas de los miembros de la élite, apoyados por seguidores entre los que no deja de reconocer la posibilidad de la infiltración (no masiva) de mercenarios desde la periferia del mundo griego (de los Balcanes y de Italia). Su análisis parte de una revisión arqueológica sitio por sitio, sin descuidar tampoco el aporte de la iconografía especialmente en relación con las transformaciones operadas en el mundo de la guerra. Desde esta perspectiva la sociedad del s.XII, postpalacial pero micénica culturalmente, se constituye, en el análisis de la autora, en el momento crucial del cambio del sistema político, en un período creativo e innovador que servirá de “base” para la configuración de la sociedad de los siglos oscuros y de inicios del arcaísmo. En su visión, por tanto, se matiza la supuesta despoblación, señalando las diferencias regionales y la prosperidad de algunas zonas como Eubea, y se reivindica la continuidad-formación de una aristocracia de base fundiaria en los siglos oscuros, perspectiva defendida también, a partir de Homero, en general por historiadores (como P. Carlier en por ejemplo: “La procédure de décision politique du monde mycénien à l’époque archaïque”, *La Transizione dal Miceneo all’ alto arcaismo*, D. Musti et al. eds., Roma, 1991, 85-95), frente a tesis más orientadas hacia una “regresión” demasiado radical tanto socio-económica como política. En este sentido, aunque sin meterse demasiado en el tema que no trata sistemáticamente, critica acertadamente la teoría de la aplicación del modelo antropológico de los “big men” melanesios (postulada tanto desde el análisis arqueológico como desde el estudio de los poemas homéricos) a la sociedad de los siglos oscuros.

Sin admitir la tesis de la “invasión” extranjera, Schnapp reconoce sobre todo en el s.XII y en el XI un período de movimientos importantes de población, sinecismos, fundación de nuevos habitats, migraciones y refugiados (como los que van a Chipre) que va a marcar la configuración político-espacial de los siglos oscuros. En este contexto se adentra en el análisis de la supuesta invasión doria y examina los “objetos extranjeros” que desde la arqueología fueron utilizados para reivindicarla, así como las fuentes literarias, a las que concede (lo que no suele ser frecuente para estos momentos) una consideración especial. La conclusión sobre la invasión doria es negativa, resaltando la manipulación de la misma por parte de Esparta y las tradiciones diferentes (más en la línea de la migración e infiltración de grupos de guerreros) en otros lugares “dorios” como en Corinto, Argos, Creta o Rodas. La cuestión de la “etnicidad” es delicada y la utilización de las fuentes literarias arriesgada, aunque no debe obviarse, como en ocasiones se ha venido haciendo; en este tema se mezclan aspectos sociales, étnicos y culturales como el de la creación de identidades tal y como se pone de manifiesto en obras recientes, como la de J.M. Hall que realiza un agudo análisis, especialmente en relación con la Argólide (*Ethnic Identity in Greek Antiquity*, Cambridge, 1997).

En el capítulo IV sobre la religión en los siglos oscuros, que se centra especialmente en los santuarios, trata de poner de manifiesto tanto la continuidad con el mundo micénico (y especialmente sobre todo con el mundo micénico postpalacial, el s.XII), frecuentemente rechazada y criticada en estos últimos años, como la ruptura y las innovaciones. A partir de un repaso por los últimos hallazgos o nuevas interpretaciones (como la de Mazarakis Ainian

que acepta con matizaciones) de los restos de los santuarios de este período procura analizar el tipo de continuidad (que tras el descubrimiento de los nombres de los dioses griegos en el panteón micénico no puede soslayarse). Postula además, en la línea de F. de Polignac (*La naissance de la cité grecque. Cultes, espace et société VIII^e-VII^e siècles avant J.-C.*, Paris, 1984: edición revisada de 1996) pero para un período anterior, la funcionalidad de los mismos ya desde inicios de la época oscura, en relación con la identificación y el reparto espacial en estrecha unión con la estructura socio-política emanada del derrumbamiento del sistema palacial y constituida entre el HRIIC y el Protogeométrico.

Por último el capítulo que cierra el libro, está dedicado, entre las muchas posibilidades de los desarrollos que dan lugar a la *polis* arcaica, al tema de la invención del alfabeto, de la escritura y de su relación con los poemas homéricos. De nuevo en este terreno, la autora se sitúa en una posición opuesta al escepticismo e hipercriticismo característicos de los últimos años. Pone de relieve cómo recientemente (por ejemplo C.J. Ruijgh, en J.P. Crielaard, ed., *Homeric Questions*, Amsterdam, 1995 y B.B. Powell, *Homer and the origin of the Greek Alphabet*, Cambridge, 1991) se valora una fecha alta para la invención del alfabeto griego a partir del fenicio (el s.IX quizás o incluso antes) y reivindica, en una exposición “llena de preguntas” (muchas de ellas sin respuestas), no sólo una fecha temprana de la escritura, sino también su relación intrínseca con el marco agonístico, poético y lúdico del banquete o simposio aristocrático de estas fechas. No descarta por tanto la probabilidad de una redacción temprana de los poemas homéricos (en el s.VIII), cuya coherencia interna apunta a una única autoría, en el contexto de las “cortes” principescas de miembros de la aristocracia. Desde este punto de vista destaca, sobre todo, la isla de Eubea, una de las candidatas más plausibles para situar tanto el origen del alfabeto como la primera redacción de los poemas homéricos, sin por ello descartar otras posibilidades igualmente viables en este sentido.

La obra de Schnapp es, como la misma autora reconoce, un acercamiento “fragmentario” lleno de preguntas y de puntos desde los que profundizar en el debate de este período de los siglos oscuros. Aun cuando deja sin analizar los siglos intermedios entre el s. XII-XI y el IX, salvo en lo concerniente a la religión y ciertas pinceladas sobre el debate en torno a la sociedad de esos momentos desde la aplicación de modelos antropológicos que matiza, la obra tiene el mérito de recuperar para el análisis histórico de este período, aspectos como la “memoria” y las tradiciones épicas y legendarias. Todo ello sin descuidar en ningún momento los hallazgos arqueológicos pero con una visión que se plantea, más allá de los restos de la cultura material, sobre los modos de transmisión y continuidad que, como para el caso del culto, en ocasiones no dejan huellas visibles que hayan podido llegar hasta nosotros. Por todo ello es interesante el enfoque y el acercamiento de esta autora que abre nuevas posibilidades de discusión sobre una etapa de la historia de Grecia que cada día debe considerarse menos “oscura”.

Miriam VALDÉS GUÍA
Universidad Complutense de Madrid

J. BOARDMAN - S.L. SOLOVYOV - G.R. TSETSKHLADZE (Eds.), *Northern Pontic Antiquities in the State Hermitage Museum. Colloquia Pontica*, 7. Leiden – Boston - Colonia, E. Brill, 2001, XIV+339 pp. [ISBN: 90 04 121 46 3].

El séptimo volumen de la serie *Colloquia Pontica*, dedicada a la difusión de la Historia y la Arqueología del Mar Negro, presenta esta interesante recopilación de artículos reali-

zados, en su inmensa mayoría, por investigadores que trabajan en el Museo Estatal del Hermitage, en San Petersburgo, Rusia. El objeto de estudio se centra en los materiales arqueológicos procedentes de las numerosas investigaciones del Museo en las ciudades grecorromanas de la costa septentrional del Ponto Euxino que se custodian en el mismo, siendo éste el auténtico nexo de unión entre una vasta colección de artículos que, como no podía ser de otra manera, tienen intereses y objetivos diversos, así como metodologías diferentes.

Haremos, pues, un rápido recorrido por estos trabajos. I.I. Saverkina estudia un tipo muy específico de pendientes del siglo IV a.C., que parece haber sido realizado en la Grecia del Norte y en Asia Menor y del que se conocen sólo catorce ejemplares, lo que indicaría que estaban destinados a su uso por las elites nor-pónticas. Por su parte, O.Ya. Neverov analiza los ejemplos más interesantes de las impresiones de sellos halladas en cerámicas del Ponto septentrional, haciendo una sugerente selección de entre los varios centenares de ejemplares que conserva el Hermitage. K.I. Zaitseva estudia una forma cerámica de carácter ritual, copas de pie alto, cuya producción se extiende desde el s. I a.C. hasta el s. IV d.C. y que está presente en varias ciudades de la región; el artículo incide en los rituales domésticos y privados en los que tales productos eran empleados.

Acerca de los cuernos para beber empleados por los escitas versa la contribución de E.V. Vlassova, que incluye un catálogo de los conocidos en el Ponto septentrional, tanto los reales como los representados en estelas funerarias; concluye la autora que, junto con otros objetos (espada, *gorytos*, torques y hacha de combate) constituirán el repertorio funerario escita típico a partir sobre todo del s. V a.C. El artículo de S.L. Solovyov, uno de los co-editores del volumen, se dedica a analizar las no siempre claras relaciones entre los dos centros griegos del bajo Bug, Borístenes y Olbia. La tesis principal que defiende Solovyov incide en la primacía de Borístenes-Berezan, que habría englobado en un primer momento el territorio de la futura Olbia (cerca de Parutino) que, a partir del último cuarto del s. VI habría aspirado a su propia identidad, la cual acabaría siendo sancionada por el santuario de Apolo en Dídimas. A partir de mediados del s. V Olbia sería el único centro político de la región, mientras que Borístenes habría asumido un estatus inferior, quizá el de *emporion* o puerto de la *polis*. Con este trabajo se introducen, en cierto modo, los siguientes trabajos del libro, dedicados al establecimiento de Berezan, uno de los lugares donde se han centrado, desde hace ya muchos años, las investigaciones del Hermitage.

Así, en efecto, A.M. Gilevich estudia las monedas halladas en Berezan entre 1962 y 1991, a través de las cuales pueden seguirse las vicisitudes políticas del lugar entre los siglos V a.C. y III d.C.; por su parte, L.I. Davydova presenta una escultura de mármol (un *kouros*) de probable manufactura microasiática y datable en el s. VI a.C. mientras que Y.I. Ilyina aborda el análisis de las primeras importaciones de cerámica ática de figuras rojas en Berezan, entre las que destacan piezas de una altísima calidad; esto le lleva al autor a sugerir que buena parte de ellas, que aparecen en contextos culturales, pudieron haber sido usadas con fines rituales, ya que ninguna de las piezas de calidad apareció en contextos de necrópolis, donde son frecuentes, sin embargo, las producciones de segunda fila. En cualquier caso, puede ser arriesgado proyectar nuestro juicio actual sobre las cerámicas y sus pintores sobre el pasado, lo que vale para reflexiones acerca de la "calidad" de tales productos. V.V. Nazarov y S.L. Solovyov estudian las armas de Berezan, no demasiado abundantes, pero halladas en todo el establecimiento; se prescinde de las puntas de flecha y se consideran, sobre todo, distintos tipos de lanzas y de espadas.

Tras esta serie de trabajos dedicados a Berezan, el artículo de A.M. Butyagin aborda el estudio de la cerámica pintada procedente de los niveles más antiguos de la ciudad Mirmecio, procedente de la campaña de 1992. Destaca el alto porcentaje de ánforas comer-

ciales (un 64 %) en su mayor parte de origen jonio; entre las cerámicas de mesa pintadas parecen predominar las producciones nor-jonias y los hallazgos permiten elevar la fecha de fundación de Mirmecio desde mediados del s. VI a un momento hacia el 575 a.C.

A un tipo de decoración funeraria, los medallones de vidrio de Panticapeo, se dedica el artículo de N.Z. Kunina; estos objetos, datables en el s. IV a.C. suelen presentar un busto femenino o, en ocasiones, una figura hilando, clara alegoría muy pertinente en este tipo de objetos, bastante raro y de finalidad funeraria. También de la necrópolis de Panticapeo procede un busto de terracota, estudiado por E.N. Khodza, del que se sugiere, tras analizar sus posibles paralelos en otros medios, que puede representar a la Ártemis Efesia, pero sin descartar tampoco que se trate de una amazona, y que se vincula con la difusión del culto de esa diosa a partir del s. IV a.C.; en cualquier caso, la pieza se relaciona con las imágenes de deidades femeninas representadas en pleno *anodos*.

Con el trabajo de A.V. Kruglov se inicia la última parte de la recopilación, centrada en la ciudad de Ninfeo. En su artículo, dicho autor estudia un sello de cornalina que representa la lucha de Apolo y Heracles por el trípode délfico y que, a pesar de sus rasgos arcaizantes, parece datarse a fines del s. VI a.C. L.P. Gagen describe el laborioso proceso de restauración de un fresco del s. III a.C. de Ninfeo, procedente de un santuario, y que representa un barco isiacico, y en el que los ciudadanos que acudían al santuario realizaron un gran número de *graffiti*. En la necrópolis de Ninfeo han aparecido abundantes relieves en estuco procedentes de los ataúdes de madera de los siglos V a.C. al II d.C., que son objeto de un análisis e intentos de reconstrucción por parte de N.K. Zhizhina. En relación también con estos ataúdes está el análisis micológico de la madera de los mismos realizado por O.L. Smolyanitskaya, L.V. Slavoshevskaya y V.A. Svetlichnaya, y que tiene utilidad para poder abordar una labor de conservación más eficaz de la madera. En relación con la conservación de estos sarcófagos están también los dos últimos estudios; por una parte, E.G. Sheinina aborda la relativa a la de los apliques de estuco, tanto de su estructura como de su coloración y T.A. Baranova, E.A. Chekhova y N.V. Krachun la de la madera.

El volumen se completa con una sección de recensiones bibliográficas, otra de nuevas publicaciones de Europa oriental y un completo y utilísimo índice general.

En conclusión, esta obra nos permite aproximarnos a unos riquísimos materiales, no demasiado conocidos fuera de Rusia y Ucrania, y no en poca medida por la evidente barrera lingüística, y que gracias a los editores del presente volumen permiten ampliar nuestro conocimiento sobre ese ámbito tan rico y peculiar que representó el antiguo Ponto Euxino durante la Antigüedad grecorromana.

Adolfo J. DOMÍNGUEZ MONEDERO
Universidad Autónoma de Madrid.

Jean JEHASSE - Laurence JEHASSE, Aléria. *Nouvelles données de la nécropole*. Lyon- París, Maison de l'Orient Méditerranéen-Jean Pouilloux, 2001, 2 vols., 397 pp. + 204 láms. [ISBN: 2-903264-76-7].

En el año 1973 Jean y Laurence Jehasse publicaron 105 tumbas de la necrópolis prerromana de Aleria, y ese estudio se convirtió desde el primer momento en un punto de referencia básico para el estudio no sólo de los rituales funerarios del mundo etrusco y etrusquizante entre los siglos V y III a.C. sino también para el análisis de los ritmos comerciales en el Mediterráneo central durante ese mismo período. La presente publicación añade otras 73 tumbas, en buena parte colectivas, que contienen un total de 131 enterramientos; como ocurrió con la parte de la

necrópolis publicada en 1973 (= *Aleria I*), los materiales recuperados son abundantísimos y en este libro se publican cerca de 2.500 objetos. Se comprenderá, así, el interés que esta necrópolis presenta desde muchos puntos de vista.

El libro se inicia con una introducción donde los autores plantean los nuevos datos que aporta esta parte de la necrópolis; son tres los períodos principales que ellos distinguen: el primero (subdividible en varios momentos) que iría del 500 al 340 a.C., el segundo del 340 al 259 a.C. y el último del 259 al 150 a.C. La necrópolis, además, se halla estructurada en torno a una vía funeraria y se han distinguido en ella varios ritos: cremación, inhumación y tumbas de cámara con varios enterramientos, y con señales de uso continuado durante varias generaciones aunque también, en ocasiones, signos de reocupación “violenta”, esto es, sin respetar los restos de deposiciones previas. Este hecho se interpreta como resultado de la intrusión de gentes ajenas al ámbito de Aleria, tal vez indígenas corsos. Se han podido distinguir, asimismo, diferencias de índole socio-económica; las tumbas ricas, tanto por su construcción como por sus ajuares suelen ubicarse en las zonas más visibles y mejor protegidas. También se han podido realizar algunas observaciones acerca de las expresiones de género en las tumbas.

El segundo capítulo analiza las tumbas del primero de los períodos cronológicos delimitados por los autores. Atención destacada reciben las cerámicas áticas, que corresponden en su inmensa mayoría a producciones de figuras rojas y de barniz negro, siendo las formas dominantes las destinadas a la bebida (escifos y cántaros sobre todo). El momento de máxima presencia de esta cerámica se sitúa entre el 425 y el 410 a.C., lo cual es argumentado mediante descripción de todas las piezas y cuadros recapitulativos. En esta fase la cerámica ática aparece en todas las tumbas analizadas (salvo en una); en relación con *Aleria I*, se observa no obstante un aumento de los vasos destinados a perfume paralelo a una cierta reducción del banquete aristocrático. A esta fase cronológica corresponden también cerámicas etruscas y etrusco-púnicas y cerámicas comunes de pasta rosa. Sin embargo, en esta fase el tipo de artículos que parece haber tenido mayor peso a la hora de elaborar los ajuares es el metálico, hierro y sobre todo bronce. En bronce aparecen artículos de adorno, armas y, sobre todo, vasos para el banquete. En hierro se dan también objetos de adorno (una fibula), armas (puntas de lanza y regatones, espadas y falcatas) y objetos varios. Algunos objetos de oro y plata completan el repertorio.

Dentro del período, observan los autores una neta diferencia entre el s. V y la primera mitad del IV, con una disminución de los objetos relacionados con el banquete y una presencia cada vez menor de importaciones; ello es atribuido a que la presencia de lo etrusco se hace cada vez menos patente, quizá en relación con los cambios que está sufriendo el Mediterráneo central. El inicio del período es vinculado al ambiente del primer tratado romano (etrusco)-púnico, como prefieren llamarlo los autores, que coincidiría con la inauguración de la necrópolis alerina al quedar Córcega fuera del área de control preferente de etruscos y púnicos, lo cual puede ser posible, a pesar del silencio de las fuentes con respecto al estatus de Córcega. El cambio de inicios del s. IV, por su parte, se vincula al predominio siracusano sobre el Tirreno, que duraría hasta el 348, con el segundo tratado romano-cartaginés.

El tercer capítulo trata del segundo período, entre mediados del s. IV y mediados del s. III a.C.; el mismo se inicia con un aumento de las deposiciones y un aumento de los ajuares. Ha cambiado el tipo de tumba de cámara, tanto en su orientación como en su disposición interna; hay también una reducción del metal en los ajuares. Las cerámicas áticas acaban por desaparecer a lo largo de la segunda mitad del s. IV y son sustituidas por producciones italotas e itálicas y etruscas. Se produce un incremento en número de cerámicas por tumba, pero disminuye la calidad de los vasos; por lo que se refiere a los metales, se ha producido una drástica disminución en relación con la fase previa, que no tiene por qué deberse a una recesión económica sino

a modificaciones en la composición de los propios ajuares funerarios. La interpretación histórica de esos datos es difícil de realizar y los autores al tiempo que resaltan el incremento del peso romano en el Tirreno no dejan de observar, dentro de esta fase, una primera etapa en la que llegan masivamente productos itálicos y, sobre todo, etrusco-laciales, seguida por otra, en el segundo cuarto del s. III, quizá en relación con un aumento de la presión púnica sobre la isla.

El capítulo cuarto cubre la tercera etapa cronológica, entre mediados del s. III y mediados del s. II a.C., ya bajo el control romano; es un período histórico en el que las fuentes literarias atestiguan diferentes revueltas, que serán reprimidas por Roma con dureza. La necrópolis muestra continuidad con la fase previa, pero también un evidente empobrecimiento, con disminución de las importaciones cerámicas y muy poco metal; predomina el aspecto indígena, lo que mostraría que Córcega ha salido del circuito de las redes comerciales en el que se insertaba siglos atrás.

En la Conclusión Jean y Laurence Jehasse integran los nuevos datos dentro de las investigaciones que han llevado a cabo sobre Aleria durante más de un cuarto de siglo; así retoman la cuestión de la Alalia griega y la creación de la ciudad con la llegada de los emigrantes de Focea, problema aún sin resolver de forma satisfactoria desde el punto de vista arqueológico. De interés es su visión de la Córcega post-focea, abierta, en su opinión, por los cartagineses a los romanos; la necrópolis atestiguaría la presencia de gentes etrusco-romanas y griegas en torno a Alalia, mientras que en otras partes de la isla los contactos con los púnicos son perceptibles. Así, se pasaría de un período de influencia etrusca (primer cuarto del s. V) a otro de mucho más ecléctico (segundo y tercer cuartos del s. V) en el que lo que más claro queda es el repliegue etrusco y el peso del mundo griego, del que se llega a hacer partícipe a la propia Atenas. Entre el final del s. V y la primera mitad del s. IV se sugiere para Aleria un estatuto de “puerto franco” abierto a todos los partícipes en el mercado tirrénico. La época entre mediados del s. IV y la mitad del s. III abriría Córcega a un masivo comercio proveniente de la Italia central, sobre todo Campania, Lacio y Etruria. La primera mitad del s. III sería el período de dominio púnico, quizá de carácter militar; el año 238 sería el momento en el que Roma domina la isla, creándose la provincia en el 231, pasando ya Córcega a un segundo plano en el nuevo diseño político dominante.

Por último, destacan los autores el papel de los habitantes locales, quizá beneficiarios de la explotación de los recursos económicos propios, tanto la tierra, la pesca, las salinas, como la percepción de tasas y peajes por el uso de sus instalaciones portuarias.

La parte del león de la obra se la lleva el catálogo exhaustivo de las tumbas, numeradas a partir de las ya publicadas en *Aleria I*. De cada tumba se señala su tipología, con frecuencia ilustrada con un croquis, así como el catálogo de sus hallazgos correspondientes. Todo el aparato gráfico, incluyendo abundantes fotografías en color de los hallazgos más relevantes así como fotografías en blanco y negro y dibujos de una gran parte de los objetos recuperados ocupa las 204 láminas que configuran el volumen segundo.

El primer volumen se cierra con un estudio de los *graffiti* realizado por Jacques Heurgon; entre ellos, los hay etruscos, griegos, latinos y púnicos, en ese mismo orden de mayor a menor. Una amplia bibliografía, una tabla recapitulativa de tumbas y una utilísima tabla recapitulativa de los objetos hallados en las tumbas completan la obra.

Se trata, pues, a todas luces, de una publicación de gran interés para poder seguir los ritmos económicos y políticos en el Mediterráneo central a través de un punto como Aleria, que surge de este libro, como de su predecesor, *Aleria I*, como uno de los nudos de la gran red de puntos comerciales que jalonaban el Mediterráneo arcaico y clásico.

Adolfo J. DOMÍNGUEZ MONEDERO
Universidad Autónoma de Madrid

Sebastiana Nerina CONSOLO LANGHER, *Storiografia e Potere. Duride, Timeo, Callia e il dibattito su Agatocle*. Studio e testi di storia antica, 11. Pisa, Edizioni ETS, 1998, XVIII+265 pp. [ISBN: 88-467-0104-6].

En los últimos tiempos son cada vez más frecuentes los trabajos que se centran en el desarrollo histórico de Sicilia y, en general del occidente griego, en los años cruciales del final del s. IV e inicios del III a.C. y, a esta tendencia no es ajena, sino todo lo contrario, la autora del presente estudio. Una de las líneas principales de trabajo consiste en considerar a personajes como Agatocles no como una peculiaridad propia de Sicilia, sino más bien a analizarlo teniendo en cuenta su inserción dentro una línea más amplia cual es la de los reinos helenísticos de los que dicho individuo forma parte. En esta ocasión, el tema que propone Consolo Langher es el análisis de las diferentes tradiciones historiográficas que se desarrollaron en torno a la figura de Agatocles.

Ya en la Introducción plantea Consolo Langher las que van a ser las líneas principales de su exposición mostrando cómo Calias buscará insistir en la *pietas* de Agatocles así como el carácter real de su autoridad; por el contrario, Timeo buscará resaltar los aspectos negativos del personaje, vinculándolo a las tradiciones habituales sobre los tiranos. Por fin, Duris sería una figura ecléctica e independiente que buscará distinguir entre los métodos del poder y los hechos destacables y positivos de la actuación del gobernante. Es esta pluralidad de enfoques la que hace harto atractiva la encuesta historiográfica, puesto que en la misma pueden observarse no sólo los mecanismos de los que se sirve el poder sino, sobre todo, la percepción que los mismos tuvieron sobre la historiografía contemporánea y posterior.

Un problema no menor viene dado por la desaparición de las fuentes primarias, de las obras de tales autores, conservándose sólo referencias parciales en autores posteriores. A lo largo de los siguientes capítulos del libro, se irá argumentando a favor de este planteamiento general ya delineado en la Introducción. Así, el capítulo primero “Timeo y Trogo-Justino. Inflexibilidad hacia la tiranía” muestra cómo Diodoro parece seguir sobre todo a Duris, rechazando a Timeo por parecerle en exceso negativo; por el contrario Justino sí parece haber utilizado a Timeo porque en él hay ecos de la polémica que mantuvo este autor contra Duris y, en general, contra todo lo que supusiera un poder tiránico. Como muestra la autora, la visión de Timeo va en contra de la opinión corriente en Atenas, que consideraba a Agatocles un gran gobernante, emparentado incluso con los Antígónidas. En esa postura contrasta con la visión más matizada de Diodoro, que derivaría de su empleo de Duris.

El capítulo segundo trata de poner en relación con la obra de Duris la visión sobre Agatocles conservada en Diodoro. Observa Consolo Langher que en Diodoro pueden distinguirse dos filones principales, uno bastante favorable, que quizá derive de Calias y otro contrario y de carácter oligárquico, que no parece haber sido Timeo. Calias puede haberle llegado a Diodoro a través de Duris, y el relato de éste se caracterizaría por los efectos dramáticos y la teatralidad de la narración; además parece haber usado a toda una serie de autores locales, hostiles a Agatocles, pero que nada tienen que ver con Timeo.

El capítulo tercero estudia las orientaciones filosófico-teóricas y el pensamiento histórico de Duris, basado sobre todo en la idea de la *mimesis*, entendida como representación de la realidad mediante una mezcla adecuada de ciencia y arte, de pensamiento y de imágenes. Ello implica también buscar sentimientos en el lector, tales como piedad o terror, del mismo modo que ocurre con la poesía y la tragedia. Para Duris, Agatocles es una figura violenta y criminal, pero siempre valiente y clemente, lo que le hacía idóneo para ser protagonista de una historia trágica, que es la imagen que intentó presentar de él.

El capítulo cuarto aborda el papel de Diodoro como importante recuperador de la perdida historiografía agatoclea. El medio para lograrlo es contraponer el relato de Justino al de

Diodoro, una vez aclarado, como se hizo en el primer capítulo, la dependencia de Justino con respecto a Timeo. Observa Consolo Langher que la visión que aporta Diodoro sobre la labor de Agatocles es muy completa, mientras que la de Justino es bastante parcial; del mismo modo, la primera se centra ya en el nuevo mundo de la *basileia* que inaugura en la isla Agatocles, frente a la visión más obsoleta de Timeo que sigue pensando en la dinámica de la tiranía.

El capítulo quinto vuelve de nuevo al análisis del peso de la tradición timaica en Trogo-Justino; aquí la autora analiza los distintos pasajes de Justino para intentar ver cuánto de la obra de Trogo se ha conservado en el Epítome. Es de destacar cómo es en Justino donde encontramos más informaciones sobre las relaciones de Agatocles con Cartago, sin duda porque Timeo utilizó fuentes púnicas a la hora de componer su relato. Del mismo modo, es destacable el aspecto de la pervivencia de la tradición timaica desde Maquiavelo hasta el siglo XIX al presentar a Agatocles como el prototipo de príncipe de orígenes humildes, cruel y sin escrúpulos y con un final terrible. Por último, y en línea con lo manifestado en diversas partes del libro, insiste la autora en que Timeo da una visión limitada y negativa de Agatocles, sin percibir que, para sus contemporáneos y la posteridad, su figura había pasado a ser considerada como la de un auténtico baluarte del helenismo.

En el epílogo, la autora recapitula sus ideas básicas, a saber el carácter laudatorio de Calias, siguiendo en cierto modo la línea que ya había introducido en la historiografía siciliota Filisto en su alabanza de Dionisio I, y el denigratorio de Timeo. Mientras que la línea iniciada por este autor sólo parece seguirla de forma amplia Trogo, la misma aporta una visión negativa pero haciendo uso de fuentes de origen púnico, lo que le da también un gran valor. Por el contrario, Duris, la fuente principal de Diodoro ha empleado, además de a Calias, a otros autores como Antandro pero también tradiciones que derivan de otras ciudades siciliotas, tales como Agrigento, Gela o Mesina, lo que la hace también muy rica.

El libro, en general, convence en la idea principal que la autora quiere expresar, y a la que ya hemos aludido; se observan, sin embargo, algunas repeticiones, a veces de frases e ideas completas, en distintas partes de la obra, acaso porque ha faltado una última relectura de conjunto para limar estas cuestiones. También se ha deslizado algún error, como considerar a Linceo como hermano de Agatocles (pág. 194), aunque en otras partes de la obra sí se le sitúa, correctamente, como hermano de Duris.

La obra se completa con una amplísima bibliografía así como con índices muy útiles de nombres y de fuentes.

En definitiva, estamos ante un estudio de un gran interés y exhaustividad que nos permite ubicar en su contexto histórico al personaje Agatocles, a través de la visión que las fuentes (por desgracia no primarias) han dejado del mismo.

Adolfo J. Domínguez Monedero
Universidad Autónoma de Madrid.

JAVIER CABRERO PIQUERO, *Julio César. El hombre y su época*. Madrid, Dastin Export S.L. 2004, 315 pp. [ISBN: 84-96249-60-3].

La bibliografía sobre Julio César se ve incrementada con una nueva biografía del personaje que trata de aproximarse a una de las figuras más atrayentes de la Antigüedad. Éste es el caso de la obra que ahora nos presenta el Dr. J. Cabrero, bien conocido ya por sus numerosos estudios sobre la Roma Republicana, periodo histórico en el que lleva trabajando más de 25 años. En esta obra una vez más nos da muestras de su profundo conocimiento de la época y del buen manejo de las fuentes, ya habitual en todos sus estudios, desde aquel leja-

no trabajo de juventud dedicado a Lucio Cornelio Sila al que dedicó su memoria de licenciatura, al más cercana en el tiempo sobre Publio Cornelio Escipión el Africano, pasando por la edición de algunas obras clásicas como la traducción de *Las Filípicas* y *Las Catilnarias* de Cicerón, a las que ha dotado de un excelente aparato crítico.

La obra que nos ocupa, dedicada a Julio César, no es una biografía más dado que intenta cubrir aspectos y épocas de la vida de Julio César que en cierta medida habían sido descuidados por otros autores. El Dr. Cabrero sigue un desarrollo cronológico de los hechos, comenzando por un interesantísimo capítulo dedicado a las fuentes de información que afectan al personaje, desde los escritores antiguos a la bibliografía moderna. A continuación pasa a realizar un breve retrato de la familia de César que contribuye de modo significativo a arrojar una luz más nítida sobre el personaje. La Roma de finales del siglo II a.C., que vio el nacimiento del futuro dictador, es el núcleo central del tercer capítulo, en tanto que el cuarto está dedicado a realizar un retrato psicológico y físico del estadista, este último basado en las numerosas estatuas de él que han llegado hasta nosotros, a pesar de que algunas de ellas, como bien recoge el autor, es dudoso que pertenezcan a él. A partir de aquí la infancia, la educación y el comienzo de la vida pública en época de Sila, la huida y el regreso a Roma y el comienzo de la carrera política a finales de la década de los 70 a.C. La primera estancia de César en Hispania en el 69 a.C., desempeñando la cuestura, la edilidad curul en el 65 a.C., su actuación en el Caso Catilina y la pretura en el 62 a.C., le llevaron al primer plano de la vida política y le condujeron al pacto secreto conocido como el primer triunvirato, acuerdo llevado a cabo con Craso y con Pompeyo. Tras el primer consulado comienza la brillante carrera militar de César como comandante de las legiones. Su primera gran empresa, la conquista de la Galia la llevó a cabo en poco más de siete años (recordemos, por comparación, que Roma tardó más de dos siglos en conquistar totalmente Hispania). El fracaso del triunvirato llevó a la guerra civil que es tratada en los capítulos XVIII a XXI. La obra política de César y los acontecimientos que llevaron a los idus de marzo del 44 a.C., concluyen la biografía que se completa con tres excelentes apéndices: el primero dedicado a los discursos políticos de César, el segundo dedicado a los relatos clásicos sobre el asesinato del dictador y el tercero a las cartas dirigidas por C. Salustio a César. Una adecuada cronología pone punto y final al estudio, en el que sólo se echa en falta unos índices analíticos, fundamentales en este tipo de obras.

Santiago Montero

Universidad Complutense de Madrid

José Maria BLÁZQUEZ - José REMESAL (eds), *Estudios sobre el Monte Testaccio (Roma) III*, Barcelona, Universitat de Barcelona (Col.lecció Instrumenta 14), 2003, 677 pp. [ISBN: 84 475 2769 7].

The Spanish excavations at Monte Testaccio, Rome, are now well known throughout the academic world, particularly so by those scholars interested in the economic and social history of the Roman world. Since the nineteenth century, Monte Testaccio is recognised as probably the most important archaeological site for the study of the ancient economy, combining a huge collection of amphorae with unique epigraphic evidence, both detailed and very numerous. In the last few years, thanks to the Spanish team led by Blázquez and Remesal, several volumes have been published, each with comprehensive studies of painted inscriptions, stamps, but also with chapters dedicated to a variety of scholarly studies.

The fourth volume is now published, with the results of the 1993 and 1994 seasons. The editors open the volume with an overview about the excavations and some new data, parti-

cularly a series of up to now unknown *tituli beta*, probably dating to a period before AD 145, as well as other dating to the early AD150s. For the first time, several African amphorae were found with painted inscriptions. The excavators propose that each archaeological layer had some 60 centimetres, corresponding to the average Dressel 20 diameter. Furthermore, 60 centimetres is two Roman feet, an easy standard followed in both the production of Dressel 20 amphorae and at the artificial hill at Rome.

Remesal and Aguilera study the painted inscriptions in a comprehensive catalogue (pp. 31-308), with impressive 860 new *tituli picti*. Several inscriptions deserve comment, but in the review I will mention only a handful of them. New evidence confirms the role of the Aemilii in the commerce of Spanish olive oil for quite a long period, from mid first century through the mid second century. The Caecilii is another family producing new names, as D Caecilius Montanus, in an AD 145 shard. The presence of *societates* is confirmed and a new *Claudiorum et...* inscription, again dated around AD 145, strengthen the suggestion that for decades, since the late first century AD at least, societies have been working in the business of olive oil supply. Among the several palaeographic interesting data, the presence in *gamma* of *cxxxi*, followed by the control *delta cci* proves that the weighing process was accurate and carried out as the olive oil was being poured in the vessel, explaining that in several known cases *tituli beta* show the adding of letters to refer to the weight, whilst in *delta* we find a control *post factum*.

Remesal and Aguilera propose a new understanding for the *tituli theta*, written with small capital letters. They agree with the established view, well explained by Rodríguez-Almeida, that these painted inscriptions refer to a small amount of olive oil extracted from the amphora in the arrival at Rome, including sometimes a precise date. They consider that the reference to a deity in some of them indicates that the olive oil extracted was used to the cult of deities, and *imagines*, in both the stores or *horrea*, and the harbour area, as well as in the temples elsewhere in town. The large collection of African amphora inscriptions, from 712 to 857, leads the authors to propose that all of them originally bore painted inscriptions, probably *tituli beta* (abbreviated *tria nomina*), *gamma* (weight of the olive oil) and *delta* (control), the first two in red ink and capitals, and the latter in black ink, written with cursive letters. Remesal and Aguilera stress in their overall comment the importance of family enterprises, remembering that these companies had interests in Baetica, but the merchants were not necessarily from the province itself, they invested in the olive oil trade. The fact that the *tria nomina* in the stamps, probably referring to olive oil producers, and the names of *mercatores* in *beta* do not coincide leads the authors to suppose that producers and dealers had contracts, but were different social agents.

Remesal studies the stamps and the standardisation of Dressel 20 amphorae, impressive if we consider that they were produced in dozens of potteries at the same time, from Hispalis to Corduba, a huge area. Remesal refers to unpublished data from excavations at Malpica to support the possibility that teams of professional potters travelled and stayed in the potteries to control the standardisation of production. If there was an official control of the whole olive oil industry, including the manufacture of amphorae, which followed official typological and metrological standards, the hypothesis raised by Remesal is logical and the archaeological evidence tends to confirm it. Amphorae from the Corduba *conuentus* represent a tiny minority (8 out of 125), suggesting that the official supply network, or *annona*, was not particularly active in the northeast of the Baetis valley, as indicate furthermore the evidence from Germany and Britain. Remesal, Rovira, García and Ozcáriz study the graffiti, most of them on Dressel 20 amphorae. Revilla studies the African amphorae, most of them the so-called Tripolitanian, whilst Carreras review the very few other amphora types, Rhodian, Dressel 2-4, Haltern 70, Crèteoise 1, Beltran II-A and II B, Dressel 14, Dressel 43, Gauloise 3 and 4,

Cnidian. Carreras stress the evidence of Haltern 70 in the Antonine period as new information, considering that elsewhere they are dated earlier, in the late first century AD. The author identifies the fabric of the Haltern 70 as similar to the Dressel 20 and proposes that they were produced in the same area, in the Baetis Valley, and prefer to consider it as a vessel to storage different products, such as grape derivatives, like *sapa* or *defructum*, as well as olives in grape juice and perhaps even *muria*, as suggest some painted inscriptions. Amphorae were usually vessels used for the specialized transport of liquids and consumers and administrative staff were probably aware of the contents by the shape of each different amphora type. Haltern 70 could be an exception to this rule, but perhaps further finds will enable us to better differentiate, both in time and space, the different Haltern 70.

Pérez studies the very small amount of ordinary ceramic wares, confirming that the Testaccio was a specialized dump, controlled and organized by the administration, not storage for general garbage. The volume includes chapters on gravity metrics, by Di Filippo, on the flora, by Pavesi and Leporatti and even a charming study of the poems dedicated to Testaccio and its quarter area. Simona Morretta studies the typology of the Dressel 20, starting from the importance of a metrological approach; she identifies different potters by the shape of the rims. Morretta concludes that the production of olive oil and the production of amphorae were carried out independently, even if in a coordinated manner. Blázquez produces a comprehensive study of pottery trade between North Africa and the East with Spain in late antiquity, concluding that those links were very strong even after the collapse of Roman rule in the AD 409-412. Kai Ruffing studies the oil industry in Roman Egypt, concluding that olive oil was mostly produced in region of Arsinoe. Rafael Frankel continues this journey to the east, with an overview on olive oil in the Middle East, with special attention paid to its importance in Hebrew culture and religion. From the beginning of the Hellenistic period the percentage of olive pollen rose sharply reaching an all time peak in the Roman period, as attested also by oil presses and amphorae. The religious use of olive oil is also important for this upsurge, according to Frankel and his readings of Talmudic literature. The volume concludes with a chapter on the Tingitana elites and the trade in Spanish olive oil, by Lluís Pons, cautioning us not to overestimate the available evidence.

The volume is a scholarly contribution to our understanding of the Roman economy, society and culture, as it puts together a host of different studies on a variety of subjects. From an archaeological perspective, it is worth stressing the importance of the new evidence, taken as independent, even if related, to the well known literary tradition. Testaccio excavations have been producing a huge amount of archaeological evidence, enabling us to a much better knowledge about the intricacies of the Roman economy, with its complex mix of private property and trade and the political role of the state in controlling the strategic supply of goods to the army and the city of Rome. The data from the excavations show that estates in Baetica, potteries and trade companies worked in coordination. *Annona* played a major role in fostering conditions of production and trade, but free market forces benefited from this and even developed in the shadows of the official network, as the Corduba area evidence suggests. Economy, society, culture and politics are thus interlinked and cannot be dissociated. Furthermore, the archaeological evidence from the Testaccio is unique for the study of Latin palaeography, especially the official one. The painted inscriptions attest to the importance of bureaucratic Latin and of Roman cursive writing in the administration of the Empire. Highly formulaic, restricted to petty local administrators, not necessarily using Latin as their mother tongue, these *tituli picti*, found in the hundreds, constitute most valuable evidence. Last but not least, the editors opened their report for an interdisciplinary approach, broadened the scope of the volume, as in the earlier reports, to include the study of olive oil in different historical contexts. Religion, apparently a distant subject, is central to the unders-

tanding of some urban inscriptions in the Dressel 20 amphorae and of the archaeological evidence from ancient Palestine. Olive oil served different purposes in different contexts, but it was always a cultural artefact: religious for some, utilitarian for others, identity sign for some and symbol of Empire for others. In this context, archaeology and poetry are intertwined; economy, society, culture, and politics are meshed irrevocably. The best invitation to visit this volume is perhaps to end the review by quoting Pier Paolo Pasolini's poem, written after a visit to the Tomb of Antonio Gramsci:

Tu giovane, in quell maggio in cui l'errore
Era ancora vita, in quel maggio italiano
Che alla vita aggiungeva almeno ardore,
Quanto meno sventato e impuramente sano
Dei nostri padri – no padre, ma umile
Fratello – già com la tua magra mano
Deliveavi l'ideale che illumina
(ma non per noi: tu, morto, e noi
morti ugualmente, con te, nell'umido
giardino) questo silenzio. Non puoi,
lo vedi?, che riposare in questo sito
estraneo, ancora confinato. Noia
patricia ti è intorno. E, sbiadito,
solo ti giunge qualche colpo d'incudine
dalle officine di Testaccio, sopito
nel vespro: tra misere tettoie, nudi
mucchi di latta, ferrivecchi, dove
cantando vizioso um garzone già chiude
la sua giornata, mentre intorno spiove.

Pedro Paulo A FUNARI
Campinas State University, Brazil

M. DÉ SPAGNOLIS, *Pompei e la valle del Sarno in epoca prerromana: la cultura delle tombe a fossa*. Roma, "L'Erma" di Bretschneider, 2001, 183 pp. [ISBN: 88-8265-146-0].

Marisa dé Spagnolis pretende con esta obra realizar una contribución al estudio de las culturas de las tumbas de fosa en el valle Sarno que integra los territorios de Pompeya, incluido Boscoreale, Poggiomarino y Sirano y los de Nocera, Sarno y Scafati, con una cronología que va desde la Edad del Hierro a la época Arcaica, tomando como base los numerosos descubrimientos arqueológicos hallados en el decenio que va desde 1988 a 1997, la mayor parte de los cuales son de época romana. Los principales hallazgos se han realizados en las villas de Vesuvio, Prete (*Popidi Narcisi Maioris*), Cascone-Sorrentino y en la de los *Lucretii Valentis*, todas ellas en el territorio de Scafati; en la gran necrópolis romana de Pizzone, en Nocera Superior; en la carretera 18 gracias a lo que se ha podido establecer los límites entre los territorios de Pompeya y de Nocera en la milla VII de la vía *Nuceria-Pompeios*. En total se han encontrado cerca de 800 tumbas de las que sólo se ha estudiado el grupo perteneciente a la edad del hierro y al periodo orientalizante.

El trabajo de Spagnolis comienza por un bien documentado estudio topográfico del Valle del Sarno y las referencias que hacen de él autores clásicos como Estrabón, Lucano, Silio

Itálico, Columela, Estacio, Livio e incluso Séneca. En este estudio topográfico se intenta establecer cuál fue el curso del río Sarno en la antigüedad y la influencia que pudo tener en él la erupción del Vesubio del año 79.

Sigue a este capítulo un breve repaso a la arqueología del Valle del Sarno desde las épocas más remotas, prestando especial interés a partir del Bronce Antiguo. La transición a la historia se realiza en un capítulo dedicado a la época Protohistórica, en la que en Campania proliferan los asentamientos como los de Cumas, Capua o Montecagnano resaltando la continuidad en algunos asentamientos en la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro, época en la que en Campania se distinguen dos *facies* distintas, la *Villanoviana* y la *Fossakultur*. A la *facies Villanoviana* pertenecen las necrópolis de Capua, Sala Consilina, Pontecagnano, y a la *Fossakultur* las de Cumas, Cairano, y Oliveto Citra. La economía de las poblaciones de esta zona, a partir de las necrópolis, parece que era la denominada economía de subsistencia basada en una rudimentaria agricultura y ganadería. Muy interesantes son las relaciones que establece el autor entre *Pithecosa* y el Valle del Sarno, patente en la frecuentación de las costas italianas por parte de los Micénicos ya desde el s. XVI a.C. A partir de Aquí, la autora pasa a estudiar más en detalle los pueblos indígenas y las necrópolis que generaron, las fases cronológicas y el cuadro generado por el *fossakultur* en el Valle del Sarno, que puede resumirse en cinco fases: una *Fase I* (850-775 a.C.) o Edad del Hierro, con una *Fase IA* (prehelénico I) y una *Fase IB* (prehelénico II); una *Fase II* (775-740 a.C.) o Edad del Hierro Final; una *Fase III* (740-640) u Orientalizante Antiguo, con tres periodos, *Fase IIIA* (orientalizante antiguo I), *Fase IIIB* (orientalizante Antiguo II) y *Fase IIIB* (orientalizante antiguo-medio); una *Fase IV* (640-570/60 a.C.), u orientalizante reciente, también dividida en tres A, B, C; finalmente una *Fase V* o Edad Arcaica que llega hasta el 550 a.C.

La última parte del libro recoge el catálogo arqueológico de las tumbas excavadas en dos poblaciones: San Valentino Torio, con dos yacimientos, Del Vivo y Farina, y San Mazano sul Sarno, con el yacimiento de Iaquinandi. Conclusiones, apéndice y una cuidada bibliografía completan el estudio.

Javier CABRERO
CSIC

Lisa MARALDI, *Falerio*, Roma, "L'Erma" di Bretschneider, 2002, 112 pp. [ISBN 88-8265-203-3].

La obra que nos ocupa, enmarcada en el ámbito de los programas de investigación topográfica promovidos por el departamento de Arqueología de la Universidad de Bolonia, forma parte de una serie de volúmenes dedicados a ciudades italianas especialmente relevantes por su patrimonio arqueológico. Tal y como argumenta la autora, Lisa Maraldi, resultaba necesario un estudio topográfico de síntesis sobre la antigua ciudad de Falerio —que ocupaba parcialmente la actual Piane di Falerone (en la región italiana de Las Marcas)—, habida cuenta de los vestigios, de gran valor histórico y artístico, hallados en ella. Maraldi propone un análisis topográfico y urbanístico de Falerio y de su suburbio en época romana, en aras del cual elabora un mapa que plasma la fisonomía de la ciudad, reconstruyéndola a partir de las estructuras todavía visibles y de las fuentes disponibles. Entre dichas fuentes, la autora recalca la importancia de los archivos privados de Pompilio Bonvicini —recopilados en un trabajo póstumo, en 1991—, cuya investigación sobre el terreno mientras ostentaba el cargo de Inspector Honorario de la Superintendencia Arqueológica de las Marcas proporcionó los únicos datos trascendentes que se conservan. No obstante —como reza en las notas de introducción—, la ciudad de Falerio ya había suscitado el interés de los estudiosos en el siglo

XVI, época en que fue desenterrado un *rescriptum*¹ de Domiciano que fue donado a Pietro Aldobrandini, sobrino del Papa Clemente VIII. Durante el siglo XVIII se realizaron notables excavaciones sobre el terreno, gracias a las cuales se recuperaron objetos preciosos, mosaicos e inscripciones y se descubrieron importantes monumentos (entre los que cabe destacar el teatro). El primer intento de delimitar la topografía de la ciudad antigua fue iniciativa de Giuseppe Colucci² que describió, de un modo muy intuitivo, algunos rasgos particulares de la ciudad romana. Ya en el siglo XIX, sobresalió, por una parte, la labor de Gaetano De Minicis, que se ocupó de la excavación del teatro y del anfiteatro y, por otra, la publicación del corpus epigráfico faleriense a cargo de Th. Mommsen. Mommsen avanzó, además, la hipótesis de la fundación de Falerio en época augústea, sustentada sobre todo en el *rescriptum* de Domiciano.

En cuanto a las fuentes literarias, los autores clásicos proporcionan una información muy sucinta de la ciudad de Falerio; de hecho, sólo Plinio³ y el *Liber Coloniarum* la mencionan. Las noticias más interesantes para establecer un marco topográfico y sociopolítico han de extraerse de la epigrafía. El *rescriptum* de bronce de Domiciano, datado en 82 d.C. y descubierto en 1595 presenta una significativa referencia a la topografía del territorio. Se trata de una larga inscripción en la cual el emperador Domiciano pone fin a la controversia desencadenada ya en tiempos de Augusto entre Firmum y Falerio por la posesión de los *subseciva* (o *subsiciva*)⁴, concediendo los terrenos a los falerienses. Asimismo, merced a las fuentes epigráficas tenemos noticia de la construcción de edificios (tales como un *ponderarium*, un templo capitolino y un foro pecuario) y conocemos datos sobre la difusión del cristianismo (atestiguada al menos desde el siglo IV, a partir de inscripciones funerarias privadas).

En lo que se refiere a la materia socio-política, la conjugación de los descubrimientos arqueológicos y los testimonios epigráficos revela que Falerio fue, con toda seguridad, una colonia, cuyos habitantes pertenecían mayoritariamente a la tribu Velina, y que su fundación debió de tener lugar en época augústea —según apuntaba Mommsen—, después de la batalla de Accio, con motivo de la reorganización del territorio piceno y la sistematización de los veteranos.

Una vez expuestos los datos precedentes en la introducción (pp. 7-24), la autora se sumerge de lleno en la topografía urbana y suburbana de la antigua ciudad de Falerio (pp. 25-84). Los emplazamientos falerienses fechados en el período que abarca desde la Prehistoria hasta la Antigüedad Tardía son descritos mediante fichas individuales identificadas con números sucesivos (que responden a un criterio cronológico), y encuentran correspondencia en un útil mapa arqueológico que se presenta al final de la obra. De cada uno de los emplazamientos se ofrece la ubicación, la naturaleza de la estructura o del descubrimiento y la bibliografía específica. Entre las construcciones que se recogen en las 139 fichas incluidas en el segundo apartado del volumen destacan una enorme cisterna (llamada localmente “I Bagni della Regina”), el anfiteatro, las termas y las necrópolis. Mención aparte merece, por su importancia y antigüedad, el teatro, uno de los monumentos antiguos mejor conservados de la región de Las Marcas.

La lectura crítica de la documentación constituye el objeto del tercer apartado (pp. 85-102). Lisa Maraldi expone, en primer lugar, su hipótesis sobre la extensión urbana de Falerio, que

¹ Orden imperial en respuesta a una petición.

² En la obra *Sulle antiche città picene di Falere e Tignio. Dissertazione epistolare ai signori di Falerone* (1777) y en el capítulo “Memorie e antichità di Falerio”, incluido en la obra *Antichità Picene* (tomo III, 1788).

³ *Nat.* III, 111.

⁴ Terrenos que no se miden.

resulta difícil de establecer, al carecer la ciudad de amurallado. Para reconstruir el diseño de las calles de la ciudad antigua la autora se basa parcialmente en las investigaciones de Bonvicini. El área más problemática es la forense, pues al no conservarse huellas arqueológicas de la plaza forense, la exposición se basa exclusivamente en conjeturas sobre la ubicación del foro. La autora dedica varias páginas a la descripción del teatro —mencionado *supra*—, datable en época augústea, aunque presenta huellas de posteriores reformas. Otro de los edificios llevado a examen es el anfiteatro, que se encontraba en un contexto extraurbano, debido a sus grandes dimensiones; aunque resulta difícil establecer su cronología, Maraldi sugiere su datación en época posterior al teatro (en la segunda mitad del siglo I d.C.). De las termas no quedan restos actualmente, si bien ciertas áreas de la ciudad pueden ligarse, casi con toda seguridad, a complejos termales. Con respecto a los edificios sagrados, las únicas noticias derivan de las fuentes epigráficas, que revelan la existencia de un templo capitolino y un *sacrum* dedicado a Fides Augusta. Por lo que se refiere a las construcciones destinadas al aprovisionamiento hidráulico, existen huellas de la existencia de un acueducto y de pozos —estos últimos ubicados en zonas residenciales privadas— y se conservan dos cisternas suburbanas. Los restos arqueológicos procedentes de actividades comerciales son escasos: las señales de un horno para la cocción de ladrillos, un grupo de ánforas situadas en la zona residencial y un depósito de arcilla depurada son los únicos hallazgos reseñables.

En el último apartado (pp. 103-108), la autora recoge sus conclusiones. Maraldi sostiene que la morfología del emplazamiento de la antigua ciudad de Falerio —regada por las aguas del río Tenna, en un valle poco pronunciado, al pie de una colina— ha contribuido a la frecuentación del área desde época prehistórica. Los testimonios romanos más antiguos se refieren a época tardorrepública (ss. II-I a.C.) y los datos arqueológicos y epigráficos revelan que Falerio fue un centro urbano relevante a partir de la época augústea.

Por otra parte, Maraldi elabora una hipótesis sobre los límites de la ciudad, logrando establecer el trazado de algunas vías urbanas; no obstante, debido a la escasez de testimonios arqueológicos, no es capaz de definir la red viaria complejiva. El diseño urbanístico de Falerio que se deriva de su hipótesis induce a pensar en una ciudad de índole predominantemente comercial, cuya importancia se incrementó en el siglo I d.C. (época de la construcción del teatro y posiblemente también del anfiteatro) y que alcanzó su mayor desarrollo en el siglo II d.C. Por lo que respecta a los siglos sucesivos, los testimonios arqueológicos, ya con muchas lagunas, se enrarecen. Los últimos datos relativos a estructuras monumentales en *Piane di Falerone* son imputables a la época medieval.

Eva LEZCANO VEGAS

Universidad Complutense de Madrid

Raúl BUONO-CORE V., *Roma Republicanana: Estrategias, Expansion y Dominios (525-31 a.C.)*.

Valparaíso, Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso, 2002, 344 pp. [ISBN : 956-17-0327-0].

El doctor Buono-Core, está muy relacionado en sus últimas etapas formativas como científico con la Universidad de Pisa; en la actualidad imparte docencia en la Universidad Católica de Valparaíso, donde es profesor titular desde 1989. Es bien conocido en el mundo científico por sus trabajos sobre la Roma Republicanana.

El libro que ahora presenta, como bien indica en su prólogo el Dr. Buono-Core está dirigido a los estudiantes de primer ciclo universitario, que por primera vez se enfrentan a los innumerables problemas que plantean los estudios y el conocimiento de la Roma antigua. Es

en este contexto en el que debemos juzgar una obra que, evidentemente, al igual que todos los manuales de iniciación posee luces y sombras, virtudes y defectos que son inevitables. Entre las virtudes cabe destacar el lenguaje ameno y accesible, sin la retórica innecesaria que en la mayoría de las ocasiones sólo sirve para dificultar la lectura; la cuidada síntesis de los acontecimientos y la buena utilización de la bibliografía moderna, pero sobre todo destaca el interés del autor por el manejo de las fuentes clásicas grecorromanas, que son la base de cualquier estudio sobre la antigüedad romana. Los defectos de este tipo de obras también son evidentes y la que comentamos no es una excepción: la falta de un adecuado aparato crítico en profundidad en el que se de cabida a los problemas históricos e historiográficos de buena parte de los acontecimientos y a sus posibles soluciones, cuando esto sea posible.

El libro está articulado en base a siete capítulos y dos apéndices, que tienen como denominador común los diferentes procesos de expansión del estado romano, comenzando por la primera expansión, con los conflictos iniciales en el Lacio a partir del 525 a.C., y el enfrentamiento en los siglos siguientes con etruscos, galos y samnitas. La segunda expansión está dedicada a los enfrentamientos con Cartago, mientras que en la tercera y la cuarta el protagonista es el proceso de colonización de los nuevos territorios conquistados. El capítulo sexto está dedicado a los instrumentos de la expansión, y el último a los aspectos marítimos del proceso de expansión. Los dos apéndices se dedican a una recopilación de cónsules y de censores en la Roma republicana. El libro se cierra con una voluminosa bibliografía y un útil índice onomástico.

Javier CABRERO

Universidad Nacional Educación a Distancia

Sabino PEREA YÉBENES (ed.): *Res Gestae. Grandes generales romanos (I)*. (Monografías y Estudios de la Antigüedad Griega y Romana, nº 11), Madrid, Signifer Libros, 211 pp. [ISBN: 84-933267-0-4].

En momentos como los actuales, en los que la épica está en decadencia, aparece esta obra sobre grandes generales y grandes hazañas bélicas que contribuyeron a forjar el Imperio Romano, como indica el editor en la presentación del libro, para quien la guerra era una realidad inherente al mundo romano, y por tanto sus protagonistas son piezas esenciales en el devenir del mismo. De esto dan constancia también las fuentes por la cantidad de hechos bélicos narrados. Sabino Perea, desde esta obra, reivindica la necesidad de una vuelta al género biográfico, y en concreto en este caso a las biografías militares como exploración histórica del pasado romano a través de sus protagonistas.

Tras el índice y la presentación, el texto se estructura en seis partes diferentes, cada una de ellas dedicada a un general romano y con una autoría distinta. Los personajes aquí tratados abarcan un amplio arco temporal: los siglos I a.C. y el I d.C. Al final de la obra aparece una relación de todos los historiadores que han colaborado en este libro.

En realidad el texto no muestra sólo la vida de varios generales, sino toda una serie de sucesos bélicos que protagonizaron, y que tuvieron consecuencias muy importantes en el devenir de la historia de Roma. Estas biografías realzan la importancia de sus protagonistas.

Se inicia esta serie de biografías —cada una de ellas cuenta con una media de unas 30 páginas— con el general Quinto Sertorio, de manos del profesor Félix García Morá. Este personaje, de origen sabino, representa el modelo de *homines novi* que surgirán en la época de mayor esplendor de la República y del imperialismo romano. Para Quinto Sertorio, como para otros personajes de esta época, la guerra es una forma de hacer política. Esto será, si

cabe, más factible a partir de la profesionalización del ejército llevada a cabo por Mario. El ascenso político de Sertorio iría de mano de los populares, a los cuales se une más que por convicción por rechazo al golpe de Sila y a sus consecuencias. Esta decisión, sin embargo, le llevará hasta el destierro en Hispania, donde protagonizará una larga revuelta que terminará por convertirse en una Guerra Civil. García Morá la describe ampliamente, poniendo el acento en las acciones militares protagonizadas por Quinto Sertorio. Finalmente será Pompeyo, otro personaje estudiado en este libro, el que, en última instancia, acabe con esta sublevación que tuvo a Hispania como escenario. Esta guerra, y la consecuente paz, reforzaron la presencia de Roma en Hispania.

El citado Pompeyo es el siguiente general romano cuya biografía podemos leer en este libro, escrita por el mejor especialista actual en este personaje, Luis Amela Valverde. Nos muestra Valverde a un Pompeyo que se considera a sí mismo como hombre indispensable para la República y defensor del orden establecido por Sila. Para Cicerón encarnaba el modelo de *moderator Reipublicae*. Pompeyo, uno de los mayores generales que ha tenido Roma en su historia, protagonizó grandes episodios bélicos aquí narrados, como el de la guerra contra Sertorio en Hispania y su papel en el truncamiento de la rebelión servil de Espartaco, acciones que le llevaron hasta el consulado y a ganarse el apoyo del pueblo y de los veteranos del ejército. También consiguió en varias ocasiones poderes especiales para combatir, primero a los piratas cilicios, por medio de la *Lex Gabinia*, y después a Mitridates del Ponto, por la *Lex Manilia*. Sin embargo todos estos éxitos bélicos no se tradujeron en éxitos políticos, ya que nunca supo aunar las victorias militares con las alianzas políticas necesarias dentro de Roma. Sin embargo Pompeyo comprendió algo fundamental para todos los generales romanos posteriores: que las guerras eran una inequívoca forma de conseguir el poder máximo en Roma. El autor añade al final de su relato la bibliografía esencial que ha utilizado para el estudio del personaje, al que ha dedicado recientemente una amplia monografía titulada *Cneo Pompeyo Magno. El defensor de la República romana*. Madrid 2003; publicado por Signifer Libros.

Con un relato más centrado en las consecuencias políticas de la guerra que en el hecho bélico en sí, Cristóbal González Román presenta, en el capítulo siguiente, una biografía de Julio César. En primer lugar este autor destaca la gran cantidad de bibliografía existente sobre César, y advierte de las dificultades de proporcionar un retrato equilibrado del personaje. Nos muestra González Román a un patricio que, al contrario que Pompeyo, consiguió aunar los éxitos militares exteriores con su carrera política, en continuo ascenso. César protagonizará sobre todo un hecho vital para el desenlace de la crisis de la República: su participación y victoria en las Guerras de las Galias, momento en el que el imperialismo romano muestra una de sus caras más atroces y, a la vez, más brillantes desde el punto de vista estratégico.

A la victoria de César en las Galias se sumarían sus éxitos militares en la Guerra Civil contra Pompeyo, teniendo como escenario de nuevo el solar hispano. Su personalidad política y militar, unido a una tormentosa biografía personal, confirió al personaje una gran relevancia en la historia de Roma. Por ello fue recordado y emulado posteriormente, tanto por personajes romanos como por otros “Césares” de siglos posteriores.

A continuación Julio Rodríguez González nos habla de Petilio Cerial. En su relato el autor nos presenta a un general romano de genio, buen militar pero no brillante, contradictorio, de decisiones rápidas, valiente pero imprudente, capaz de arengar a sus hombres, fiel a su emperador y a su patria, y sobre todo militar con una suerte que a veces suplió su habilidad. Así Petilio Cerial es el modelo de hombre de acción que tras caer en el olvido por un error en la conquista de Britania, volvería al panorama bélico de la mano de Vespasiano, luchando y apaciguando rebeliones en Britania y Germania, y sediciones como la de Iulius

Civilis. Petilio Cerial se convirtió en un hombre fundamental y pieza clave del gobierno de Vespasiano, sobre todo como garante de la paz interna del Imperio.

Igualmente interesante es el siguiente personaje, Licinio Muciano, biografiado por Marcello Fortina. Hay que situar a este personaje en el siglo I d.C., en un momento de la crisis surgida tras la muerte de Nerón. De Muciano, cuyo origen es incierto, se sabe que fue tres veces cónsul. Hay que destacar que fue gobernador de Siria en el 67, teniendo a su mando cuatro legiones, por tanto un poder fáctico inmenso, lo que, de hecho, en un escenario de guerra generalizada por todo el Imperio, le convirtió en una de las piezas claves para elevar a Vespasiano hasta el trono. También fue fundamental este personaje para Tito, tras la derrota de Vitelio. El apoyo incondicional a los Flavios llevó a Muciano a conseguir la regencia del poder en Roma en ausencia de Vespasiano y Tito, mostrándose “a modo de príncipe”. Muciano representa, pues, todo un ejemplo de poder en la sombra, y mano derecha de un emperador. Según el autor, Muciano prefería no ser desdeñado por Vespasiano como colega antes que tenerlo como rival al trono. Destaca en su relato Fortina la capacidad psicológica de Muciano —es decir, su buena oratoria—, para evitar mediante las palabras revueltas y sediciones de sus soldados.

Para acabar Sabino Perea Yébenes, editor del libro, da su visión sobre otro general romano, Tito, en un periodo de su vida anterior a la púrpura imperial. Sus primeros contactos con el ejército fueron los propios de su educación de joven senador. Luego, tras un periodo de formación militar duro, forjado en Germania y Britania, tuvo su puesta de largo en la revuelta de Judea, donde se verá tanto la valentía del personaje en las diferentes etapas de la conquista, como la clemencia, demostrada en el episodio de Giscala. Nos recuerda el autor, siguiendo a Suetonio, que Tito además de un gran general fue un hombre de trato exquisito y cautivador. El éxito final de Tito como militar llegaría con la conquista de la inexpugnable Jerusalén, ampliamente descrita por el autor, que sigue los pasos de Flavio Josefo, y en menor medida de Tácito. Tito, con su padre ya en el poder, llegó a Roma donde se consolidó como sucesor, tras haberse labrado un gran prestigio como hacían los egregios romanos, en el campo de batalla. Con Tito se vuelve a demostrar, como ya pasó con su padre, que sin las guerras de provincias los Flavios nunca hubieran llegado al poder. Finalmente, tras acceder al trono imperial, Tito abandonó su carrera militar en el campo de batalla, ya que sus enemigos ahora serían los ricos senadores conspiradores de palacio. Con la muerte de Tito y la sucesión de su hermano Domiciano, se pone un punto y seguido a la Historia de Roma. Sabino Perea acompañará todo su relato con algunos mapas, ejemplos de monedas y con una bibliografía sobre el tema al final.

Con la biografía de Tito acaba este primer volumen sobre generales romanos claves en la historia de Roma, quedando el camino abierto a otra entrega.

M.M. SÁNCHEZ MARTÍNEZ

M. ZYROMSKY, *Praefectus Classis: the Commanders of Roman Imperial Navy during the Principate*, Poznan, 2001, 157 pp. [ISBN: 83-87704-40-7].

Marek Zyromsky lleva más de una década trabajando sobre prosopografía militar del área danubiana. Ahora nos entrega esta monografía sobre el *praefectus classis*, un puesto que se sitúa en la cúpula de la carrera ecuestre, y sobre el cual, a pesar de su importancia, faltaba una síntesis prosopográfica. Son de todos conocidos algunos intentos de Guido Barbieri en tal sentido, y sobre todo era necesaria una actualización.

Este trabajo, no es largo, pero sí enjundioso y prolijo, un trabajo de “manejo de ficheros”, de paciencia y orden que el lector o el investigador agradecen pues nos facilita la consulta.

El libro presenta dos partes bien diferenciadas: desde el principio hasta la página 65, y de aquí al final.

En esa segunda parte, que es la más grande, puramente técnica, páginas 66-133, es el catálogo prosopográfico de los prefectos de la flota romana en el Alto Imperio, ordenados alfabéticamente. Cada una de las entradas (de los nombres) aporta párrafos fijos en la “ficha prosopográfica”, que unas veces se conocen, pues lo aportan los documentos, otras veces se deducen por el contexto, y otras se ignoran. Tales variables son: el nombre y el título de *praefectus classis* relativo, la bibliografía *ad hoc*, el desarrollo del *cursus honorum*, la *origo*, la familia, y finalmente unos “remarks” o notas de interés. Esta estructura y este catálogo son, pues, un instrumento de envidiable claridad, y muy práctico. Esta parte denota un claro estilo “devijveriano”.

La bibliografía que se cita abreviadamente por toda la obra se da en detalle en páginas 134-157. Es abundante y prácticamente completa. Faltan algunas referencias bibliográficas de interés al tema del libro, como son los trabajos de G. Jacopi, “La *classis Ravennas*”, *Rendiconti Accademia dei Lincei*, 6, 1951, 532 - 556, y de P. Weiss, “Ein Flottendiplom von 224 n. Chr. 127”, *ZPE*, 1999, 246 - 248. Después de la fecha facial del libro de Zyromsky, 2001, la prosopografía de los *praefecti classis* sigue siendo revisada o va creciendo principalmente a partir de esos documentos epigráficos, históricos, excepcionales que son los diplomas militares, cuyos hallazgos se han multiplicado en los últimos decenios en el área danubiana, y que se han publicado en revistas especializadas. Entre los trabajos recientes sobre personal, oficiales y mandos de la flota romana, cabe citar los de W. Eck, “Prosopographische Bemerkungen zum Militärdiplom vom 20. 12. 202 n. Chr. Der Flottenpräfekt Aemilius Sullectinus und das Gentilnomen des Usurpators Regalianus”, *ZPE*, 139, 2002 208 - 210; W. Eck, D. MacDonald, A. Pangerl, “Neue Militärdiplome für Truppen in Italien: Legio II Adiutrix, Flotten und Prätorianer”, *ZPE*, 139, 2002, 195B207. P. Weiss, “Neue Flottendiplome für Thraker aus Antoninus Pius’ späten Jahren”, *ZPE*, 139, 2002, 219-226.

Volvamos al contenido el libro, a esa primera parte a la que antes me refería, y que, desgajada en varios capítulos cortos, es la que ofrece mayor interés “histórico”, en el sentido de que no son meros catálogos sino que, aunque sumariamente, explican el papel y el significado de esta prefectura ecuestre tan importante en la carrera de los nobles caballeros romanos. El autor hace en el capítulo primero unas consideraciones generales sobre la flota imperial romana, para entrar enseguida (cap. II) a analizar el puesto de *praefectus classis* en el *cursus honorum* ecuestre, los orígenes y de la prefectura, su posición en las *militiae*, los pasos para llegar este mando, el mando en sí, y la (posible) continuidad de estos oficiales en la carrera pública al servicio del emperador como *procuratores*. También se presta atención a “lo especializado” del puesto, y a las relaciones personales, a la familia, de los prefectos de la flota (pp. 47-50). El capítulo tercero, titulado “Final Remarks” o conclusiones sobre el discurso histórico anterior se complementa con varias tablas de interés, aunque éstas no sean más que otra forma de exponer u ordenar los datos subsiguientes disponibles sobre cada uno de los prefectos. Aún así, y de nuevo con un claro fin instrumental, se nos dan tabulaciones sobre los orígenes de los prefectos, sobre el número de prefectos conocidos en cada una de las áreas militares marítimas, y una cronología en todas y cada una de las *classis*: la *pretoria Misenensis*, la *pretoria Ravennatis*, la *Britannica*, la *Germanica*, la *Pontica*, la *Alexandrina*, la *Flavia Moesica*, la *Flavia Pannonica*, la *Syriaca*, y otros documentos de adscripción dudosa.

Quienes busquen en este libro temas relativos a la navegación, la guerra en el mar, las armas y cosas por el estilo, pierden el tiempo. (Deben acudir, por ejemplo, al libro de Michel Reddé, *Mare Nostrum*, 1986). Aquí lo que le interesa al autor es el elemento humano de la flota de guerra romana, y en particular de su mando superior. Al haber estudiado Zyromski a un grado militar, y al hacerlo con vocación de totalidad (es decir, reuniendo todos los docu-

mentos de todos los hombres que ostentaron este título) el resultado se parece bastante a lo podría llamarse “prosopografía social”, pues el grupo de los *praefecti classis* no es tan pequeño como para que no sea representativo “de una clase”, ni su número es tan grande como para que su papel quede desdibujado por inabarcable.

En resumen, el libro es un buen instrumento de trabajo y de consulta. La información que se nos da está bien ordenada, es clara, y completa. El trabajo agrada sobre todo a los prosopógrafos puros, es decir a los “catalogadores de nombres y referencias” (pienso por ejemplo en repertorios como *PIR* o la *PME* de H. Devijver) pero también será buen compañero para quien se aventure en trabajos o investigaciones de explicación histórica sobre cualquiera de estos *equites* romanos que en algún momento de su vida estuvieron al frente de barcos o armadas de guerra que surcaban los grandes ríos europeos y los mares del Imperio.

Sabino PEREA YÉBENES

Universidad de Murcia

DIÓN DE PRUSA: *Euboico o El Cazador*. Edición, introducción y comentario de Ángel Urbán. Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad (Colección Nuevos Horizontes), 2004, 276 pp. [ISBN: 84-7801-717-8].

Dión de Prusa, también llamado Dión Crisóstomo, es indudablemente un autor que merece atención. Su producción coincide con la época de los Flavios y de los primeros Antoninos. Sus primeros escritos se fechan hacia el 68/69, y los más tardíos hacia 106/107. Fue un intelectual esforzado, que nos ha legado 80 discursos, muchos de ellos incompletos, donde tienen espejo, como apunta Ángel Urbán (p. 27), temas políticos, filosóficos, éticos o morales, religiosos, mitológicos, sociales, literarios, retóricos, históricos, de vida cotidiana, etc. A él puede aplicarse con toda legitimidad aquella máxima terenciana de “soy hombre y nada que concierna a las personas me es ajeno” (*Terent. Heaut. 77*). El mosaico de temas tratados por Dión le convierte en un dibujante (literario, literariamente) de la sociedad de su época. Y también, en segundo plano, en un espectador (en el sentido orteguiano) de la política, actividad con la que no está implicado fuertemente, pero a la que presta atención, y sobre la que reflexiona, hasta el punto de costarle un largo destierro (del 82 al 96), ordenado por el emperador Domiciano. Aunque esto último hay que matizarlo: no queda claro si fue un exilio forzoso o un autoexilio (una huida precautoria, diría yo). Dión, sin ser un político, y sin tratar sus obras directamente de política, se presenta como un entusiasta sostenedor de Roma en el oriente grecohablante. Buceando en sus discursos vemos que muchas veces Dión ejerce de “intelectual del régimen” (del régimen flavio) y choca por tanto el hecho de exilio, que ha de tenerse por castigo leve en un emperador neurótico como Domiciano, que era capaz de mandar la ejecución del cónsul *in pectore* Flavio Sabino “porque el día de las elecciones en que éste fue designado cónsul, el heraldo, equivocándose de título, le había anunciado al pueblo no como cónsul sino como emperador” (*Suet. Dom. X, 3*). Pero, claro, en la obra tan prolífica de Dión, labrada a lo largo de una vida longeva, no faltan las contradicciones. Pero eso queda relegado a segundo plano cuando vemos que existe en la obra de Dión (y este *Euboico* es el mejor ejemplo) un compromiso social a pie de calle.

Como no puede ser de otro modo en un retórico que construye un discurso tan largo, la obra está preñada de *exempla* y de referencias o citas tomadas de otros autores, principalmente griegos. Es aquí donde se percibe una de las intenciones, más o menos declaradas, del autor: la didáctica. Pero ¿enseñar qué? En este punto Dión se muestra absolutamente cercano a nosotros mostrándose descaradamente escéptico y pesimista respecto a la idea de “impe-

rio”, y desesperanzado con la estructura social, por no decir con la sociedad de su tiempo. En tal sentido, el discurso reflexivo de Dión va más lejos de lo descriptivo o folclórico para convertirse en un discurso moral. Basta echar una ojeada a los títulos de sus discursos tomados al azar (*Sobre la esclavitud y la libertad; Sobre el dolor; Sobre la codicia; Sobre la belleza; Sobre la fama; Sobre la desconfianza; Sobre la envidia; etc.*) para percatarnos de su finalidad. No quiere reformar la sociedad; quiere dinamitarla para construir una nueva, abanderando la “contracultura cínica”, de la que es, como dice Ángel Urbán, “su predicador” (pp. 45-49). Esta alternativa radical, que pretendía traducir la esencia del espíritu de Diógenes a los romanos y griegos de su tiempo, proporciona originalidad y lustre a los que se consideran sus mejores discursos, los llamados “diogénicos”. La obra de Dión de Prusa se percibe, pues, como una gran empresa literaria y filosófica, en el marco de la llamada Segunda Sofística, pero también, en su conjunto, como un alegato de pedagogía moral desde una tribuna “cívica”. Salvadas las distancias, Dión parece querer emular a Platón en la escritura y a Sócrates en el compromiso con la *polis*. Y esto es un mérito que merece ser reconocido y reivindicado para nuestros días, al menos a nivel general o teórico, porque escarbando en la ideología de Dión (ver por ejemplo *Euboico*, §§ 147-151) desde la perspectiva actual se nos antoja bastante rancia, conservadora y misógina.

No voy a repetir lo dicho por Ángel Urbán en su enjundiosa introducción de 80 páginas, que son la mejor y más clara síntesis en español sobre Dión de Prusa, sino que voy a limitarme a hacer una presentación de esta obra, invitándoles ya a leer los discursos dioneos con ánimo curioso, advirtiendo que son susceptibles de ser disfrutados y exprimidos desde la simple delectación literaria hasta ser tomados como fuente de información de la vida cotidiana en cualquier ciudad-tipo o campo del Imperio Romano. Cualquiera de estas disposiciones del lector le exigirá cierto esfuerzo porque Dión es un rétor, un profesional de la palabra, y se recrea en la arquitectura de sus discursos, como vemos en este *Euboico*, a veces transparente, a veces barroco o disperso, a ratos delicioso y a ratos plomizo, donde no siempre resulta fácil encontrar el tuétano en la madeja retórica de una cotidianidad disfrazada de símbolos.

El texto que aquí se edita, se traduce al español, y se comenta, es la *oratio* titulada *Euboico* o *El Cazador* (*El cazador de Eubea*, en otras ediciones), escrita a finales del siglo I d.C. Ángel Urbán presenta una edición bilingüe en páginas enfrentadas (pp. 88-163), indicando en los pies de página del texto griego las variantes léxicas de los distintos manuscritos y ediciones previas. Es un trabajo que siempre he admirado en los filólogos.

La traducción está bien medida; respeta las frases largas de Dión hasta donde conviene para no perdernos en la idea que el autor quiere dar. Transmite bien el espíritu folclórico-popular en la primera parte (§§ 1-80), y también el estilo retórico de toda la segunda parte (§§ 81-152) que es una verdadera ensalada de opiniones subjetivas, ejemplos éticos y juicios morales.

En efecto, la obra se estructura en dos partes claramente diferenciables por su lengua, por su estilo y por su contenido.

La primera es un relato literario puro, un cuento popular. Un naufrago, que la mala fortuna ha reducido al aspecto (y aun diría yo al espíritu) de un mendigo “cínico”, es encontrado por un cazador, que le lleva hasta su aldea, donde es bien cobijado y atendido. En el largo diálogo que mantienen el ciudadano naufrago que lo ha perdido todo y el cazador que se conforma con poco o casi nada, el discurso de Dión se muestra ágil, lleno de contrastes entre las experiencias ciudadanas de uno y la vida campesina del otro. Ciudad frente a cabaña. La ciudad, cualquier ciudad, como ámbito simbólico o ideológico, se pone como ejemplo de vida complicada, de relaciones interesadas, de decadencia; y ese modelo lo opone Dión, en este relato, a la vida sencilla del campesino. Civilización y barbarie. El tema es, obviamente, antiguo, y se aviene a aquella máxima de “nada tengo, nada necesito, soy feliz”. Esta parte es un elogio de la vida sencilla, o más exactamente, es una loa de las estructuras sociales sim-

ples. En este medio rural no faltan problemas, pero se resuelven en ámbito familiar, que se presenta como paradigma, como muy bien explica Ángel Urbán (p. 61): “la estructura de la familia, la relación de amistad y convivencia entre los miembros de la comunidad, y la relación de amor entre los jóvenes que en su profundidad y sencillez marca una oposición con la relación homóloga en el ámbito de la ciudad. Y como trasfondo de todo se encuentra la constatación por parte de Dión de que la pobreza como tal no es un mal, ni algo despreciable, sino todo lo contrario: un espacio en que generalmente se encuentran la generosidad y la libertad, la riqueza de una relación humana y una vida alegre y sana”.

Frente a este ideario geórgico, la segunda parte llega con la artillería pesada de la retórica aticista en todo su esplendor. El poeta da paso al sofista, como si la obra hubiera sido escrita por dos manos. La gracia sucumbe bajo la losa de la doctrina oratoria. Los capítulos §§ 81-103 se enredan, y nos enredan, hablando acerca de los ricos y los pobres, y sólo en §104 Dión recupera, como recurso literario, a aquel cazador que sembró en el corazón del ciudadano náufrago la espita de la vida sencilla. Este capítulo y los siguientes son los más cínicos, los más radicales, hasta el punto de venir a concluir “que la pobreza es la mejor solución” al dilema ciudadano-infeliz *versus* campesino-feliz. Teniendo los alimentos necesarios para sobrevivir, una vivienda y un vestido humildes, es suficiente. Predica también la resignación. A veces el mensaje dioneo recuerda el del evangelio cristiano, aunque no caben interferencias directas.

El texto de Dión está aquí comentado y exprimido hasta la cáscara. En pp. 167-238 Ángel Urbán presenta una batería de largas notas explicativas del texto, citando lugares comunes, con uso perito de las fuentes antiguas y de la bibliografía moderna. Una cronología y una serie de buenos índices cierran el libro.

Poco más cabe comentar de este trabajo magnífico del profesor Urbán, que ha sacado el máximo provecho al que es posiblemente el mejor discurso de Dión de Prusa, poniendo en esta edición —y eso se nota— no sólo ciencia y paciencia sino también cariño. El resultado es un libro pulcro en su envoltura editorial, y de agradabilísima lectura aún tratándose de un texto artificioso, meditado, intencionado, atractivo y difícil al mismo tiempo. Es, al fin y al cabo, un reto de un intelectual de antaño para los intelectuales de hogaño.

Al día de hoy presentar un libro como éste (con larga introducción, edición bilingüe crítica, y anotaciones explicativas al texto traducido, y haberlo muñado con tan buen oficio y resultados) es un verdadero lujo para nuestra cultura clásica.

Sabino PEREA YÉBENES
Universidad de Murcia

Michael RATHMANN, *Untersuchungen zu den Reichsstrassen in den Westlichen provinzen des Imperium Romanum* (Beihefte der Bonner Jahrbücher n.º 55), Mainz, Philipp von Zabern, 2003, 334 pp. + 3 mapas.

El presente trabajo, incluido en el número 55 de los “suplementos” de la centenaria revista *Bonner Jahrbücher*, publicada por el *Rheinisches Landesmuseum* de la ciudad de Bonn, procede de la tesis doctoral que bajo la dirección del profesor Hartmut Galsterer —tan vinculado a España tras la publicación de su también tesis doctoral *Untersuchungen zum römischen Städtewesens auf den Iberischen Halbinsel*, Berlín, 1971— defendió el autor en la *Rheinischen Friedrich-Wilhelms-Universität* de Bonn.

El hecho de que el libro proceda de una tesis doctoral, se aprecia inmediatamente al comprobar la pulcritud metodológica y claridad expositiva de sus más de 300 páginas.

Como el propio autor afirma en su introducción, el estudio de las vías imperiales en las provincias occidentales del Imperio Romano parte de tres aspectos fundamentales que, a su vez, constituyen los tres capítulos centrales del presente libro. Tres aspectos que pueden reducirse a tres palabras: definición, administración y financiación.

Tras una breve introducción (pp. 1-2) el Dr. Rathmann aborda la compleja pero tan necesaria cuestión de la definición de todos aquellos términos utilizados para referirse a las vías (pp. 3-41). Partiendo del ambicioso título “Eine Begriffsklärung”, el autor analiza el uso literario y epigráfico, así como las posibles diferencias entre *via publica*, *via privata*, *via vicinialis*, *iter publicum* o *via militaris*. Especialmente interesante y amplio es el apartado dedicado a las *viae militares* (pp. 23-41).

El tercer capítulo intenta dar respuesta a tres cuestiones relacionadas con la administración de las vías imperiales (pp. 42-135): ¿Quién estaba autorizado jurídicamente para la construcción de las vías imperiales? ¿Cómo se desarrollaron en la realidad dichas competencias? Y ¿quién y a través de quién se controlaban las labores de reparación y conservación de las vías? Cuestiones abordadas desde dos perspectivas, una diacrónica, que analiza la evolución de dichas cuestiones desde época republicana hasta el principio de la Tetrarquía (pp. 47-89), y otra sincrónica, en la que se estudian temas tan variados como las competencias de los poderes locales, la dedicación de los miliarios, los aspectos técnicos, etc.

Cierra el cuerpo central del trabajo un breve estudio sobre la financiación de las vías (pp. 136-142).

Estos tres capítulos centrales vienen acompañados por una seleccionada bibliografía (pp. 143-148), unos índices muy útiles (pp. 293-323) y un amplio apéndice con una completa relación de miliarios procedentes de las provincias occidentales del Imperio romano (pp. 149-291). Sin olvidar la presencia de más de medio centenar de mapas de localización y 3 planos con la situación de las vías occidentales según la *Tabula Peutingeriana*, el *Itinerarium Antonini* y los miliarios encontrados. Inexplicablemente en dichos planos no se incluye la Península Ibérica.

Una carencia que, en última instancia, no merma la calidad de una obra exhaustiva, cómoda de consultar y modélica en el uso del material tanto epigráfico como literario existente. Elementos que la convierten en un trabajo de consulta obligada para todo aquel investigador interesado, no tan sólo en las vías de las provincias occidentales del imperio romano, sino en el apasionante y difícil mundo de la caminería antigua en general.

Miguel REQUENA
Universitat de València

Conrad M. STIBBE, *Trebenishte. The fortunes of an unusual excavation* (Studia archaeologica; 121), Roma, “L’Erma” di Bretschneider, 2002, 149 pp. + ill. [ISBN: 88-8265-212-2].

Un yacimiento arqueológico, parte de una necrópolis, fue descubierto entre las poblaciones de Gorenci y Trebenishte por soldados establecidos en la región macedonia de Ochrid durante la Primera Guerra Mundial, mientras reparaban una carretera que conectaba la zona con Skopje, en el norte. Fue encontrado por azar y rudimentariamente desenterrado por los propios soldados, que sacaron a la luz cinco “cámaras funerarias principescas”.

El libro consta de diez capítulos y un apéndice con información precisa sobre el destino de las piezas recuperadas. Además, ofrece de una lista de las ilustraciones, un índice general y un apéndice sobre la distribución de las piezas entre los diferentes museos. Los primeros cuatro capítulos dedicados a otras tantas campañas de intervención, se refieren a las nume-

rosas vicisitudes del proceso de excavación en sí mismo, las dificultades políticas que tuvo que arrostrar y los trabajos intermitentes que han dado con las diferentes zonas de enterramientos. Los periodos de excavación, en torno al hallazgo original en el valle de Trebenishte, se llevaron a cabo entre 1918 y 1972 (con temporadas de actividad de entre tres y treinta meses, y lapsos de doce, dieciocho o veinte años de abandono) Así mismo, también han conocido la dirección de arqueólogos de varias universidades y nacionalidades, merced a los cambios políticos y territoriales de la zona.

El hallado junto a Trebenishte es el yacimiento más importante de una región en la que éstos son abundantes, en relación con la influencia de la cultura griega. Tras la Primera Guerra Mundial la zona fue traspasada por los búlgaros al territorio de la ahora extinta República de Yugoslavia, perteneciendo en nuestros días a Macedonia. Las piezas recuperadas han tenido por destino tres museos nacionales distintos: el de la capital de la región macedonia, el Museo Nacional de Ochrid; en Bulgaria el de Sofía, y el Arqueológico de Belgrado, capital de la República serbia.

El descubrimiento de las primeras tumbas se realizó fortuitamente en mayo de 1918, y durante un mes se exploró sin dirección arqueológica técnica, simplemente con el trabajo de soldados y obreros, de modo que no se tiene informe especializado alguno de la primera fase de la excavación. Varios hallazgos más, de similares características, fueron realizados poco después bajo la dirección de un profesor cualificado que intervino en los meses siguientes, tras lo cual, finalmente se hizo cargo de las excavaciones el Museo Nacional de Sofía.

El primer arqueólogo experto involucrado en la excavación, Bogdan D. Filow, publicó un extenso informe sobre las primeras siete cámaras funerarias principescas encontradas, pero no resolvió los problemas derivados del trabajo inicial sin organización especializada. Debido a la variedad de personas involucradas en la conservación de los restos y la documentación de las excavaciones, el informe de los hallazgos fue confuso durante bastante tiempo. Los problemas atañen principalmente a los enterramientos numerados del I al V, pues las descripciones y dibujos conservados de las tumbas número VI y VII son coherentes, y más claros. En esta primera campaña en 1918 salieron a la luz otras siete tumbas de cámara caracterizadas por la riqueza de su contenido, un ajuar funerario abundante en piezas de oro y plata, que fue catalogado por Filow y publicado su estudio en 1927, una vez terminada la Gran Guerra.

La fiabilidad del informe realizado por el primer arqueólogo que intervino en la necrópolis, Bogdan D. Filow, ha sido cuestionada por los estudiosos posteriores, entre ellos el profesor Stibbe, autor del presente libro. Para explicar las dificultades documentales que hacen deseable la redacción de la presente obra, se nos presentan las personas implicadas en el hallazgo y su labor en él. El catálogo de Filow, que ha sido la fuente casi única y más cercana al origen del yacimiento de Trebenishte, plantea, pues, algunos problemas de catalogación y documentación que Stibbe investiga para dar una visión del tema renovada y sistematizada en este libro, aunque concluye que la correcta resolución de las dudas suscitadas acerca de los orígenes y circunstancias de la necrópolis está fuera de alcance con el actual estado de investigación.

El capítulo primero se refiere al descubrimiento, excavación e inventario de las primeras siete tumbas en 1918, detallándose su planta, contenido y distribución, según los dibujos de K. Schkorpil, experto arqueólogo comisionado en julio de ese año por la Universidad de Sofía para el trabajo en Trebenishte.

En el segundo capítulo se relata la campaña de excavaciones, entre 1930 y 1933. El territorio búlgaro tras la Guerra Mundial se vio alterado, la región de Trebenishte pasó a manos serbias, con lo que los arqueólogos yugoslavos se convirtieron en los encargados de seguir excavando la necrópolis. El profesor de la Universidad de Belgrado Nikola Vúlic abrió de nuevo las cinco primeras tumbas; Sólo las cámaras número I y V revelaron nueva información, y ésta no aportó más que más dudas a las investigaciones ya planteadas. Tuvo éxito, sin

embargo, y añadió otra construcción funeraria a la serie establecida por los búlgaros, la número VIII, también con los mismos rasgos de carácter principesco. Tras una temporada infructuosa al año siguiente, en 1932 consiguió desenterrar un nuevo grupo de enterramientos, esta vez de fosa y separado de los anteriores. Los cuatro nuevos hallazgos, situados a unos 40 metros, no contenían armas como las cámaras principescas. Fueron caracterizadas como tumbas de mujeres, la número X estaba bien conservada, y aportaron datos que reforzaron la visión de la necrópolis como perteneciente a los jefes Ilirios locales. En 1933 se halló un último sepulcro de tipo cámara (etiquetado como número XIII) ricamente dotado, junto a la tumba femenina número X.

Aún fueron excavados nueve enterramientos adicionales, de carácter más humilde, que resultaron enormemente útiles para la comprensión de la necrópolis como conjunto. Vúlic propuso la cercana población de Gorentzi como asentamiento relacionado con la zona funeraria y excavó un área más amplia en los alrededores, tras las montañas de Trebenishte a unos tres kilómetros de los hallazgos originales, en busca del asentamiento primitivo al que podría haber pertenecido la necrópolis. En lugar de restos de viviendas, halló y excavó dos tumbas más. Aunque encontró indicios de antiguos muros, no pudo fecharlos ni ponerlos en relación con los enterramientos, y la filiación de la necrópolis permanece aún ignota. Vúlic nunca publicó un informe final con sus conclusiones, por lo que el conocimiento del yacimiento permanece hoy muy menguado.

El autor analiza en el capítulo III la excavación realizada entre 1953 y 1954. Bajo la supervisión de Vasil Lachtov y Joce Kastelic se desenterraron once tumbas más, clasificadas entre las del tipo “pobre” y designadas siguiendo la numeración utilizada por Vúlic en la campaña de 1933. Se encargaron así mismo de levantar un mapa fidedigno del conjunto de la necrópolis y todos sus hallazgos, nombrándolos Grupo A (tumbas I – VIII) y Grupo B (tumbas IX – XIII)

Simultáneamente también se interesaron por otro lugar cercano llamado Trebenishte Kale, siguiendo los pasos de Vúlic cuando buscaba el emplazamiento de la población a la que habría pertenecido el complejo funerario. A un kilómetro y medio fueron halladas otras diecisiete fosas, datadas entre finales del siglo IV y principios del III a. C., pero lo que a nuestros ojos es más relevante, es que no se halló en Trebenishte Kale ni en 1933 ni en 1952, el asentamiento antiguo relacionado con los enterramientos principescos del siglo sexto a. C. de la necrópolis, ni con las tumbas más pobres halladas unos metros más al norte.

El cuarto capítulo refiere la última campaña de excavaciones en 1972 que vino provocada por los trabajos de construcción de una autopista en Ochrid, paralela a la antigua carretera en cuya reparación se descubrieron las primeras cámaras funerarias, cerca de Trebenishte. El trazado de la nueva obra afectaría irremediablemente a la necrópolis, así que las autoridades decidieron avanzar en lo posible las investigaciones mediante una serie de excavaciones a lo largo de la nueva carretera, y documentar lo sacado a la luz hasta el momento. Algunas dieron como resultado nuevos hallazgos de emplazamientos funerarios, veintitrés del tipo “pobre” pero con restos pertenecientes unas treinta y una personas, que las labores agrícolas de los habitantes sucesivos en la zona habían dañado parcialmente. Se publicó sobre todo ello un informe preliminar en 1975 y posteriormente uno definitivo en 1985. El estudio de los hallazgos llevó a los arqueólogos Malenco y Kuzman a suscribir la opinión de Vúlic: las tumbas principescas y las tumbas pobres habrían pertenecido a diferentes estratos sociales de una población de fundamento ilirio.

Las tumbas hasta ahora excavadas se hallan actualmente en un radio de 500 m a lo largo y debajo del trazado de la carretera vieja y la nueva autopista que conecta Ochrid con el norte del país desde 1972. Se pueden reconocer varios grupos de enterramientos, atendiendo a la fecha de su excavación:

Las tumbas de cámara de rico contenido (Grupo A: I – VIII) encontradas entre 1918 y 1933, y las descubiertas en 1932 a unos 40/60 m al oeste de las primeras (Grupo B: IX – XIII)

Se ha dado una segunda nomenclatura para los enterramientos pobres, de fosa, (tumbas 14–22 y 23–33) desenterrados en 1933 y 1953/54, respectivamente, a 100 m al noreste del segundo grupo de cámaras. Por último las tumbas numeradas del 34 al 56, halladas en 1972, unos 400 m al norte del tercer grupo.

Las tumbas ricas se orientan en un eje este–oeste, pero las pobres se sitúan sobre una línea norte–sur. Son enterramientos muy separados entre sí, incluso dentro de un mismo grupo, y su datación es bastante diversa; las cámaras principescas se fechan en torno al final del siglo VI a. C. mientras que las tumbas comunes cubren un periodo de trescientos años entre el siglo VII y el III a. C. Por el momento la investigación no ha aportado datos inequívocos para explicar esta acumulación. Según Kuzman la parte común de la necrópolis era utilizada por los habitantes establecidos en la zona de modo permanente, y el contenido en accesorios de metal de alta calidad del periodo arcaico de las tumbas principescas, sería el indicio de un episodio de esplendor aristocrático ilirio en la zona, quizás debido al intercambio comercial en la región de Ochrid.

En la actualidad el sitio arqueológico de Trebenishte yace parcialmente cubierto por la sustentación de la nueva autopista. Las tumbas ya no son distinguibles a simple vista en el paisaje, ni siquiera donde los enterramientos caen fuera del trazado viario.

La segunda parte del libro de C. M. Stibbe se dedica al estudio de las tumbas en sí, su contenido, y la descripción de una ruta comercial del bronce que justificaría la presencia de productos áticos y peloponesios en la necrópolis. El contenido de las sepulturas se puede agrupar en tres categorías y es fundamental su clasificación para la comprensión del conjunto de la necrópolis. Un primer grupo lo constituyen los objetos de importación, propios de las tumbas más suntuosas, que se identifican en principio como provenientes del Ática, Corinto y Laconia, aunque no es materia de común acuerdo ni siquiera la atribución a los centros griegos; solamente un humilde grupo de cerámicas áticas se reconoce como tal, siendo un dato importante para la datación de las tumbas. Lo más llamativo de los contenidos consiste en un conjunto excepcional de bronce y utensilios, solo comparable a hallazgos pertenecientes a establecimientos griegos, pues no se ha encontrado otra acumulación semejante de objetos helenos, ni en las colonias de ese periodo ni fuera de tierra griegas. Estilísticamente, el profesor Stibbe cree poder clasificar gran parte de los hallazgos como obras de talleres corintios y laconios, pero reconoce que es prácticamente sólo un punto de partida para la discusión.

Otro grupo de piezas son las clasificadas como originarias de la misma zona de Trebenishte, entre las de se encuentran pendientes, brazaletes y armas. Son propias de las tumbas más pobres, pero demuestran un cierto nivel de los artesanos locales. Un último grupo de objetos pertenecientes a los enterramientos englobaría las obras que presentan características del trabajo local y también de los bienes de importación. Esto lleva al autor a plantearse el intercambio de modelos entre los griegos y sus clientes locales. Se cree incluso que un grupo de piezas podría responder a encargos hechos a artesanos griegos por clientes locales. La aristocracia de la zona incluyó en sus tumbas ricos objetos de oro, plata y bronce, a imitación de otros objetos griegos de mayor tamaño y calidad.

La tipología de las tumbas y la relación entre la construcción de las diferentes clases de ellas, es someramente tratada en el capítulo VII, mencionando el reciente renovado interés por la explicación de la necrópolis de Trebenishte en el conjunto de la investigación arqueológica en Macedonia y el norte de Grecia.

Gran parte de la importancia de la necrópolis de Trebenishte reside en su inserción en las rutas comerciales de los griegos con la zona continental balcánica. La hipótesis que suponía

la procedencia corintia de los bronce, a través de las ciudades costeras del Adriático, se ve complicada por la presencia confirmada de productos áticos y espartanos.

El profesor Stibbe presenta la descripción de una hipotética Ruta Del Bronce por el litoral este de Grecia que podría haber llegado hasta la actual Hungría. Así se ofrece una alternativa a las tradicionales y bien conocidas vías de difusión de los productos laconios, corintios y áticos, griegos en general, por el Adriático hacia Macedonia y el corazón de la región balcánica, donde un hallazgo tan rico y abundante como el de Trebenishte muy bien pudo originarse abastecido por vía egea. Este trayecto comercial habría desplegado algunas ramificaciones, por ejemplo, hacia Kozani en la región norte de Grecia y también hacia Prizren, actualmente en Kosovo.

Es descrito el itinerario de un posible barco mercante que partiendo de la principal bahía de Laconia, Gythion, fuese costeando el este del Peloponeso, realizando intercambios con posibles clientes a lo largo del litoral donde se hallaban dos santuarios apolíneos, cercanos a lo que hoy son las modernas Melana y Tyros, con importantes talleres del bronce. Este comerciante continuaría su viaje hacia el norte, tocando varios puntos en la costa en el golfo de Argos, la bahía de Hermión, El Pireo ateniense, Eretria, la ciudad de Halae, la antigua bahía de Pydna. A medida que avanza, iría realizando compras y ventas con productos espartanos, corintios, atenienses; ha sido documentada la presencia de esos objetos en los asentamientos costeros, por ejemplo, gran cantidad de bronce, algunos que fueron usados más de cien años antes de terminar siendo contenedores de huesos en los enterramientos de los cuales han sido ahora recuperados, junto con exvotos, vasos de libaciones, empuñaduras zoomorfas, figurillas de tema militar... Estos hallazgos constituyen una línea de intercambios en los que Trebenishte representa una etapa importante hacia el interior del continente y el norte.

Tras la bahía de Pydna, si el griego no había vendido su mercancía, pudo buscar continuar sus negocios hacia el interior continental. Adentrándose en la baja Macedonia, hacia Edesa, enclave importante para la penetración hacia el norte. La situación privilegiada de Edesa se vio confirmada por la inclusión de la ciudad en la ruta romana entre el Adriático y el Mar Negro, la *via Egnatia*. El itinerario del bronce en época griega, entre Ochrid (Trebenishte) y Edesa, pudo seguir el mismo camino que la posterior calzada romana.

En Macedonia encontramos también piezas griegas que sugieren la conexión de diferentes emplazamientos locales, como Florina y Beranci, con el santuario panhelénico de Dodona y enclaves peloponesios. En las costas de lago Ochrid nuestra ruta del bronce egea se encuentra con otra procedente del Adriático que se adentra en tierra desde las colonias corintias y corciras de Apolonia y Epidamnos. La región es un cruce, no solo este-oeste, como apreciaron griegos y romanos, sino también norte-sur. La nobleza local habría prosperado, en torno al siglo VI a. C. principalmente, y así se reflejaría en la suntuosidad de su necrópolis de Trebenishte en las inmediaciones de Ochrid. Las dificultades para localizar un emplazamiento de entidad al que los enterramientos puedan corresponder, se atenúan si, como hace el autor, consideramos las costas del lago Ochrid como probable origen, algo lejano pero bien comunicado, de los jefes tribales allí sepultados.

La región de Ochrid no constituye el límite del itinerario de los bronce laconios trazado por Stibbe, sino que los hallazgos confirman su continuación más al norte. Una tumba de cámara como las principescas de la necrópolis de Trebenishte, que contenía una estatuilla en bronce de gran calidad, similar a otras de origen laconio, fue hallada cerca de Tevoto, en el límite de la actual Kosovo; también hay hallazgos con estos caracteres estilísticos y cronológicos más al norte, en Prizren; aquí se ha creído hallar una pieza similar a una que decoraba un trípode de bronce de modelo griego, en la tumba XII de Trebenishte.

En el capítulo IX toma la palabra Rastko Vasic para contribuir con su estudio sobre bronce griegos en la región central de los Balcanes. Continúa con el rastreo de contactos al norte de Trebenishte, trazando la extensión por Kosovo, Serbia y cruzando el Danubio, hasta las

estribaciones de los Cárpatos. La ruta del bronce tendría hitos en Novi Pazar, en la pequeña villa de Janjevo (justo al sur de Prístina), en Aténica (cerca de Cacak) y en Pilatovici (junto a Ulice) Los hallazgos de piezas de bronce con probable origen laconio nos llevan a adentrarnos profundamente en la llanura panónica, donde una hydra de bronce salió a la luz en un enterramiento aristocrático del este de Hungría. Esto demuestra que la presencia comercial y artística de la Grecia peloponesia pudo alcanzar hasta la misma base de los Cárpatos, donde quizás bronce laconios fueron adquiridos por jefes tribales influidos por la extensión del poderío griego, admiradores de la riqueza helénica.

En la agitada región macedonia, excavaciones ilegales a lo largo de los años han sacado a la luz vasos, figurillas y bronceos adquiridos después por coleccionistas privados. La desorganización de las intervenciones, su falta de dirección arqueológica especializada y las difíciles circunstancias políticas de la zona han propiciado que las piezas halladas se encuentren dispersas entre los museos de Sofía, Belgrado, Ochrid y colecciones particulares.

La insuficiente documentación y la falta de dedicación de tratados completos, promocionan esta obra como trabajo sistematizado, útil punto de partida para más profundas investigaciones.

Este libro tiene una magnífica edición, es de fácil manejo y tiene una gran claridad expositiva; es apreciable también su coordinación entre texto y figuras. Los dibujos esquemáticos del estado de la excavación son muy útiles, así como la profusión de mapas y planos de situación, tanto topográficos como políticos. Se proporcionan fotografías en blanco y negro del entorno de Trebenishte y la propia zona de los hallazgos en la actualidad, tomadas por el mismo autor, que ha recorrido la zona personalmente. La documentación gráfica de los bronceos y cerámicas recuperadas es muy completa, así como abundantes los dibujos y esquemas de la morfología de las construcciones funerarias en sí. Este trabajo identifica las obras y clarifica la atribución de piezas a cada tumba, que era controvertida.

A pesar de que la zona de excavaciones de Trebenishte ha sido ignorada al trazar la autopista que une Ochrid con el norte, resultando irreparablemente dañada, el profesor Stibbe aboga por retomar los trabajos arqueológicos allí; considera imprescindible una revisión sistematizadora y explicativa de lo hallado, como punto de partida a futuras investigaciones. La confusión de la primera y más fructífera campaña de excavaciones, así como la desorganización de las fuentes sobre el yacimiento en que se basa la publicación de Filow, su primer investigador, aconsejan retomar la excavación e investigación del yacimiento y sus frutos.

Por último, un apunte a la edición. El contenido de la mayoría de las tumbas se detalla en un listado junto al grabado que muestra la disposición en que se hallaron los objetos y restos humanos en las excavaciones, pero su enumeración y descripción están sin traducir del alemán, lo que dificulta su manejo.

Sara FUENTES LÁZARO

M. R. TORELLI, *Benevento romana*. (Saggi di Storia Antica 18), Roma, "L'Erma" di Bretschneider, 2002, 542 pp. + láms. [ISBN 88-8265-209-2].

Esta magnífica obra nos conduce a conocer de primera mano la evolución histórica de la ciudad de Benevento desde sus orígenes hasta finales de la Antigüedad tardía. Además se recoge en un apéndice uno de los principales testimonios epigráficos de la historia del mundo romano, la tabla de *Ligures-Baebiani*. Este epígrafe es el testimonio de época trajanea sobre los *Alimenta*. Una serie de mapas y tablas informativas desglosando la información aportada por dicho epígrafe completan una obra que por su prosa sencilla y su rigor científico captarán la atención del lector.

A través de cada capítulo vamos viendo la evolución continua que ha sufrido esta ciudad romana desde sus primeros inicios. Así una descripción física nos acerca a la geografía del

territorio donde posteriormente los romanos fundaron la colonia latina de *Beneventum*. Gracias al aporte de las últimas informaciones proporcionadas por la Arqueología y las noticias de los autores antiguos que poseemos sobre la ciudad podemos fijarnos una idea más completa de la historia de la ciudad.

Los datos para épocas prerromanas son bastante escasos. Se conocen algunas de las principales necrópolis de la ciudad y algunos restos prerromanos, pero los principales restos edilicios de la ciudad pertenecen a la baja República y la época imperial.

Los textos literarios recogen una teoría sobre la fundación mítica de la ciudad de Benevento y otras ciudades del Samnio por parte del héroe griego Diomedes, participante en la guerra de Troya. Esta tradición mítica no es diferente de cualquier otra ciudad del mundo antiguo, sea Atenas o la mismísima Roma.

Los romanos erigieron Benevento aprovechando las condiciones naturales ofrecidas por su emplazamiento. Se trata de una colonia latina en sus orígenes a la que Roma dota de una organización política similar a la de la misma Roma. La Epigrafía permite identificar cuales eran los principales cultos religiosos de la comunidad, identificándose algunas de las divinidades más numerosas atestiguadas como divinidades poliadas protectoras de la ciudad (*Iuno Curitas*, *Fortuna Publica*, *Vesta*, *Minerva Berecynthia* y la *Magna Mater*). Vemos en esta relación la existencia de importantes divinidades locales asimiladas a los cultos oficiales romanos.

Una vez conocidos los orígenes míticos e históricos de la ciudad, la autora realiza una descripción de la urbanística de la ciudad. Se señala su importancia estratégica como importante nudo de comunicaciones por ser paso intermedio entre la costa tirrénica y la adriática. Los principales restos edilicios que aún hoy podemos observar son parte del foro, restos de templos y otros edificios públicos, un acueducto y el famoso arco de Trajano sobre la *Via Appia*.

La ciudad jugó un importante papel en la II Guerra Púnica gracias a su importancia estratégica. Se mantuvo siempre afín a los intereses romanos mientras otras colonias latinas y ciudades aliadas de Roma defecionaban. Tras la guerra hubo expropiaciones que ampliaron el territorio de la ciudad. Se mantuvo de nuevo fiel en la guerra social. Como recompensa a esta fidelidad, por la *lex Iulia* se transformó en municipio. Recibirá nuevos aportes de población procedentes del norte, los *Ligures*. Las guerras civiles de finales de la época republicana producirán importantes cambios en la ciudad. La facción silana se impondrá a la mariana y Sila como recompensa a sus seguidores les concederá las expropiaciones que llevará a cabo en el territorio. Posteriormente nuevas expropiaciones en época de César y el segundo triunvirato beneficiarán a los veteranos de César y Antonio. Una vez acabada la guerra entre Antonio y Octavio, éste último procederá a realizar nuevas expropiaciones a favor de sus veteranos. Los testimonios epigráficos demuestran que las principales legiones beneficiadas por tales medidas fueron la VI y la XXX. La riqueza agrícola de la región permite a la ciudad conservar su vitalidad económica, apoyándose también en el comercio, pues siempre mantendrá su importancia como nudo de comunicaciones, pues es paso obligado para las dos vías que conducen al puerto de Brindisi, principal enlace marítimo con Grecia y el Oriente.

Durante la época flavia y el comienzo del siglo II Benevento vive sus momentos de mayor esplendor. El emperador Domiciano promoverá el culto isíaco en la ciudad y Trajano embellecerá aún más la ciudad. Durante su reinado se terminará de construir la nueva *Via Appia* con dirección a Brindisi, lo que convertirá a la ciudad en un floreciente centro. Pocos años después el emperador erigirá el famoso arco como forma de conmemorar ese vasto programa político que llevó a cabo en Italia en favor de los niños más desfavorecidos. Ese programa conocido como *Alimenta* también lo conocemos gracias a la famosa inscripción de la tabla de los *Ligures-Baebiani* que a mediados del siglo XVIII apareció en las cercanías de Benevento. El otro gran testimonio de este programa es la famosa inscripción de Veleia, más completa que la de Benevento.

Inscripciones privadas también muestran esa preocupación sobre la alimentación de niños y niñas desfavorecidos, y promueven soluciones como el establecimiento de fundaciones, generalmente funerarias, cuyo cometido será el mismo que el pretendido por el emperador Trajano. Los antecedentes de dicho programa debemos buscarlos en época de Nerva, quien se inspira precisamente en esas fundaciones de carácter privado.

Los siguientes años hasta la llegada del emperador Diocleciano al poder fueron los de mayor prosperidad económica de la ciudad. En los siglos II y III asistimos a una actividad edilicia sin precedentes en la ciudad, gracias a las actividades evergéticas de ricos personajes beneventanos, a quienes conocemos gracias a los abundantes testimonios epigráficos que se nos han conservado.

En el Bajo Imperio, la ciudad sufre progresivamente la misma decadencia que afecta a toda la parte occidental del Imperio. Se producen numerosas reformas administrativas, y algunos de los *consulares* más importantes proceden de Benevento como así atestigua la Epigrafía. El terremoto del 375 supuso un importante golpe para la ciudad, que sigue desempeñando un importante papel como centro de paso. Los testimonios contemporáneos de Símmaco o Paulino de Nola contienen algunas pinceladas sobre la ciudad. Al igual que en el resto del Imperio Romano, el Cristianismo fue poco a poco convirtiéndose en la principal religión de los habitantes de la ciudad. Según la tradición, el primer obispo sería ordenado por el propio San Pedro, y el obispo más importante, Ianuarius, perecería en la persecución del 305.

La historia de la ciudad se completa con un análisis del conocidísimo testimonio epigráfico ya mencionado anteriormente. El estudio de esta famosísima inscripción de bronce se realiza desde un punto de vista onomástico y topográfico, en torno al complejo tema de la propiedad agraria en época romana. Unas magníficas tablas-resumen y cuadros esquemáticos ordenan todas las ideas que se van exponiendo en el texto. Echamos en falta, eso sí, una mayor preocupación por las cuestiones económicas que se derivaron de la implantación del conocidísimo sistema de los *Alimenta*. Parece ser que junto con la ayuda a los niños y niñas desfavorecidos, una de las intenciones del emperador era recuperar la pequeña propiedad en Italia concediendo préstamos a estos campesinos a un bajo interés. Al principio el sistema fue beneficioso, pero su propia organización terminó destruyéndolo. Al hacerse perpetuos los intereses, con el paso del tiempo el pago de dichos intereses se convirtió en una pesada carga a la que difícilmente podían hacer frente los pequeños campesinos, como consecuencia de un empeoramiento de las condiciones económicas. Aunque se conocen testimonios tardíos de la existencia de *Alimenta*, su efectividad debemos restringirla mayoritariamente al siglo II. A finales de este siglo Pértinax, según la *Historia Augusta*, tiene que conceder una excepción y suprimir el cobro de los últimos nueve años ante lo acuciante de la situación económica.

Una pequeña colección de láminas y mapas relacionados con la ciudad y su entorno dotan a la obra de la sencillez y rigor necesarios para hacer de ella una obra de referencia en el estudio de cualquier ciudad del mundo romano.

Gustavo SANZ PALOMERA
Universidad Complutense de Madrid

Lisa C. PIERACCINI, *Around the hearth: Caeretan cylinder-stamped braziers. Preface by Francesca R. Serra Ridway*, Roma, "L'Erma" di Bretschneider (Studia archaeologica; 120), 2003, 232 pp. + ill. [ISBN 88-8265-224-6]

Esta obra estudia cuestiones relativas a trescientas cincuenta vasijas de *impasto* rojo con decoración impresa en bandas, de pequeñas figuras en bajorrelieve enmarcadas con diseños

geométricos, destinadas al uso tanto cotidiano como religioso y funerario, con el soporte de fuego como función común. La decoración en frisos es resultado de la aplicación de sellos cilíndricos, que tenían excavadas las figurillas en negativo, sobre la arcilla fresca. Las vasijas, con forma de grandes platos o bien de cuencos poco profundos, servían de braseros u hogares portátiles y se habían asociado a otras piezas, *pithoi*, decoradas con los mismos motivos de sellos cilíndricos encontrados en las mismas tumbas. La autora, Lisa C. Pieraccini, explica el origen de la incorrecta explicación de los braseros como pies para sostener otras piezas y trata de situar la importancia de los braseros en su uso doméstico, ritual y como ajuar funerario.

A pesar de la falsa interpretación de su función, los braseros se han considerado distintivos e incluso productos exclusivos de la Caere arcaica ya que se han hallado al menos uno de estos hornillos en cada tumba de cámara del siglo VI a. C. que se ha excavado en la zona.

Se han catalogado cerca de noventa motivos decorativos en los braseros, abarcando su atribución cronológica casi un siglo, muestra del desarrollo de un estilo, con interesantes temas iconográficos. Dada su importancia, es sorprendente que hasta ahora no se hubiera hecho un estudio pormenorizado de los braseros de Caere, aunque su investigación se halla con algunas sorprendentes dificultades, como por ejemplo que no se ha hallado en ninguna pintura etrusca documentación alguna sobre estos braseros de arcilla. La autora recoge la información existente y los nuevos datos que han visto la luz en los últimos tiempos y presenta una visión del papel que estos "humildes" braseros pudieron tener en la vida familiar de los habitantes de Caere. Fueron el fuego que podía trasladarse, en torno al cual la familia se calentaba, se reunía en torno a la luz como también cocinaba sus alimentos, y dada su importancia, el brasero se convirtió en ofrenda en los santuarios además de parte en los ajuares funerarios. Así comenzó a recibir tratamiento decorativo con motivos figurativos, adecuándose a su material y función. Se fundieron a través del tiempo, algunas piezas en bronce con un sentido más solemne. En las piezas de alfarería, la técnica utilizada fue el relieve en bandas aplicado por medio de una matriz, un procedimiento barato y práctico para dignificar un objeto principalmente de uso doméstico. La economía de esta práctica no es óbice para que alcanzara una gran calidad y variedad de decoración en escenas, y los braseros así embellecidos, fueran hermosas piezas del menaje doméstico. Parte de los motivos de los frisos en relieve de los braseros provenían de las artes aplicadas etruscas, de sus pinturas sobre vasos y muros, de sus relieves en piedra y marfil, de sus trabajos en terracota y en bronce. Otra parte de las escenas son de carácter único y peculiar de estas piezas de Caere, y las distinguen de otro tipo de productos.

Aunque los braseros y los *pithoi* presenten algunos puntos en común, están realizados en la misma época, con la misma arcilla roja, se hallan en las mismas tumbas y a veces comparten decoración, las diferencias son importantes. Los braseros se han producido en mayor cantidad, sus medidas y materiales los hacen más adecuados para el transporte que los *pithoi*. Además, se han registrado muchos motivos que son exclusivos tanto de los braseros como de los *pithoi* y los fragmentos pueden reconocerse también por eso; solamente un pequeño grupo de braseros presenta la impresión de elaborados frisos de metopas, sin figuras, pero los *pithoi* están decorados con estos motivos más a menudo.

La obra se compone de dos partes, la primera para la presentación del abundante catálogo de braseros hallados, después de una presentación a cargo de la experta italiana Francesca Serra Ridway, en su idioma materno y su traducción al inglés. El segundo apartado, más extenso, se dedica al análisis de la información que las piezas pueden aportar.

El catálogo se ordena en piezas de Caere y producciones menores, dentro de cada sección se incluyen apartados para los diversos grupos de motivos relievares; Entre los productos de talleres de Caere, se han clasificado: procesiones de figuras de animales individuales, procesiones de varios animales incluyendo figuras humanas, escenas de caza, de mitología griega,

escenas de carros y jinetes, cuadros de ceremonias y ritos. Por último, un sorprendente conjunto de cilindros que muestran criaturas felinas atacando. También encontramos una colección de decoraciones básicas, motivos ornamentales como palmetas, formas encadenadas y espirales. Todos estos grupos son asociados a una cronología y también a una distribución de los hallazgos.

El catálogo de Lisa Pieraccini abarca más de trescientos motivos, introduciendo importantes novedades entre los temas ya estudiados como los mitológicos sobre Troya y Aquiles, Belerofonte y Quimera o Hércules con el león de Nemea. Además, aporta nuevas consideraciones e interpretaciones sobre motivos ya conocidos anteriormente. En este sentido, sus estudios proporcionan nuevos ejemplos de las “escuelas” ya clasificadas como Tolfa, San Giovenale y Barbarano, y reconoce un nuevo grupo de cilindros vinculados a Veyes, identificados por primera vez en este trabajo de Pieraccini. La autora reconoce la inspiración de los motivos más tempranos como claramente corintia en cuanto a estilo y tipología, y aporta pruebas de que, con el desarrollo de la artesanía local, terminan prevaleciendo las influencias autóctonas en los motivos relieve sobre la arcilla.

Al final del catálogo se incluye un apéndice donde se consignan las piezas conocidas, cuyo estado de conservación o condiciones de accesibilidad no permiten a la investigadora adscribir su factura a un taller o periodo bien determinado. Se ofrece de ellos la ubicación donde se guardan, el lugar de excavación y una somera descripción.

La segunda parte de la obra se dedica al análisis del catálogo expuesto, estudiando diferentes aspectos del origen, cronología, producción, iconografía, estilo y distribución de los hogares portátiles. Dedicar un capítulo a la forma y función de los braseros de Caere, su origen, características morfológicas y materiales. En otro capítulo se examinan temas relativos a la matriz cilíndrica usada para la decoración en relieve, prestando especial atención a las diversas tradiciones itálicas y orientales, precedentes de la producción de Caere. La iconografía de las bandas de relieves es tratada brevemente en otro apartado, profundizando en las categorías ya desgranadas en el catálogo, en la primera parte de la obra. Las decoraciones que presentan los braseros han sido estudiadas poniéndose en relación con influencias tanto foráneas como locales. Principalmente se han apreciado recuerdos de la decoración pintada en vasos provenientes de zonas corintias y etrusco-corintias; aunque los medios por los que fueron compartidos los motivos no se recogen en este estudio, sí se ofrecen evidencias de estos contactos. El sexto y último capítulo del análisis, se dedica a organizar una cronología y distribución de las piezas encontradas en tumbas de Caere en torno al siglo VI a. C.; La propia autora reconoce que es complicado fijar con precisión las fechas de producción de muchos hallazgos individuales, debido a la constante reutilización de las piezas como ajuar funerario durante generaciones. Esta dificultad se añade a lo fragmentario de las excavaciones realizadas hasta el presente en las regiones de la antigua Etruria, por lo que la autora se remite a futuras investigaciones que completen sus teorías.

En cuanto a la controversia sobre el material en que los cilindros matriz del relieve habrían estado realizados, la autora se muestra capaz de desacreditar la teoría de la producción en madera, mientras argumenta eficazmente en defensa de materiales en relación con la tradición del Medio Oriente, como piedras duras y semi-preciosas. Es sorprendente que, a pesar de estar probada una abundante producción en Caere, no haya salido a la luz ni una de las matrices usadas para la decoración de braseros y *pitthoi*. Esto deja a los investigadores sin medios seguros para afirmar sus teorías, aunque se han formulado hipótesis basándose en diversas tradiciones del mismo procedimiento decorativo en Próximo Oriente y la península itálica. Aun así, se consigue confirmar la anterioridad cronológica y la independencia de la producción de piezas estampadas de Caere, con respecto a otros trabajos similares de Tarquinia, *Volsinii* o *Clusium*. Las conclusiones de esta investigadora no se apartan en línea-

as generales de las tesis elaboradas hasta ahora, reafirman las teorías acerca de la cronología de los diferentes conjuntos diferenciados de motivos iconográficos, en las decoraciones de los hogares de arcilla roja. La opinión de Pieraccini se basa en el estudio de un amplísimo campo de piezas, comparadas con posibles trabajos precedentes y paralelos, procedentes de Etruria, de la Grecia insular y continental, de Oriente Próximo: una exposición con una base mayor de la que se había manejado hasta hoy. De hecho, su ampliado material de trabajo le permite clasificar los cilindros matriz según manos y talleres, lo que arroja nueva luz sobre las artes suntuarias y los métodos de trabajo artesanales en Caere sobre el siglo VI a. C.

Una aportación importantísima de este estudio consiste en la atención, prestada por primera vez, a la producción menor de piezas de “imitación de Caere” procedentes especialmente de Tolfa y San Giovenale. Nos permite así una mejor comprensión del alcance y calado de la influencia de Caere como centro artístico en los emplazamientos periféricos, y también las relaciones directas que entre estos focos menores se desarrollaron.

Todas estas consideraciones son necesariamente provisionales, pues son las primeras realizadas en este terreno. Se presentan indicios muy interesantes para continuar trabajando: la ausencia de hogares en cerámica de Caere o imitaciones de estos, en lugares como Acquarossa a orillas del lago de Bolsena, se presenta como un tema de necesario estudio. El alcance de la exportación de los hogares decorados de Caere, favorecido por las características físicas de las ligeras piezas, llegó hasta Roma y Lavinium hacia el sur, y hasta Lucca en el norte etrusco; reviste un gran interés la cuestión del uso sacro o incluso doméstico que se le da a los braseros de influencia ceretana en las regiones periféricas de su expansión, más que el destino funerario conocido en la propia Caere. Estas hipótesis sobre la localización de los centros de importación de los braseros, así como la utilidad dada en cada lugar a las piezas de Caere, son el resultado más visible que han proporcionado los avances en las recientes excavaciones, abriendo las puertas a hipótesis más sólidas que nunca. A medida que se va profundizando e investigando los emplazamientos etruscos, los braseros portátiles decorados se presentan profusamente en ámbitos no funerarios, dentro y fuera del territorio de la Caere arcaica: se están encontrando en sus santuarios, en los de Pyrgi, su puerto, y en los templos de Veyes, Gravisca, Tarquinia y Lavinium. Hay hallazgos de hogares de este tipo en las casas de Caere, en las de San Giuliano, San Giovenale, Piana di Stigliano, Fidenae, Ficana y Massarosa... y a medida que se realizan nuevos avances en áreas urbanas etruscas, siguen apareciendo más.

Durante un siglo aproximadamente la vida cotidiana de la Caere arcaica tenía la lumbre como centro, y ésta se encendía en braseros decorados, realizados por artesanos altamente cualificados. Por el número de piezas encontradas e identificadas, sobre unas trescientas cincuenta, así como la variedad de motivos decorativos diferenciados, unos noventa, podemos reconocer la enorme importancia del uso y gran variedad funcional de estas piezas, en áreas urbanas, en zonas alrededor de los templos y como ajuar funerario. La riqueza de su carácter funcional, decorativo y simbólico explica su abundante producción en los talleres de Caere y su área de influencia, durante un largo periodo de tiempo. La mayoría de los braseros se han hallado en excavaciones de tumbas del siglo VI antes de nuestra era, y este entorno es el que nos proporciona las piezas mejor conservadas, incluso muchas intactas. En estos enterramientos podían cumplir una función doblemente simbólica. Habrían servido como ofrenda doméstica para el ajuar del difunto y, además, como brasero propiamente funcional para albergar el fuego en los ritos funerarios. A medida que las excavaciones en Caere y en otros centros etruscos de las proximidades, superan el ámbito funerario para trabajar en áreas rituales, en torno a los templos, cívicas y domésticas, nuevos braseros salen a la luz. Su uso en contextos cotidianos domésticos explica mejor el significado de esta cerámica tan especial, pues su papel como hogar en las casas dotaría de un significado profundo a las piezas,

que luego podría ser trasladado a los templos y a las tumbas. Para los habitantes de Caere estos braseros eran objetos conocidos, muy comúnmente utilizados y apreciados, no es de extrañar que su significado trascendiera al mundo de lo sacro y lo simbólico.

Este estudio pretende apoyar la influencia de la Caere Arcaica en su región, especialmente en lugares como Tolfa, San Giovenale y Barbarano Romano, a través de la adopción de la costumbre de los hogares de arcilla roja tan comunes y tan útiles para los habitantes de Caere. Incluso en una ciudad importante como Veyes se utilizaron estas piezas de Caere y, además, se producían imitaciones en sus talleres. Otras ciudades etruscas como Tarquinia y su puerto, Gravisca, nos han proporcionado más hallazgos de braseros de Caere, y debieron exportarse también a algunos lugares de la Liga Latina.

El uso de estos hogares nos habla de una antigua pero avanzada civilización, que se reunía en torno al fuego contenido en estas hermosas piezas decoradas. Los motivos de sus superficies invitarían a una mayor proximidad del observador mientras compartía luz, calor y alimento con los miembros de su familia. Estos braseros de arcilla fueron medios de comunicación, soportes artísticos, vehículos de la tradición cultural, situados en el centro de la reunión familiar y constituyendo un vínculo entre ellos.

Sara FUENTES LÁZARO
Universidad Complutense de Madrid

Alessandro GALLO, *Pompei. L'insula I della regione 9; settore occidentale* (Studi della Soprintendenza archeologica di Pompei, 1), Roma, "L'Erma" di Bretschneider, 156 pp + ill. [ISBN: 88-8265-150-9]

El presente estudio, al que seguirán otras aportaciones, se propone publicar la investigación y catálogo de los hallazgos en la *insula* I de la región IX de las excavaciones de Pompeya. Continuando con los estudios, valiosísimos pero parciales de precedentes trabajos, se trata de integrar sus conclusiones con la revisión de anteriores resultados. Se aporta una planimetría mejorada con cuidadosas mediciones del relieve y de cada estructura emergente, buscando presentar una edición completa en todo lo posible, de todo el complejo urbano de este sector, sea de viviendas o establecimientos artesanales o comerciales. La investigación se realiza también con los materiales del *instrumentum* recuperado así como todo testimonio histórico y epigráfico que pueda arrojar alguna luz sobre la interpretación de la vida de los habitantes de Pompeya. Este método, ya utilizado ampliamente con anterioridad, también por el propio autor en trabajos precedentes, se privilegia ahora con la aportación interdisciplinaria de la actividad científica de la Soprintendenza archeologica di Pompei y otros estudiosos e instituciones, en un análisis tanto de la historia del arte, como de la vida política, social, económica, espiritual y tecnológica para alcanzar, a través de un proceso de museización de la ciudad, una síntesis macro histórica de interpretación de la antigua Pompeya.

En esta primera presentación se pretende examinar los establecimientos consignados del número 1 al 19, esto es, aquella serie de viviendas y comercios que se extienden a lo largo de la *Via di Stabia* de la región IX del yacimiento, entre la esquina del *Vicolo di Balbo* hasta la "tienda" número 19, vecina de la *Casa de Epidio Rufo* en la *Via dell' Abbondanza*, en una sucesión de edificaciones de carácter comercial, artesanal y residencial, que muestran, al articularse las diversas actividades unas con otras, una extraordinaria semejanza de uno de los principales centros neurálgicos de la vida socioeconómica de la ciudad, en la intersección de dos importantes arterias de tráfico urbano y extraurbano.

El libro se articula en bloques, ocupándose cada uno de un asunto de interés propio: la historia de las excavaciones de la *insula*, a modo de introducción; la enumeración y descripción de tipologías de las construcciones que la conforman esta región urbana, casas y establecimientos; la decoración de suelos y parietal, sobre la base de la cual se establece una ordenación cronológica de los hallazgos; va ilustrado con magníficas fotografías inéditas de pinturas y decoraciones, como las del triclinio de la Domus número 7. A continuación se presenta una amplísima clasificación de los *instrumentum domesticum* obtenidos en las localizaciones ahora estudiadas, con una descripción de las piezas, atendiendo a su descripción física y del material, su tipología, su relación con otras piezas de esta u otra localización arqueológica y su estado de conservación aparente. Después el autor nos proporciona información relativa a las tres “pruebas de verificación” excavadas (*saggi di verifica*) denominadas Alfa, Beta y Gamma, con el propósito de confirmar las hipótesis formuladas sobre la base de la información que proporcionan las estructuras reveladas hasta ahora y por las piezas halladas en esta región pompeyana.

La obra también trata el tema del urbanismo y de las recientes aportaciones al conocimiento de este aspecto de la ciudad, proporcionando un esquema de la articulación del terreno en lotes en la *insula* 1/IX en el sector occidental. Finalmente, Gallo confecciona un catálogo de los materiales de las pruebas, las catas de verificación, divididas en siete grupos de los materiales más abundantes (cerámica de barniz negro, helenística sin color, ánforas, estucos, cerámica de uso doméstico, tinajas) más un octavo capítulo para diversos materiales (cerámica de paredes finas, lucernas, vidrios, fragmentos de enlucido con capa pictórica procedentes de los frescos,...).

El libro se completa con una importantísima bibliografía en cuyo addenda explica la relación del presente estudio con otros publicados mientras este volumen estaba en proceso de preparación y publicación.

Incluye en las páginas finales, unas clarificadoras tablas para identificar, cuantificar y ordenar el inventario del *instrumentum* en el Apéndice 1 (enumeración de objetos según material y categoría funcional), y en el Apéndice 2, el desglose de los materiales recuperados en las pruebas de verificación Alfa, Beta (el más abundante en hallazgos) y Gamma, por unidad estratigráfica (incluyendo su denominación técnica y su número de inventario). Termina con las referencias fotográficas, con especial interés en los gráficos de Maria Oliva (tablas de la II a la XVIII) y en las fotografías inéditas del propio autor.

El autor introduce una rápida alusión a la historia de la excavación en la zona de Pompeya denominada *insula* I en la región IX, delimitada al norte por el *Vicolo di Balbo* (El Callejón Del Tartamudo, o De Las Serpientes) que la separa de la *insula* 2, y al sur con la *Via dell'Abbondanza* (la Vía de la Abundancia). Al este limita con el *Vicolo di Tesmo* (Callejón de Tesmo) y al oeste con la *Via di Stabia*. Las excavaciones dieron comienzo en agosto de 1852, conociendo varias campañas de trabajos y largas interrupciones, como la sufrida entre 1855 y 1858, hasta darse por finalizadas en mayo de 1867. En este momento histórico de agitación política y social, la concepción del bien arqueológico oscilaba entre la visión del bien personal atribuido a la propiedad personal del monarca Borbón y la pertenencia pública, que en la práctica significaba destinar los hallazgos arqueológicos a la satisfacción coleccionista y diletante de una minoría elitista. Es entonces cuando la renovación intelectual de la región impulsa la dedicación a los estudios del mundo clásico y la anticuaría, que tiene por resultado a medio plazo la toma de conciencia sobre el bien arqueológico; Los yacimientos y sus bienes comienzan a ser entendidos como legado histórico público que debe ser protegido, pero no acaparado.

En las décadas inmediatamente precedentes a la unidad del estado italiano (1860) se realizan esfuerzos en las excavaciones de Pompeya, avanzando en las regiones VII y VIII de la

ciudad, y comienza a salir a la luz la *Via di Nola*, por un lado, y por otro (en sentido norte-sur) la *Via di Stabia*, conocida en documentos de la época como *Via delle Suonatrici*. Las excavaciones continúan con las calles y las construcciones que en ellas se alinean.

En 1860 estaban excavadas en la *insula* I de la región IX, todas las habitaciones (*ambienti*) comprendidas entre las numeradas del 1 al 19, ambas incluidas. A la publicación de esta parte del yacimiento está dedicado este volumen del profesor Alessandro Gallo. Los trabajos en esta área concreta habían comenzado ya en agosto de 1852, desde la esquina del *Vicolo di Balbo*, alcanzando en el siguiente mes de noviembre la manzana de casas número 1 (número 68 de los trabajos de Fiorelli, que documentan la excavación en 1860). La prospección se realiza desde la parte alta hacia la baja, edificio por edificio, inventariando detalladamente todo material rescatado.

Como conclusión al relato histórico, el Profesor Gallo quiere poner de relieve que ya en el estudio de los documentos de excavación se aprecia una notable diferencia entre los pertenecientes al periodo preunitario del país y los posteriores a 1860. Los más recientes se caracterizan por una mayor exactitud, más precisión en las descripciones morfológicas de construcciones y bienes muebles. Por otro lado, también es manifiesta la capacitación científica de los técnicos que procedieron a la excavación, los cuidadosos medios que se dispusieron para rescatar, enumerar y ordenar los bienes, de acuerdo con las varias unidades de trabajo de la ciudad. Este clima científico se debe sin duda para este autor, al impulso del profesor Fiorelli que contagiaba, a través de sus escritos y su trabajo, el entusiasmo demostrado sobre el terreno, sabiendo que la arqueología en general, doblemente la pompeyana, se debía proteger con escrupuloso celo, por el valor para la colectividad del bien arqueológico; se incluye a modo de ejemplo de dicho impulso científico, una detallada planimetría de la *insula* I de la región IX, trazada por Fiorelli, ilustrando el conjunto arqueológico objeto del presente volumen.

La parte dedicada a las tipologías de construcciones se presenta con un interesante dibujo de la planimetría de la *insula* donde se especifica el tipo de *opera* (conformación material de los paramentos) de los edificios, tan diversa en el mundo romano. Se delimitan zonas de *opus incerta*, sillar, mármol y piedra Travertina. Se tratan detenidamente las tipologías funcionales, describiendo locales comerciales (*impiantum commerciale*), tahonas (*pistrinum*), talleres (*impiantum artigianale*), casas, detallados habitación por habitación (*ambienti*) con todos sus equipamientos y diferentes elementos constructivos. Todo ello se hace visible en magníficas fotografías que reflejan el estado actual de los edificios y sus materiales.

En lo referente a la decoración parietal y suelos, se presenta la distribución de la decoración, sus motivos y su estado. La mención más importante, extensa e ilustrada en color, se realiza sobre la Casa de Paccio Alessandro (núm. 7) que posee restos de enlucido de estuco y frescos notables, especialmente el del Triclinio E que representa el taller de Vulcano. La decoración de paredes y suelos a menudo delata diferentes momentos en el proceso de una edificación, como por ejemplo, en el Establecimiento nombrado núm. 1, una tienda levantada en tres fases constructivas. La decoración puede ser sencilla y esquemática en suelos y paramentos, así es en los establecimientos comerciales, o bien de gran calidad pictórica en paredes, sobre bandas de estuco de colores o verdaderos frescos narrativos, verdadero tesoro que Pompeya ofrece singularmente a la historia del arte romano.

Una recopilación de varios trabajos anteriores, permite a Gallo ofrecer una rica descripción del instrumental doméstico hallado en los años búsqueda. La publicación del diario de su excavación realizado por Fiorelli, proporciona cumplida enumeración y descripción del repertorio mueble recuperado en los emplazamientos nombrados con cifras del 1 al 19 en la *insula* I de la región IX. Las noticias del propio objeto y del entorno en el que fue hallado no son suficientes en muchas ocasiones, para explicar completamente su significado, para iden-

tificarlo correctamente; no obstante, estudiando los inventarios redactados por el Museo de Nápoles por aquellos años, se ha alcanzado a identificar muchos de aquellos objetos con bastante certeza. La investigación se ha encaminado a comparar cada una de las piezas numeradas por Fiorelli con las recogidas por H. Van der Poel, II, p.313; Para presentar un catálogo completo y ordenado, se añaden a las investigaciones de L. Eschebach publicadas en 1993. En este volumen Alessandro Gallo presenta los resultados de los tres trabajos de manera integrada, ofreciendo una detallada exposición de todo el repertorio mueble de la zona, ya completamente excavada, incluyendo numerosas fotografías en blanco y negro, documentando piezas y lugares de hallazgo.

Partiendo de la idea de que con una mayor disponibilidad de datos arqueológicos fiables, las hipótesis trazadas con anterioridad sobre la urbanización interna de esta vertiente occidental de la *insula*, podrían confirmar lo que se había supuesto en cuanto a cronología, sobre la base de las estructuras ya reveladas, el Profesor Gallo trata con detenimiento la excavación de una serie de pruebas de verificación en esta *insula*. Explica como se obtuvo la autorización necesaria del director de la Soprintendenza, el Doctor D'Ambrosio, y acometió una nueva intervención sobre el terreno, dedicando toda la atención al sector centro-meridional de la *insula*. De hecho, basta observar la planta para darse cuenta de que, a través de la cronología de las estructuras ya afloradas de la hipotética fase originaria que se trata de estudiar, los lotes relativos a aquella primera ocupación del espacio de la manzana, estaban del todo orientados de oeste a este y se encontraban limitados por un largo muro norte-sur. La axialidad de la estructura se interrumpe correspondiendo a los edificios 10 a 15, y se pliega al oeste, pero luego recupera su orientación y continúa hasta al límite meridional. Con la construcción de la gran casa Domus IX, 1, 20, el espacio tomado de los lotes originales de esta supuesta primera ocupación, servirá para establecer toda una serie de habitaciones (*ambienti*) que se despliegan por el lado occidental del gran atrio de la misma vivienda. Demostrar con datos arqueológicos lo antedicho ha sido la primera hipótesis de trabajo, verificando, a través de los materiales recuperados, la cronología ya avanzada por las estructuras conocidas; Teniendo en cuenta la limitación del campo examinado, trazar al menos un cuadro esquemático de la estructura económica y social de estos primeros ocupantes de la *insula*, sería posible en cierta medida.

A tales efectos se emprendió la apertura de tres catas: la primera denominada Alfa, en la Casa IX, 1, 20, coincidiendo con una entrada tapiada existente en la habitación O de la Casa IX, 1, 12; la segunda prueba, llamada Beta, está en una posición más descentrada, hacia oriente, en el pasillo de la Casa IX, 1, 20; la tercera con el nombre de Gamma, se ha excavado en la habitación V de la misma Casa, y se corresponde a otro acceso murado entre las dos Casas mencionadas. Los resultados preliminares de estas pruebas se publicaron en 1997, en la Rivista di Studi Pompeiani (n. VIII, 1997, pp. 153-158) La situación de estas intervenciones se explica con esquemas que reflejan la planta de las Casas, con los vanos que habían sido tapiados y ahora excavados, así como un reflejo de los niveles estratigráficos a los que se va haciendo referencia. Se detalla a continuación la variedad de materiales recuperados en estas excavaciones: cerámica de barniz negro, cerámica helenística, ánforas y cerámica común, además de una diversidad de restos de cornisas y decoración de estuco, lucernas, y otros materiales datables de varias épocas.

Urbanismo y urbanización de la región urbana pompeyana también son abordados, desde una perspectiva renovada por las recientes prospecciones estratigráficas, aportando nuevos datos sobre la consolidación del poblamiento. Estas investigaciones han llevado a reconsiderar el plano de la ciudad y sus varias fases de urbanización, planteando novedades en el plano topográfico e histórico, particularmente en lo tocante a la ampliación del centro oriental de Pompeya, relativamente cercano al área de estudio de este trabajo.

Capítulo final pero no menos importante es el de la bibliografía: abundante, de gran interés tanto en cuanto que esta obra se destaca por su labor de publicación sistemática de los hallazgos muebles de la insula, sistematizando anteriores inventarios, así como la catalogación de los hallazgos en las tres nuevas catas.

Esta nueva publicación de L'Erma di Bretschneider, en colaboración con la Soprintendenza archeologica de Pompeya, presenta en un formato editorial al tiempo elegante y práctico, la puesta al día en cuanto a publicación de los avances en la sistematización de los conocimientos sobre la antigua Roma, que siguen brotando de la hermosa ciudad de Pompeya.

Sara FUENTES LÁZARO
Universidad Complutense de Madrid

Henri BROISE – Xavier LAFON, *La villa Prato de Sperlonga*. (Collection de L'École française de Rome 285), Roma, École française de Rome, 2001, 218 pp. + VII pl. [ISBN: 2-7283-0595-1].

Sperlonga (muy cerca de Gaeta) es uno de los más importantes yacimientos arqueológicos italianos del periodo Imperial Romano. Saltó a la fama de la arqueología a mediados del siglo XX cuando, con motivo de la desactivación de las minas costeras de la II Guerra Mundial, casi por casualidad, se encontró un importante cenador flotante en una cueva natural, lujosamente decorado con esculturas de mármol que desarrollaban temas relativos a las siempre dudosas hazañas militares de Ulises, héroe griego que está entendido en este programa iconográfico como un hombre de estado que antepone el bien común de sus compañeros al suyo propio. El grupo central de estas esculturas representaba el ataque de la monstruosa Scila y estaba firmado por Hagesandro, Polidoro y Athenodoro de Rodas, tres artistas de origen griego que hubieron de trabajar al servicio de Nerón en la Domus Aurea (donde esculpiron el Laocoonte) y al servicio de Tiberio en Sperlonga.

Desde 1950 se han venido desarrollando multitud de trabajos arqueológicos en Sperlonga, que han culminado en la adaptación del yacimiento arqueológico principal para la realización de visitas turísticas y la creación de un excepcional museo en el que se guardan las estatuas que allí se encontraron, así como los objetos arqueológicos que han aparecido desde entonces en las diversas excavaciones.

La presente obra, que figura con el n.º 285 de la colección de memorias arqueológicas del Colegio Francés de Roma, está dedicada a una de las villas del entorno, que ha sido excavada y minuciosamente estudiada desde el Instituto arqueológico Francés de la capital italiana. Se trata de un trabajo ejemplar por su ordenación y por la información gráfica que acompaña a los textos. El capítulo primero, titulado "*le podium*", está dedicado a la ubicación del yacimiento y su contexto físico, que aprovecha las estribaciones de una colina con un sentido paisajista propio de la arquitectura de ostentación del periodo Helenístico y de sus variaciones y permutaciones del periodo Julio Claudio. El segundo capítulo analiza la excavación de la terraza superior, sus técnicas de construcción, las partes y funciones de cada área del edificio, los mosaicos que lo decoran, conducciones de agua para la letrina y el caldarium, etc. Se hace también un riguroso análisis científico de aquellos elementos decorativos que se han podido recuperar, como pueden ser los enlucidos con restos de pinturas, cornisas (de variadísimas y complicadas formas), mosaicos de opus scutulatum, y materiales cerámicos, algunos de ellos muy significativos (a los que se dedica minucioso dibujo arqueológico). También es significativa una nueva aportación de gran interés: el

hallazgo a orillas del mar de una piscina natatoria de la que quedan suficientes restos como para reconstruir su estructura arquitectónica. Rigurosas plantas, alzados y perspectivas así como fotografías en blanco y negro y en color, todas ellas de gran calidad, acompañan cada uno de los textos y los ilustran, lo que permite una buena comprensión de lo allí expresado.

El análisis del yacimiento arqueológico de la Villa Prato en Sperlonga es muy importante para la historiografía, ya que puede complementar los estudios preexistentes sobre los monumentos que hay en relación con la gruta de Tiberio y darnos una idea aproximada del lujo que se vivía en el periodo Julio Claudio y en las épocas inmediatas, así como de la calidad de vida de la que gozaban las clases pudientes del patriciado romano vinculadas directamente con la familia imperial.

Herbert GONZÁLEZ ZYMLA

Javier DEL HOYO - Juan Gómez Pallarés (ed.), *Asta ac Pellege. 50 años de la publicación de Inscripciones Hispanas en verso de S. Mariner*, Madrid, Signifer Libros, 2002, 275 pp. [ISBN: 84-932043-7-4.]

En el quincuagésimo aniversario de la publicación de *Inscripciones hispanas en verso* (1952), del Dr. Sebastián Mariner, se quiso rendir homenaje al erudito con la elaboración de este volumen, en el que se recogen diversos trabajos desarrollados en el marco del Coloquio sobre el *CLE (Carmina Latina Epigraphica)*, que tuvo lugar en Miraflores de la Sierra (Madrid), entre los días 1 y 3 de febrero de 2002.

Tras una breve introducción, la obra comienza con “El ‘ciclo degli Scipioni’ e le origini della epigrafia metrica latina” de M. Massaro, (pp. 17-37), cuyo estudio parte de los *Elogia Scipionum* (una iniciativa insólita de la epigrafía métrica del siglo II a. C., en la que se mezcla el gusto por lo helenístico y lo romano) para analizar las principales diferencias con respecto a las principales inscripciones compuestas en verso saturnio, teniendo en cuenta la actitud negativa del rango senatorial al uso de la epigrafía métrica. A continuación, se presenta el artículo “Überlegungen zum Begriff ‘Commaticum’ Theorie und Praxis am Beispiel von *CLE Engström* 410”, de P. Kruschwitz (pp. 39-45), en el que se analiza la inscripción del *CLE Engström* 410 como un claro ejemplo para definir el término técnico “commaticum” de una manera más precisa, atendiendo a la rítmica, el orden de la palabras y la intencionalidad del autor en la citada inscripción. El trabajo de M.^a J. Pena, “*CLE Republicanos: texto y contexto*” (pp. 47-62), intenta responder a la cuestión de por qué existían *carmina epigraphica* en *Cartago Nova* y no en el resto de las ciudades republicanas de Hispania. El estudio se realiza desde una perspectiva histórica, en tanto en cuanto se pretende establecer una relación entre la aparición de los *carmina* en *Cartago Nova* y el comercio desarrollado en la zona de Campania y del Mediterráneo Oriental. R. Hernández Pérez, en “La tradición de métrica yámbica en la epigrafía latina de la Hispania romana” (pp. 63-77) analiza un amplio abanico de inscripciones hispanas que hacen uso del metro yámbico bajo diferentes formas; el autor llega a la conclusión de que se puede hacer una doble clasificación, atendiendo al grado de dificultad en su elaboración y a las diferentes formas en las que la tradición métrica yámbica se presenta. Seguidamente, M. F. Del Barrio Vega presenta el artículo titulado “Técnica compositiva de los *CLE* en distícos elegíacos: los epitafios dialogados” (pp. 79-102), en el que se estudian algunas de las más importantes fórmulas expresivas que sirvieron de estereotipos para los epigrafistas a los que debemos los llamados “epitafios dialogados”. Estas fórmulas podrían adaptarse a los diferentes tipos de versificación con el fin de facilitar un determinado estado métrico.

El trabajo “Coloquialismo y vulgarismos en los *CLE*” (pp. 103-124) corre a cargo de M. Rodríguez Pantoja, quien desarrolla —tras definir los conceptos de “coloquialismo” (uso correcto, pero no elevado a la categoría de lo literario) y “vulgarismo” (uso incorrecto generalizado)— un análisis de algunos de los vulgarismos que se observan en la poesía epigráfica, distinguiéndolos en dos clases, según competan al vocalismo o al consonantismo, y teniendo en cuenta su incidencia en la métrica. “*Carmina Latina Epigraphica e letteratura: l’heroon di Atilia Pomptilla tra l’Alceste di Euripide e l’Alceste Barcinonensis*” (pp. 125-142), de P. Cugusi, centra su atención en un conjunto de epigramas latinos y griegos conocidos con el nombre de “Grotta delle vipere” y recogidos en el *CLE* (*CLE* 1551 A-6). La temática de dichos epigramas gira en torno a la figura mitológica de Alceste, y a pesar de que las composiciones se datan en época antonina guardan un gran parentesco con otras dos obras, muy alejadas en el tiempo, tales como la *Alceste* de Eurípides y la conocida como “*Alceste Barcinonensis*”. Basándose en esta analogía, el autor elabora una hipótesis sobre la existencia de una fuente “vulgata” que sirvió de modelo tanto a las dos obras mencionadas como a los epigramas recogidos en el *CLE*. El siguiente artículo, “La *ordinatio* en los *CLE Hispanicae*”, de J. del Hoyo, examina en su conjunto los *CLE Hispanicae*, con el fin de establecer paralelismos en las características formales de la disposición de los textos en sus respectivos soportes y en la escritura de los *carmina*, así como diferencias con respecto a la *ordinatio* de los textos en prosa. C. Fernández Martínez contribuye a esta monografía con el trabajo titulado “Las restituciones verosímiles en los *CLE* conservados” (pp. 163-182). La autora reflexiona sobre la reconstrucción de lagunas en los poemas epigráficos, para la cual propone una metodología que observe con escrupuloso cuidado el material ante el que nos encontramos (tipo de soporte, medidas, signos visibles, abreviaturas, métrica, etc.). Para ejemplificar el método propuesto, la autora se sirve de los *carmina* de la Bética. En el siguiente capítulo, titulado “Materiales para una tipología de los epigramas funerarios latinos trazada a partir de sus voces e interlocuciones” (pp. 183-204), F. Socas elabora un estudio tipológico de los epitafios de los *CLE*, tomando como base el o los interlocutores que intervienen en los mismos. El autor establece una clasificación general en la que diferencia cinco grupos de inscripciones, a saber, aquéllas cuyo interlocutor es una voz imperial, un allegado, el propio muerto, la lápida o una imagen, o las que presentan varios interlocutores. Al mismo tiempo, cada uno de los grupos se divide en subgrupos, según, por ejemplo, si la voz que habla es la de un familiar, la del propio muerto, etc. El autor encabeza cada uno de los grupos con un ejemplo epigráfico. El artículo se completa con un análisis de los epigramas sepulcrales de Marcial, en el que F. Socas vuelve a emplear la metodología descrita anteriormente. En “De la cantidad al acento: la transformación métrica en los *CLE* hispanos” (pp. 205-225), R. Carande Herrero ofrece al lector un estudio de las distintas fases de la evolución de la métrica latina de los *carmina epigraphica* de Hispania, en un intento de establecer en qué momento se pasa de la métrica cuantitativa a la acentual, objetivo difícil de alcanzar por cuanto existe un período intermedio en el que resulta complicado aventurar las lindes de una división clara. El siguiente trabajo, “Tradición bíblica en los *Carmina Latina Epigraphica* en Hispania” (pp. 227-241), que corre a cargo de J. M^a Escolá Tuset y J. Martínez Gázquez, estudia las inscripciones cristianas en verso de la Península Ibérica, unas inscripciones que, según los autores, recogen elementos de la tradición clásica (como el elogio de las virtudes) e incorporan otros del ámbito propiamente cristiano (al considerar al difunto como siervo de Dios, el descanso del espíritu en la paz del Señor, etc.). La monografía concluye con el trabajo de J. Carbonell Manils y H. Gimeno Pascual, “Precisiones a la tradición manuscrita del *CLE* 1489 (= *CIL* II 4426) y algunos casos más” (pp. 243-258). Este artículo analiza tres grupos de inscripciones pertenecientes al *CIL* II, con la intención de dilucidar si son

auténticas o no, a través del estudio de la tradición epigráfica manuscrita. La dificultad del estudio estriba en que actualmente no se conservan dichas inscripciones.

Las últimas páginas del volumen se consagran a la bibliografía y a la relación de láminas.

Manuel MÁRQUEZ CRUZ
Universidad Complutense de Madrid

J.C. OLIVARES PEDREÑO, *Los dioses de la Hispania céltica*, Madrid, Real Academia de la Historia - Universidad de Alicante, 2002, 300 pp. [ISBN: 84-95983-00-1].

La presente obra tiene por objetivo fundamental, el análisis de la estructura del panteón indígena y de los caracteres y naturaleza de las deidades de la Hispania céltica.

Tras el prólogo y la correspondiente introducción, se pasa a abordar dentro de la primera unidad de la obra, la estructura del panteón indígena en Hispania, cuyo primer capítulo se refiere a la ordenación de los datos sobre divinidades indígenas, estableciéndose en él básicamente la metodología de trabajo a seguir. El segundo capítulo se dedica al territorio portugués de la Beira Baixa, de gran interés en el contexto de la religión indígena de Hispania, mientras que el tercero se centra en la región extremeña, analizándose en primer lugar las deidades testimoniadas por más de una inscripción, para posteriormente considerarse los teónimos que aparecen una única vez, aquéllos de lectura dudosa, y finalmente los desaparecidos en la actualidad. Por su parte en el capítulo cuarto se estudia el ámbito de la Beira litoral, Beira alta, y el área suroccidental de la Meseta norte, abordándose en el quinto la región del sur de Lusitania en donde y según el autor de la obra, los testimonios epigráficos hallados atestiguan un panteón semejante al definido para la Beira Baixa.

Al territorio de la *Gallaecia* se dedican los capítulos sexto, séptimo y octavo respectivamente, diferenciándose en el primero de ellos (la *Gallaecia* occidental), la región costera al norte del río Miño, de gran uniformidad en cuanto a la teonimia, y la región costera enmarcada entre los ríos Miño y Duero muy problemática en relación al carácter de las deidades que integraban su panteón. El capítulo séptimo se refiere a la *Gallaecia* central, es decir, el área interior de Galicia y Portugal al norte del Duero, que es tenida en cuenta como una unidad debido a su especificidad en cuanto a las deidades que se atestiguan. Por su parte y por lo que respecta a la *Gallaecia* oriental, se registran ocho teónimos masculinos, siendo los datos de las divinidades femeninas más escasos. Por último a la región central y oriental de la Meseta norte se dedica todo un apartado (en el que se analiza de forma pormenorizada las distintas peculiaridades que a nivel teonímico caracterizan este territorio), para posteriormente pasar a abordarse a la manera de conclusiones, la composición del panteón indígena de Hispania.

La segunda unidad de la obra, se centra en la naturaleza de las divinidades, estudiándose, y una vez establecido como marco de referencia el carácter de los dioses célticos extra-hispanos y la composición del panteón céltico, las distintas deidades hispanas, siendo la primera de ellas *Bandua*. También es objeto de tratamiento diferenciado el culto a Júpiter en el contexto de la religión indígena, así como *Arentius*, y Marte y Mercurio célticos. No se olvida, igualmente, el culto a *Lugus* y su relación con Mercurio y el Apolo galo-romano. Tras dichos apartados se pasan a analizar otras divinidades masculinas de dudosa tipología (*Tongoe Nabiagoi*, *Qangeius*, *Endovelicus* y *Vaelicus*), el culto de *Nabia*, las diosas de Lusitania (*Trebaruna*, *Arentia*, *Munidis* y *Ataecina*), para terminar examinándose las dos grandes deidades indígenas femeninas adoradas en la Meseta norte como son *Epona* y las *Matres*.

Finalmente, un epílogo más un repertorio de abreviaturas, bibliográfico, y unos índices de teónimos, epítetos y toponímico respectivamente, cierran esta obra que representa una

interesante aportación, realizada con rigor y seriedad, de una temática compleja como es la de la religión indígena en la Hispania céltica.

G. CARRASCO SERRANO
 Universidad de Castilla-La Mancha

Mauricio PASTOR MUÑOZ, *Viriato. El héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2004, 292 pp. [ISBN: 84-9734-178-3].

¿Realidad o leyenda? ¿Hombre o metáfora? ¿Tradicción o apropiación? En *Viriato* es imposible desligar un plano de otro. No hay disyuntiva: todos envuelven, forman y deforman su figura, la de aquél capaz de poner freno provisorio al imperialismo romano y simbolizar una resistencia a mediados del siglo II a.C. en el occidente de Iberia. El rudo pastor convertido en ladrón, luego en general y a las puertas de la realeza; enseña del poder de las jefaturas guerreras de finales de la Edad del Hierro; obstáculo en la política expansionista de la República durante una década *horribilis* para las legiones en Hispania, es, él mismo, indivisamente también, arquetipo, comodín e instrumento en la reelaboración historiográfica del pasado desde el presente. Movida ésta por pretensiones morales, ideológicas, políticas, artísticas o académicas, que de todo hay en *Viriato*, desde la Antigüedad hasta nuestros días. El asunto de fondo no es sino el inherente problema al estudio de los textos antiguos, acrecentado en la semblanza de celebridades como la que nos ocupa: la imposibilidad de discernir “si los datos que tenemos sobre ellas responden a su realidad biográfica o si no son más que el resultado de la proyección sobre ellas de los valores dominantes de la sociedad en la que se generan dichos escritos”, como sentencia el autor en la página 245.

Entre el mito y la historia, pues no puede ser de otra forma, pasean *Viriato* y su tiempo por las páginas de este libro de Mauricio Pastor Muñoz, profesor de Historia Antigua en la Universidad de Granada. Acierta la editorial La Esfera de los Libros al confiar la biografía de tan atractivo personaje de nuestra Antigüedad a un especialista y no a un aficionado, lo que frecuentan otras líneas editoriales. El resultado es un estudio que no es sólo una aproximación a su vida y época sino un riguroso análisis histórico e historiográfico, lo que es decir documentado y crítico, con la ventaja añadida de estar escrito para un público general. Enmarcada en esta divulgación de calidad, la obra constituye la actualización de otra anterior (Pastor, M. *Viriato. La lucha por la libertad*. Alderabán. Madrid. 2000) a la que mejora y complementa.

El libro se articula en dieciséis capítulos subdivididos cada uno de ellos en cuatro o cinco entradas de temática bien definida, lo que abunda en un índice detallado y de fácil consulta, precedidos por un prólogo —siempre bien recibido— del maestro José M.^a Blázquez y una introducción. Lo nutren una serie de mapas en blanco y negro intercalados en el texto, oportunos para el seguimiento de las expediciones militares (pp.29, 155, 171...) y la localización de pueblos (pp.77, 79, 83, 113...), y una selección de fotografías en color entre las que destacan las representaciones de *Viriato* en pintura, escultura y grabados, reflejo de la particular conceptualización del héroe hispano en la plástica moderna. La inclusión de pasajes de las fuentes al hilo de determinados debates, un resumen cronológico de acontecimientos (pp.277-280), una relación de fuentes antiguas con sus principales ediciones (pp.281-282) y, compensando la ausencia de notas a pie, un completo repertorio bibliográfico que incorpora las novedades de los últimos años (pp.281-292), enriquecen la lectura. La narración es fluida y firme, en un discurso que combina perfectamente la exposición de hechos con la revisión de interpretaciones. A ello contribuyen el buen manejo de la documentación antigua y

un exhaustivo conocimiento bibliográfico por parte de Pastor Muñoz. Exprimiendo a fondo las fuentes de información, fundamentalmente literarias, el autor presenta y analiza los principales hitos del ciclo viriático, contemplando la aportación de otros colegas y las últimas propuestas. Redunda en la calidad del libro, además, una cuidada edición que al margen de aspectos generales como la buena presentación no descuida detalles —menores pero no triviales para el lector— como el uso de un interlineado suficientemente espaciado o de una letra nítida.

Ahondando en su contenido, el libro se puede dividir en tres bloques (que el autor en realidad no establece limitándose a enumerar los capítulos). El primero (capítulos I-VII) nos introduce en el mundo lusitano a través de una caracterización geográfica, etnopolítica, socioeconómica y religiosa, para emplazar en él al Viriato histórico cuya trayectoria sigue hasta la perfidia de Galba y el enfrentamiento directo con Roma. La correcta contextualización en líneas generales del escenario lusitano (a pesar de su borrosa identidad en no pocos aspectos: las dudas sobre su extensión territorial y concreción étnica, la controvertida lengua lusitana, la indefinición de su asentamiento castreño con relación a otros poblamientos más patentes como el astur, el vacceo o el vetón...), la presentación de las fuentes y sus problemas, y la revisión de ciertos tópicos como el bandolerismo o la estampa schulteniana de un Viriato primitivo y romántico, oriundo de la Sierra de la Estrella y sin otro bagaje que su salvaje nobleza (sigue aquí el autor las tesis de L.A. García Moreno y L. Pérez Vilatela vinculando a nuestro personaje con la Beturia y, en suma, con el ámbito urbano de la Iberia meridional), se encuentran entre los principales logros de esta primera parte, por otro lado eminentemente documental.

Algún tema merece un breve comentario, por ejemplo la guerra. La belicosidad lusitana es un lugar común en la historiografía: un *topos* abonado con dictámenes externos del tipo “rasgo racial”, “mal endémico”, “contranatura del bárbaro”; teñido también de diagnósticos socio-económicos tales como “salida a la pobreza lusitana”, “respuesta a la ruptura del sistema gentilicio”, “consecuencia de la dualidad social indígena”, y de lecturas políticas apasionadas, léanse “reacción al invasionismo romano” o “ideal de libertad, anarquía e indomabilidad”. Quizá le haya faltado al autor en este sentido desligarse de ciertas de estas premisas tradicionales (“Viriato se convierte en el líder de una de estas bandas o cofradías de guerreros dedicadas exclusivamente a la guerra como único oficio, que viven al margen de la sociedad...”, p.102), y acaso incidir en una exégesis antropológica de la guerra como conducta cultural enmarcada en unas coordenadas medioambientales e ideológicas inmanentes a las poblaciones preindustriales. Este es el punto de partida para empezar a decodificar la figura de Viriato, y a partir de lo mismo intentar definir las bases de su jefatura y la extensión de su autoridad en el seno de la sociedad lusitana. Desde esta perspectiva las prácticas guerreras (en cualquiera de sus formas, y pese a la transmisión distorsionada de los clásicos) no son hábitos al margen de la sociedad sino factores intrínsecos que la articulan y conforman. Otra cosa es que acertemos a descifrar su verdadero alcance. Si en lugar de acercarnos al problema desde la alteridad de las fuentes lo hacemos desde dentro, resulta más lógico pensar que la guerra constituye un elemento estabilizador en la vida de los lusitanos, como en la de buena parte de los pueblos antiguos. Valorando conjuntamente sus implicaciones económico-territoriales, socio-políticas y ético-religiosas, cabe concluir que la guerra es y funciona como fuente de poder, plataforma jurídica y escenario ritual. A través de ella se ingresa en la edad adulta, se adquieren derechos, estatus y honor, se integran fortunas en la comunidad, se establecen clientelas, rangos y alianzas, se colonizan nuevos territorios, se otean horizontes y posibilidades... y se modela, en fin, una *virtus* heroica y agonística que tiene su reflejo en la religión, los mitos y los códigos de sus celebrantes. Además, desde el punto de vista más operativo y volviendo al liderazgo de Viriato, la guerra es asimismo una

fórmula de competitividad aristocrática y de definición de relaciones de poder y equilibrio sobre tierras, hombres y recursos, en lo que insisten hoy los trabajos de P. Ciprés, M. Ruiz-Gálvez, J.M.^a Gómez-Fraile o E. Sánchez-Moreno. En realidad algo bastante alejado de la idea de marginalidad que consignan las fuentes para los bandoleros lusitanos a cuyo mando se ha hecho cabalgar siempre a un Viriato *venator, latro, pastor et dux*. Y sin embargo el manido bandolerismo lusitano y Viriato no tienen por qué entenderse en el mismo registro.

Desde este prisma endógeno se calibran mejor ciertas imágenes del acervo lusitano, caso de los ajuares guerreros de las necrópolis de la Edad del Hierro (las vetonas pueden ser un paradigma ante la ausencia de cementerios en la franja atlántica) o, muy explícitamente, de las estatuas de los llamados guerreros galaico-lusitanos. [A este respecto resulta oportuna la celebración a instancias del Instituto Arqueológico Alemán de un congreso con esa temática (“Die lusitanisch-galläkischen Kriegerstatuen”), en Lisboa en Enero de 2002, cuyas actas acaban de ver la luz en los *Madriider Mitteilungen* (44, 2003, vol.I)]. Todas ellas son expresiones de poder propias de un ambiente cultural guerrero, como lo son también para un momento anterior las estelas decoradas del suroeste.

El segundo bloque del libro (capítulos VIII-XII) se ocupa de la expansión romana en Iberia y, pormenorizadamente, de las guerras lusitanas (150-139 a.C.) hasta la desaparición de Viriato y la integración final de Lusitania en el dominio romano. Ahora el enfoque es descriptivo y resulta del mismo una buena síntesis del proceso militar. Arranca con los antecedentes que suponen las incursiones lusitanas de la primera mitad del siglo II a.C. por la Hispania ulterior, continúa con los repartos de tierra y primeras negociaciones con los generales romanos, para centrarse en los avatares de la guerra a partir de la irrupción de Viriato en el escenario político hacia el 147 a.C. Sus triunfos y movimientos, la sucesión de gobernadores al frente de las tropas romanas, los intentos de extender la revuelta a Celtiberia, las treguas y armisticios... se ilustran con claridad y competencia. Es de agradecer la doble visión de los hechos que plantea el autor, desde el lado lusitano y desde el del imperialismo romano, atendiendo en este último sentido las reacciones y directrices del Senado a lo largo del conflicto. Y más puntualmente, el tratamiento que da a la paz concluida entre Viriato y Serviliano en el 140 a.C. por la que se reconocía a aquél *amicus populi romani*, un verdadero punto de inflexión sobre el cual el autor sopesa circunstancias, motivos y consecuencias (pp.173-180). Entre ellas, la hipótesis de que por entonces Lusitania llegara a convertirse —o se quedara a las puertas de ser— un estado independiente reconocido por Roma bajo la soberanía de Viriato.

En el tercer bloque (capítulos XIII-XVI) la obra adquiere un carácter de ensayo sustituyéndose el discurso narrativo por el analítico. Revisa el autor ahora los ecos de Viriato desde presupuestos tanto históricos como ideológicos, y su proyección hasta el presente. Viriato como jefe guerrero y líder político (pp.199-211), como referente mítico (pp.213-226), como arquetipo cultural y literario (pp.227-256), como icono polisémico para la posteridad (pp.257-276). Destaca la riqueza de matices de las distintas construcciones del personaje. Por ejemplo, la biopsia de Viriato como paradigma del “buen salvaje” según el pensamiento cínicco-estoico helenístico del que beben Posidonio y, a través de él, Diodoro y Apiano, nuestras principales fuentes. (Lo que ya fuera estudiado por J. Lens Tuero en un esclarecedor artículo publicado en 1986 que guía a Pastor Muñoz en este particular, pp.237-243). Igualmente la elaborada hermeneútica que M.V. García Quintela aplica, a partir de escenas simbólicas como los esponsales (ya antes, pp.52-57), para defender que en la tradición literaria de Viriato está fosilizada la ideología trifuncional indoeuropea descubierta por G. Dumézil, concluyendo en este sentido que el relato es genéticamente lusitano (la crónica de Viriato como rey guerrero indoeuropeo) si bien llega a nosotros contaminado por el modelo etnográfico griego (pp.227-233).

También reseñable resulta la certera aproximación que hace Pastor Muñoz en el capítulo XIV a la mitificación del personaje y a su utilización política por parte de eruditos, literatos y estadistas de España y Portugal desde el Renacimiento en adelante, aspectos de mucha enjundia que no había abordado en su anterior libro sobre Viriato y para los que se sirve fundamentalmente de los trabajos de A. Guerra y C. Fábila. Se fraguan en este proceso las divisas de Viriato como paladín de independencia, libertad, nacionalidad y justicia, que tanto éxito y tan distinto aprovechamiento han tenido en los discursos oficiales. Para ello no hay más que leer el *Viriato* de A. Schulten o recrearse en las ilustraciones y relatos de las hazañas del caudillo lusitano presentes en los manuales escolares del franquismo. Igual de sugerente es el apartado titulado “la iconografía de un héroe sin imagen” (pp.222-226, y más adelante pp.266-273) donde el autor repasa en clave artística e historiográfica las obras plásticas inspiradas en Viriato -en especial el excepcional lienzo *La muerte de Viriato* de J. de Madrazo, portada del libro-, de la mano de especialistas en el arte del siglo XIX como C. Reyero, E. Arias Anglés o R. López Guzmán. Este rastreo en las diversas tradiciones y visiones de Viriato es el mismo que movió el encuentro “Viriato: historia compartida, mito disputado” celebrado en Mérida en noviembre de 2002, dentro del Proyecto “Ágora, el debate peninsular” promovido por la Junta de Extremadura, que reunió a especialistas españoles y portugueses en la materia bajo la codirección del propio M. Pastor Muñoz y del escritor portugués J. Aguiar (autor de la célebre novela histórica, *Viriato, Iberia contra Roma*).

No son pocos, en definitiva, los alicientes de este libro que disfrutará tanto el estudioso de la Hispania antigua como el común lector atraído por la personalidad del legendario jefe lusitano. Como todas las que transgreden la imposible línea entre el mito y la historia, la de Viriato es una biografía con mil matices, una memoria heredada y reinventada de la que resulta muy difícil sustraerse. Así, esta semblanza del “héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo”, como reza el apasionado subtítulo de la obra, condensa la inevitable atracción por los personajes de la Antigüedad, precisamente ahora que la pantalla grande se engalana con Troyas y Alejandro. Sobradas dotes tiene Viriato para convertirse también en héroe de cine.

Eduardo SÁNCHEZ-MORENO
Universidad Autónoma de Madrid

La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.). Seminario celebrado en la Casa de Velázquez (marzo de 1996). Actas reunidas y presentadas por Pierre Moret y Fernando Quesada Sanz, Casa de Velázquez, Madrid, 2002. (Collection de la Casa de Velázquez, Vol. n.º 78). [ISBN: 84-95555-29-8].

El volumen se compone de siete artículos procedentes de las comunicaciones presentadas el 11 de marzo de 1996 en la Casa de Velázquez a un seminario titulado “La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (siglos VI-II a. C.)”. La presentación formal es exquisita tanto en la composición del texto como en lo referente a las figuras.

En la presentación de Pierre Moret y Fernando Quesada se reconoce que no dominamos ni la fenomenología ni la ideología de la guerra ibérica y que por ello los objetivos de la investigación en este campo deben ser, por supuesto, la obtención de un inventario escrupuloso de los datos arqueológicos y su clasificación tipológica, pero además también la contrastación de los datos, el análisis de los textos al mismo tiempo que el de los vestigios materiales, el intento prudente de comparación con otras civilizaciones contemporáneas de la Edad del Hierro y, en suma, “salir del atolladero de las microdisciplinas” (p. XI). De esta manera se tratan en las

contribuciones asuntos como la tipología de las armas, el lugar y significado de éstas en los ajueres funerarios, la concepción de los recintos fortificados y el papel del guerrero en las instituciones sociales y políticas, haciendo ver que la guerra dejó su huella en “todos los sectores de actividad de las sociedades peninsulares de la Edad del Hierro”.

El primer artículo, del que es autor Fernando Quesada y que se titula “Armas y arreos de caballo en la protohistoria peninsular. Problemas de la documentación y líneas de investigación prioritarias” (pp. 1-34), debe interpretarse como una aproximación eminentemente metodológica a los problemas recurrentes con los que se topa la investigación peninsular. Deja a un lado la forma en la que la formación e idiosincrasia del investigador afectan a los resultados y basa el trabajo en tres pilares: la valoración explícita de las fuentes y sus dificultades, la necesidad de hacer distinciones en el tiempo y en el espacio, algo que por obvio que parezca y por distintas razones no se ha tenido en cuenta muchas veces en el estudio de la Protohistoria ibérica, y por último la conveniencia de combinar un enfoque inductivo con el deductivo primando los estudios a gran escala. Para ilustrar algunos puntos llega a formas de denuncia brillantes como, por ejemplo, que la utilización de los monumentos de Osuna y Porcuna para dar cuenta del armamento de los iberos equivale a explicar las formas de la cerámica romana mezclando las producciones etruscas del s. V a. C. y la sigillata gálica (p. 3), o que la simplificación que afirma que los iberos usaban el scutum (Osuna) y la caetra (Porcuna) equivale metodológicamente a decir que los iberos empleaban como vajilla las piezas de barniz negro ático (El Cigarralejo) y la terra sigillata (Villaricos) (p. 16). Distingue en el llamado “ámbito ibérico” 4 “regiones” armamentísticas que contienen implicaciones culturales de mayor alcance: Baja Andalucía, Alta Andalucía-Sudeste-Levante meridional, Levante-Bajo Ebro y, por último, Cataluña. Se realizan diversas consideraciones sobre las fuentes que hay para el estudio del armamento (las propias armas, la iconografía y las fuentes literarias) y se termina con el apunte de algunas líneas prometedoras de investigación: publicación detallada de los hallazgos, estudio de materiales procedentes de excavaciones antiguas, análisis tipológicos con métodos sofisticados y prestando atención a espuelas, bocados y otros arreos de caballo, estudios de armas como hoces, bidentes, tridentes, hachas, ciertos cascos, etc., estudios tecnológicos y metalúrgicos, análisis de pequeños elementos (vainas, tahalíes, sistemas de suspensión, etc.), análisis de la colocación espacial de las armas dentro de las tumbas, estudio de los rituales de inutilización y de la asociación entre armas de ajuar y sexo del difunto, determinación del tipo de escudo utilizado con lanzas o espadas, asociación de armas arrojadas y no-arrojadas, etc. Acaba el autor pensando que un correcto enfoque permitirá responder más o menos adecuadamente a diversas interesantes preguntas de carácter social e histórico que actualmente nos hacemos.

El segundo trabajo, también de Fernando Quesada y que aborda la evolución de la panoplia en conexión con los modos de combate y tácticas de los iberos (pp. 35-64), constituye una puesta en práctica de los postulados metodológicos del anterior artículo. Establece 4 fases: “formativa” (fines s. VII-mediados VI a. C.), antigua o “panoplia aristocrática” (mediados-fines s. VI-fines s. V a. C.) —lucha de campeones—, plena o “panoplia generalizada” (principios s. IV-mediados III a. C.) —lucha en formación— y, finalmente, avanzada o “panoplia simplificada” y renovación de influjos exteriores (último tercio del s. III-s. I a. C.). Ilustra el estudio con varios dibujos de guerreros que van desde el del “noble” del s. V a. C., pasando por el “típico” del s. IV y el del sudeste hacia 350 a. C. hasta llegar al mercenario ibérico al servicio de Cartago de fines del s. III a. C., y destacan también dos figuras dedicadas a la evolución de las armas ofensivas y defensivas del sudeste y Andalucía.

El tercer estudio, obra de Alberto J. Lorrio, se titula “Problemas de cronología en la panoplia celtibérica” (pp. 65-85). Aclara lo que entiende por celtibérico en su estudio, que no es

otra cosa que “el ámbito celtibérico restringido” (grosso modo las altas tierras de la Meseta oriental y el Sistema Ibérico), que “cabe considerar como el área nuclear de la Celtiberia histórica” (p. 65), y en el que pueden distinguirse 3 fases: la inicial (I, Celtibérico Antiguo, mediados del s. VI-mediados V a. C.), con puntas de lanza en las sepulturas, regatones y cuchillos de dorso curvo; la de desarrollo (II, Celtibérico Pleno, hacia mediados del s. V-fines del III a. C.), con un primer momento de incorporación en el sur de la Celtiberia de la espada en los ajuares funerarios (espadas de frontón y de antenas), kardiphylakes y soliferrea, y una posterior evolución local con influencias foráneas (espada larga de La Tène, falcata y manilla de escudo del modelo de aletas); por último, la fase final (III, Celtibérico Tardío, fines del s. III-I a. C.) transcurre en un momento de guerras contra Roma, reduciéndose en general las armas encontradas en los depósitos funerarios y aumentando las halladas en hábitats, campamentos romanos y depósitos o tesorillos, además de que es cuando tenemos noticias provenientes de las fuentes literarias. Esta primera división es complicada en el transcurso del trabajo por subfases y otras periodizaciones. Ilustra el trabajo con 4 figuras: la primera muestra un cuadro evolutivo de la panoplia celtibérica, la segunda esquematiza las fuentes para el estudio del armamento de los celtiberos, la tercera representa la procedencia del ritual funerario y de los elementos característicos de las necrópolis de la fase inicial, y la última muestra el origen de varios objetos de ámbito funerario de la fase II.

Un muy notable grado de detalle en el análisis de las panoplias lo obtenemos en el siguiente trabajo, obra de Carlos Sanz Mínguez, quien trata acerca de las panoplias prerromanas en el centro y occidente de la Submeseta norte peninsular (pp. 87-133). Como A. J. Lorrio había tratado la Meseta oriental o área celtibérica *sensu stricto*, el autor, tras unas notas metodológicas específicas de los problemas del registro arqueológico de la zona, se centra en el Duero medio o ámbito vacceo (con estrechas conexiones con el alto Ebro-alto Pisuerga) y en el foco sudoccidental vetón. Espadas, puñales, armas de asta, escudos, cuchillos y otros elementos son minuciosamente estudiados en cada uno de los dos ámbitos mencionados. El estudio se acompaña de ricas y variadas ilustraciones. Como conclusión, destaca Carlos Sanz la diferencia de panoplia en cada ámbito, siendo el vetón más permeable a influencias -entre ellas la del oriente meseteño- y por tanto más rico tipológicamente, mientras que la relativa autonomía del Duero medio-alto Ebro pone en duda el «modelo celtiberizador de cuño oriental meseteño» y permite pensar en modelos alternativos que cuenten más con el aporte de la propia zona vetona y de la vaccea.

La cuarta contribución es de Pilar Ciprés y versa sobre instituciones militares indoeuropeas en la Península Ibérica (pp. 135-52). Leyéndola se advierte cómo la importancia que otorgaban los anteriores autores al registro arqueológico es sustituida en este estudio por los textos literarios. Tras unas cuestiones previas sobre la forma de manejar dichas fuentes pasa a buscar en ellas referencias a la guerra indígena, al contingente militar celtibérico y a los propios guerreros, realizando siempre comentarios a los textos y aclaraciones al sentido de algunos términos.

Francisco Romeo Marugán titula su contribución “Las fortificaciones ibéricas en el valle medio del Ebro y el problema de los influjos mediterráneos” (pp. 153-88). Comienza lamentando el retraso de los estudios en este sentido con respecto al Levante y al sur y como consecuencia los problemas que existen en la datación de muchas fortificaciones y a continuación realiza una crítica de las influencias mediterráneas que se han querido ver en los sistemas defensivos ibéricos del valle medio del Ebro, bien directamente a través de los griegos o por medio de mercenarios ibéricos que regresarían a sus hogares. Sin entrar evidentemente en el estudio completo de los sistemas defensivos clásicos helenos del siglo IV a. C. sino sólo utilizando datos de éstos de manera esporádica, pasa a continuación al análisis de los fosos, las puertas y accesos, las murallas, las torres, los trazados y los construc-

tores de murallas. Con respecto a los fosos, una de las conclusiones más claras que obtiene es que los que poseen anchuras de alrededor de 10 m. pertenecen a yacimientos estrictamente ibéricos mientras que los que se acercan o superan los 20 m. son lugares “intensamente romanizados” (p. 162). En el caso de las puertas y accesos, la conclusión es semejante: “salvo en yacimientos romanizados, no encontramos ningún elemento de corte helenístico en los accesos” (p. 166). En las murallas advierte que las fundaciones del Cabezo de Alcalá de Azaila y de la Romana de La Puebla de Híjar parecen tener precedentes clásicos, pero no así las de la mayoría de los yacimientos. Rechaza que se pueda hablar de emplecton en los lienzos defensivos de la zona y para los pocos sitios con murallas de cajones ofrece un “claro origen itálico” (p. 168). A la hora de hablar de las torres reconoce que la adquisición de la planta rectangular pudo deberse a un influjo mediterráneo y más concretamente púnico “pese a que constituya un influjo meramente técnico y no estratégico” (pp. 170-1). En cuanto a las murallas, piensa que la aparición más o menos canónica de las del tipo de cremallera o de cortinas oblicuas es debida a un origen itálico. La conclusión de todo lo anterior la expone en la p. 175: “[...] podemos concluir que no existen elementos en el valle medio del Ebro que permitan afirmar la influencia directa de los sistemas defensivos clásicos con anterioridad a la presencia de Roma, dejando a un lado la influencia técnica púnica en la construcción de obras cuadrangulares”. Finalmente trata acerca de la posibilidad de que existieran equipos de trabajo especializados en la construcción de fortificaciones en el Bajo Aragón a mediados del s. III a. C., los cuales detecta especialmente en partes de La Tallada de Caspe, San Antonio de Calaceite y Els Castellans¹, tres lugares muy cercanos en el espacio y el tiempo. Piensa que la planificación previa de fortificaciones puede estar indicando la presencia de profesionales instruidos en ambientes helenizados, pero que en el marco objeto de estudio “su trabajo permanece todavía inédito” (p. 178) y que por tanto conviene considerar como una hipótesis de trabajo.

El último trabajo del libro, obra de Pierre Moret, se titula “Les fortifications ibériques complexes. Questions de tracé et d’unité de mesure” (pp. 189-215). Comienza por señalar que la mayor parte de las fortificaciones ibéricas de la II Edad del Hierro revelan una concepción rudimentaria y que hay unos pocos recintos que escapan a tal concepción por diversos motivos (políticos, estéticos y necesidades militares). Pierre Moret se centra en su estudio en la regularidad de los planos de estos últimos recintos toda vez que en otro lugar² abordó varios aspectos de las defensas y la calidad del material empleado. Las guías primarias son para él la existencia de un eje de simetría y la aparición a intervalos regulares de torres u otro tipo de elementos, dejando el análisis metrológico en un segundo lugar debido a los complejos problemas que presenta y que desgraciadamente no han sido muy tenidos en cuenta por la investigación, y por tanto avisa que los resultados obtenidos no son sino preliminares en lo referente al valor métrico exacto de la unidad de medida. Los yacimientos que analiza son siete: Emporion (Ampurias, Gerona), El Puig de Sant Andreu (Ullastret, Gerona), La Picola (Santa Pola, Alicante), Turó del Montgròs (El Brull, Barcelona), Casol de Puigcastellet (Folgueroles, Barcelona), Castellet de Banyoles (Tivissa, Tarragona) y Torreparedones (Castro del Río, Córdoba). Concluye que ha habido diversas unidades de medida —hasta cinco— que se han sucedido o han coexistido entre los ss. V y II a. C. y que aparecen en otras tantas tradiciones arquitectónicas reflejando el carácter híbrido y polimórfico de la arquitectura militar ibérica. Por un lado, advierte un

¹ Utilizaré en general los NNL (nombres de lugar) tal y como aparecen en la obra.

² P. Moret, *Les fortifications ibériques. De la fin de l’âge du bronze à la conquête romaine*, Madrid, 1996. (Collection de la Casa de Velázquez n.º 56).

“aire foceo” en Ampurias, Ullastret y La Picola. Por otro, distingue un modelo local en las fortificaciones ausetanas analizadas (Turó del Montgròs y Casol de Puigcastellet). En tercer lugar, advierte la existencia de unos patrones helenísticos en Tivissa y Ampurias y, finalmente, señala la posibilidad de que exista un modelo arquitectónico púnico en Torreparedones.

En definitiva, un libro interesantísimo para conocer algo más de la guerra en los mundos denominados ibérico y celtibérico entre los ss. VI y II a. C. y que, aun cuando haya tardado el seminario seis años en plasmarse en papel, contiene una serie de reflexiones metodológicas y de minuciosos análisis tipológicos que resultarán todavía hoy de plena vigencia y actualidad.

Fernando FERNÁNDEZ PALACIOS
Universidad del País Vasco

C. AUVRAY-ASSAYAS, (ed.), *Images romaines. Actes de la table ronde organisée à l'École normale supérieure, (24-26 octobre 1996)* par Florence Dupon et Clara Auvray-Assayas, Presses de l'École Normale Supérieure, París, 1998 (Études de Littérature Ancienne, tome 9) [ISBN: 2-7288-0243-2].

La edición de las actas de la tabla redonda organizada en la Escuela Normal Superior de París y llevada a cabo entre el 24 y el 26 de octubre de 1996 en dicho centro bajo el tema de *Imágenes Romanas* me hace, en primer lugar, dejar apuntada una primera reflexión, y es la dificultad hoy por hoy de que contenidos y perspectivas similares a las aparecidas en el volumen sean abordadas tan densa y profundamente por buena parte de nuestros investigadores.

El libro, aparte del índice y de la introducción de la editora (pp. V-IX), se compone de cuatro bloques temáticos. El primero de ellos, titulado “Modas y sistemas de representación en la religión romana” (pp. 1-69), contiene cuatro aportaciones, la primera de las cuales corresponde a M. Beard, que titula su trabajo “Imágenes de la castración o Attis en Ostia” (pp. 3-12). En él intenta demostrar lo relevante de la experiencia antropológica de la imagen y para ello escoge un hecho humano, la religión, que plantea de la manera siguiente: la religión es una forma de representación; las verdades religiosas existen en tanto que representaciones; la religión es un caso límite de representación. Para ilustrar estos puntos acude a dos figuras, una de las cuales es la inscripción de *Marcus Modius Maximus [sic]* conservada en el Vaticano en donde aparece, sobre una cista, un gallo. En el frontal de dicha cista, aparte de *M. Modivs Maximvs*, se lee ARCHIGALLVS COLONIAE OSTIENSIS, pero entre *archi* y *gallus*, así como también entre *colo* y *niae* y *osti* y *ensis* se representa una flauta de Pan. La autora apunta la sugestión musical de tal inscripción e interpreta la música como el equivalente metafórico del santuario de la *Magna Mater* en Ostia, lugar de procedencia de la pieza.

La segunda aportación (pp. 13-35) se refiere a diversas consideraciones acerca de la representación figurada de los Juegos Seculares en las monedas. La tercera (pp. 37-60) se ocupa de las imágenes del dios *Silvanus* en el Occidente romano, centrándose especialmente, a través de la iconografía y la epigrafía, en el Silvano galorromano como divinidad nocturna y en su proceso de aculturación a través de *Sucellus* en una doble vertiente: por un lado la asimilación indígena en lo extranjero y por otro la integración extranjera en lo indígena. Después del estudio de 70 inscripciones a Silvano descubre que más de un cuarto hacen la representación de *Sucellus* con el mazo de madera (p. 42), concluyendo que dicho *Sucellus* es un producto de la *interpretatio*, que en la Narbonense se dio una asimilación precoz de *Sucellus* (principios del siglo I d. C.) y que se asociaría a rituales funerarios aristocráticos (p.

51). Hace notar que en las tres Galias y en las Germanias la integración de Silvano en el mundo indígena no fue sensible hasta el siglo II d. C. mientras que en *Britannia* triunfó el modelo romano. En lo que a *Hispania* se refiere, dice que allí y en la Galia cisalpina no hay particularismo en la *interpretatio* a propósito de Silvano.

A continuación Odile Ricoux ofrece la que es quizá la aportación más polémica (pp. 61-9) y que versa sobre el grafito descubierto en 1856 en el *Paedagogium* del Palatino representando a un crucificado onocéfalo que se data en la época de los primeros antoninos. Para hacerse una idea del contenido basta decir que de entrada expone su visión en el sentido de que parece claro que el dios único de los judíos es el heredero de una antigua divinidad sumeria y después semítica, Dios-Cielo, asimilada a un asno (pp. 61-2).

El segundo bloque, dedicado a “Imágenes e Ideologías” (pp. 71-173), se abre con una contribución que se ocupa de algunos usos romanos del retrato pintado en la época medio-republicana (pp. 73-89). Para su análisis advierte de la conveniencia de acudir también a los textos *literarios* (utiliza por ejemplo a Plinio a propósito de sus menciones a pinturas de grupos familiares llamadas *cognationes*) y subraya el rol que tuvieron en el desenvolvimiento de la propaganda gentilicia, su relación con las máscaras de cera, su desarrollo a fines del siglo IV y en el III a. C. y el espacio figurado que cubrían un poco a caballo entre las máscaras de cera y las estatuas. Seguidamente Gilles Sauron aborda la transposición ornamental en Roma (pp. 91-114) y la trata en gran parte desde el punto de vista de las relaciones entre estética e ideología. Martin Galinier, por su parte, se acerca a la imagen pública de Trajano (pp. 115-41). Subraya la importancia de tener en cuenta que Heracles, protegido de Zeus, era para los estoicos el modelo mítico del Buen Soberano (p. 120) y que Trajano se asimiló a un Hércules que estaba bajo el patrocinio de Júpiter, dando lugar al pragmatismo, a la reflexión política y a un peculiar “arte de la memoria”. Pierre Gros aporta unas reflexiones acerca del bárbaro humanizado o los límites de la *humanitas* (pp. 143-59), recurriendo para ello tanto al galo como al celtibero, al dacio como al parto. Piensa que el bárbaro humanizado es en realidad ya un bárbaro asimilado o en vías de asimilación (p. 143) y que en consecuencia el requisito previo para reconocer la *humanitas* era el grado de “romanización”. El bloque concluye con un texto sobre las imágenes de guerra en la poesía oficial de la Antigüedad tardía, centrándose en concreto en la *Joánida* del “tunecino” Coripo. La *Joánida*, en la que Vincent Zarini descubre en alguna ocasión modelos de la Eneida, es una epopeya panegírica en 8 libros (4667 versos) que se escribió hacia mediados del siglo VI d. C. y cuyo protagonista es *Iohannes Troglita*, que fue enviado por Justiniano a África en 546 d. C.

El bloque tercero, dedicado a “Poéticas y Retóricas de la Imagen” (pp. 175-260), comienza con una contribución que se ocupa de la casa romana como imagen y lugar de memoria (pp. 177-91). Catherine Baroin, su autora, se detiene en la ornamentación y establece un paralelismo entre la estructura de la casa y la del discurso (p. 181). Seguidamente Pierre Cordier se detiene en la muerte de Pompeyo (pp. 193-206), la compara con la de César y concluye que Pompeyo es el equivalente de Agamenón con su indiferencia filosófica, su *gravitas* y su metamorfosis trágica. A continuación Basil Dufallo trata acerca de los espectros del pasado reciente en la obra *Pro Sex. Roscio Amerino* de Cicerón (pp. 207-19), que se data en 80 a. C. y está considerado el primero de sus grandes discursos, que se pronunció a fines de 80 a. C. cuando todavía estaba Sila en el poder y en el que defiende a *Roscius* de la acusación de parricidio. Después de unas consideraciones generales acerca de fiestas romanas relacionadas con el retorno de espíritus al mundo de los vivos (*mundus*, *Parentalia*, *Lemuria*) y datos *literarios* —advirtiendo que en ocasiones hay relación entre complots contra el Estado o guerras civiles y las apariciones—, aborda en particular el motivo de las *domesticae Furiae* de los muertos que atormentan a los parricidas y concluye que Cicerón las nombra con el objeto de apartarlas del Estado o más bien de la ideología que él defiende.

Jacqueline Fabre-Serris es la autora de la siguiente aportación, que versa sobre poética y estética en la concepción de la imagen-reflejo en Ovidio (pp. 221-33), concretamente acerca de la *retractatio* por parte de Ovidio del mito de Narciso (*Metamorfosis* III, 463) con respecto al verso virgiliano de la *Bucólica* II (II, 27) *...si nunquam fallit imago*. Después de remarcar la posición de Séneca respecto a la imagen-reflejo y a las artes de la representación —que está prácticamente en las antípodas de la de Ovidio— afronta el tema desde la perspectiva de que la imagen reflejada en el agua es considerada como el modelo natural de la obra de arte y de que de esta manera el texto que da pie al mito de Narciso en la versión de Ovidio es el de la elegía I,20 de Propertio, escrita en honor de Galo y opuesta a las *Bucólicas* II y X. También está inspirado en dicha elegía el pasaje ovidiano de la aventura de Hermafrodita, y es que la autora sospecha que la conexión entre seducción y cuerpo visto en el agua puede haber sido un motivo utilizado por Galo. Asimismo acude a la narración de Pigmalión que hace Ovidio (*Metamorfosis*, X, 250) para mostrar que aparece como un equivalente de la de Narciso a partir de una versión nueva de la idea de que el espejo es el modelo natural de la obra de arte, y todo ello en un contexto dominado por *Dionisos*, que es el dios al que recurre Ovidio para oponerse a la ideología del Principado, que postula un universo inmóvil y jerarquizado.

La siguiente contribución es obra de Catharine Edwards y discute la forma de representación de Roma (pp. 235-45), constatando que los romanos no se sintieron satisfechos de tal representación porque se concentraba en la apariencia de la ciudad en un momento histórico particular. Para ello comienza por traer a colación varios pasajes de Plinio el Viejo, Amiano Marcelino y Elio Aristides, de los que se deduce que Roma es inabordable por magnífica. Ante este hecho los artistas recurrieron a la personificación, y cuando no fue así, como en el caso de la *Forma Urbis* marmórea de época severa y sus posibles predecesoras, el hecho de que reflejaran un momento particular las hacía inmediatamente decepcionantes a los ojos romanos porque era virtualmente imposible la contemplación de Roma sin la dimensión del tiempo y así la Roma real sólo podía ser evocada por la imaginación y en última instancia correspondía a la de los primeros tiempos (repárese, aun cuando sea una obra posterior en siglos, en el plano fragmentario de Piranesi de 1748). El bloque tercero termina con un trabajo de Florence Dupont sobre la figura del doble (*imago*) en la comedia romana (pp. 247-60), comenzando por apuntar que la palabra *imago* pertenece al vocabulario técnico de los rituales funerarios ya que sirve para designar a la máscara fúnebre que se ponía un “actor” a la hora de la *laudatio funebris*, y que el término sirvió también para designar el doble de un personaje en el teatro. Para ilustrar esto estudia tres usos diferentes de *imago* en las comedias: dos personajes y una sola identidad (*Amphitryon*), un personaje y dos identidades (*Miles gloriosus*) y, por último, el cambio de identidad (*Los Cautivos*). En el primer uso la *imago* está constituida por *forma* y *status* y por lo tanto no hay que confundirla con la *persona* (máscara de teatro) ya que en última instancia la identidad de un hombre la caracterizan la *imago* y el *nomen*. En el segundo uso la *imago* se refiere a la identidad visible asociada a un nombre y por lo tanto se encuentran aquí las características de la *imago* fúnebre. En el tercer tipo la *imago* está tan estrechamente unida a la identidad que puede en determinados contextos prescindir del parecido físico.

El cuarto y último bloque se dedica a imágenes y construcciones teóricas (pp. 261-310) y lo abre Yan Thomas con un trabajo sobre los ornamentos, la ciudad y el patrimonio (pp. 263-84). Apunta cómo en ocasiones el mármol y las columnas constituyeron para los escritores romanos los ornamentos por excelencia a partir de y en los cuales se añadían otros elementos supletorios de embellecimiento, y cómo el *ornatus* está asociado a la eternidad del mundo romano que huye de la *vetustas*, como parece desprenderse de dos senadoconsultos de los años 44 y 56 que fueron complementados por edictos de Vespasiano y Alejandro

Severo. También analiza cómo el ornamento estaba legalmente asociado más que a un edificio en concreto al patrimonio de una persona y, en definitiva, a una unidad institucional. El segundo trabajo de este último bloque es obra de Philippe Moreau y versa acerca de “L'impossible représentation de la parenté” (pp. 285-98). Tras nombrar las representaciones mentales tradicionales que en forma de metáfora se dice que servían a los romanos para entender el parentesco (por ejemplo, la sangre), prefiere centrarse en las metáforas esencialmente espaciales, distinguiendo tres: la proximidad, la contigüidad y la lejanía, que son la base de las 3 principales categorías de parentesco de los doctos (sobre todo de los juristas): la *cognatio*, la *agnatio* y la *adfinitas*. No obstante, advierte que constituyen una suerte de *continuum*. Una vez desbrozado el camino pasa al estudio concreto de algunos casos de representaciones figuradas, tanto anepígrafas como epígrafas. El volumen se cierra con un trabajo de la editora, Clara Auvray-Assayas, sobre imágenes mentales y representaciones figuradas, centrándose en la forma de “penser les dieux au Ier siècle av. n. è” (pp. 299-309). Explica cómo la idea epicúrea de concebir antropomórficamente a los dioses fue sometida a revisión entre los años 70 y 45 a. C. por parte quizá de Lucrecio y Filodemo pero sobre todo de Cicerón en *De natura deorum*. Ello se debió a las limitaciones inherentes a la propia visión epicúrea de la imagen divina y dio pie a una densa reflexión acerca de la doctrina de Epicuro por parte de los romanos tendente a distinguir teología e imagen mental.

Fernando FERNÁNDEZ PALACIOS
 Universidad del País Vasco

AMIGOS DE LA HISTORIA DE CALAHORRA (eds.), *Así era la vida en una ciudad romana: Calagurris Iulia*, Calahorra (La Rioja), 2002, 207 pp. [ISBN: 84-93428-2-4].

He aquí un libro que pese a su carácter eminentemente didáctico resulta imprescindible para conocer la actualidad de la investigación sobre el municipio calagurritano en época romana. Es además ambicioso en el sentido de que aborda prácticamente todos los temas, aun cuando para algunos de ellos los datos concretos de *Calagurris Iulia* sean casi inexistentes o no hayan sido aprovechados a fondo. Así, de las 6 partes que tiene el libro (además del prólogo, la bibliografía y los índices), mientras que las dos primeras, referentes a la Historia y a la ciudad romana, son utilizadas para ofrecer ricos y cuantiosos datos del lugar, en las otras partes hay capítulos muy generales que no obstante sirven para el propósito didáctico del libro. De esta manera, en la parte III hay un capítulo sobre el gobierno de la ciudad que sólo descende a detalles de *Calagurris* al principio y final del artículo y algo similar ocurre en el dedicado al mercado. Donde se acentúan más las generalidades es en la parte IV, “Usos y costumbres”, en particular en los capítulos de la vida en familia y los hábitos culinarios. En el de la importancia de la imagen se recurre, al igual que ocasionalmente en el de juegos y pasatiempos, a ofrecer fotos de materiales recuperados en el lugar. Otro capítulo muy general es el dedicado a la muerte y el más allá de la parte V, “La vida religiosa”.

Parece evidente la necesidad de resaltar la importancia que tiene el hecho de que se posea para la *Calagurris* romana un plano como el que, elaborado por Ane Lopetegui, se nos muestra en las pp. 26-7, el cual da cuenta de los puntos objeto de intervenciones arqueológicas y permite de esta manera a los investigadores guiar sus esfuerzos y elaborar hipótesis con mayor facilidad y eficacia.

Como es prácticamente inevitable hay diversas erratas, por ejemplo, la referencia a Espinosa, 1995 de la p. 4, que probablemente esté por Espinosa, 1994 —y no es la única que

he detectado en este sentido—, o hablar de época flavia (s. I a. C.) (p. 133) cuando es obviamente s. I d. C., o el final súbito de la p. 149, pero lo anterior no desmerece el resultado final del libro con sus bastante claras ilustraciones y fotografías pese a estar en blanco y negro, y con sus útiles índices *rerum* y *geographicus*, aparte del general.

La Calahorra actual ha tenido vestigios arqueológicos de los que otras ciudades de *Hispania* no pueden presumir, como por ejemplo el circo, del que se calculan unas medidas de 375 x 80 m. (p. 64) y del que nos han llegado representaciones en la cerámica producida en el alfar de la Maja por el taller de *G. Valerius Verdullus*. También a través de la producción de este taller y otros indicios enumerados por Javier Garrido Moreno en las pp. 161-2 se sospecha con buen fundamento que hubo un anfiteatro. Por cierto que la contribución de dicha persona no está exenta de una justificada indignación por la continua destrucción del patrimonio arqueológico de la ciudad (p. 154) y termina con una apasionada petición de no juzgar los *munera* gladiatorios porque «[n]o es nuestro cometido, ni tenemos derecho moral para hacerlo», palabras dirigidas a la línea de flotación de nuestro *primer* mundo. La rica y variada producción del taller de *G. Valerius Verdullus* también sirve de guía en una de las fiestas municipales, las *Saturnalia*¹, y quizá cuando sus materiales sean completamente publicados pueda servirnos para conocer algo más de otras fiestas calagurritanas de época romana ya que se apunta al final (p. 172) del capítulo dedicado al calendario religioso municipal por parte de Carlos Espejo Muriel que *Verdullus* “nos ofrece en su producción una especie de calendario portatil [*sic*] con representaciones de los meses del año, fiestas a Ceres, las Saturnales, etc.”.

El profesor Antonino González Blanco, en la última de las partes (VI. “Hacia el Medioevo”) se ocupa de los tiempos que van de la Antigüedad Tardía al comienzo de la Alta Edad Media. El capítulo tiene importancia por muchas razones, entre otras porque al ser el autor un especialista en esos tiempos al lector interesado le sirve para conocer la visión que de tales épocas tiene actualmente el profesor González Blanco. Hay que decir que la pintura que nos traza es lógica y consecuente pero no me resisto a dejar apuntado que me parece un panorama quizás demasiado sombrío en su interpretación de algunos datos que, por otra parte, son correctos en general: las termas se abandonan —llega a decir en la p. 185 que “la gente deja de lavarse”—, los espectáculos caen en el olvido, la mentalidad cristiana temprana con su culto a los mártires y su lucha contra el Mal tiñe de pesimismo los corazones, los robos y otros actos delictivos están a la orden del día y la Economía tiende cada vez más a sustituir la agricultura por la ganadería, la caza y la pesca. El comercio deja de ser “relevante para la vida de la mayoría de la población” (p. 181), se generaliza la pobreza y la gente huye a las montañas, se sacraliza el tiempo y el silencio adquiere relevancia (los monasterios son su máximo exponente) frente al don de la palabra de tiempos clásicos, se empobrece el urbanismo, cobrando una gran importancia en las ciudades sus murallas y torres, se recuperan las tradiciones indígenas prerromanas, se tiende a satisfacer sólo lo más elemental de las necesidades primarias, se ruraliza la vida urbana y cobran auge los localismos —como ejemplo, los límites del culto a los santos mártires calagurritanos Emeterio y Celedonio— debido al deterioro de las vías de comunicación, “el microcosmos se convierte en macrocosmos por falta de perspectiva” (p. 184), la impotencia frente a la enfermedad facilita el recurso a “poderes sobrenaturales” de todo tipo, etc.

El profesor González Blanco incluso se hace eco de la siguiente afirmación: en algunas partes el nivel de vida se hunde hasta “niveles del paleolítico” (p. 186) y ofrece una explica-

¹ Sobre el particular pueden consultarse más datos, con bibliografía, en U. Espinosa, *Calagurris Iulia*, Logroño, 1984, pp. 130-2.

ción que me parece ingenua de la conquista musulmana de la Península: “fue posible porque los habitantes de ella creyeron que Dios la daba a los vencedores y no opusieron resistencia alguna, así de simple” (p. 186).

La bibliografía del libro ocupa las pp. 189-99 y en ella quien se haya visto atraído por cualquiera de los muchos aspectos tratados en los distintos capítulos tiene el trampolín necesario para impulsarse con firmeza en su intento por satisfacer la curiosidad o por seguir las investigaciones con la garantía de que prácticamente todas las novedades fundamentales hasta la publicación del libro están recogidas en el listado.

Fernando Fernández Palacios
Universidad del País Vasco

Yann LE BOHEC (ed.), avec la collaboration de J.-F. Berthet, G. Brizzi, V. Giuffrè, J.-M. Lassère, J.L. Voisin et C. Wolff, *Les discours d'Hadrien à l'armée d'Afrique. Exercitatio*. Paris, Editions De Boccard, 2003, 172 pp. [ISBN: 2-7018-0158-3].

El estudio del Discurso de Hadriano a los soldados de África, en su visita al campamento de *Lambaesis* en el verano del año 128, era uno de esos temas estrellas relativos al ejército romano que estaba pendiente de un buen estudio, como el que ahora se presenta bajo la dirección, y con la participación, del profesor Yann Le Bohec, uno de los mejores especialistas actuales en el estudio del ejército romano.

El Discurso se presenta en un soporte epigráfico singular: el revestimiento de las esquinas que formaban los cuatro ángulos de una gran base que sustentaba una columna conmemorativa de la visita del emperador Hadriano (ver aquí la reconstrucción en págs. 50-51). El conjunto ha llegado incompleto, pero es posible restituirlo en gran parte, y, por supuesto, a partir de los trozos que han llegado hasta hoy se puede captar ampliamente el contenido y espíritu de esta arenga a los soldados, a cada una de las unidades que participaron en una parada exhibitoria en honor del emperador.

Son muchos los aspectos interesantes, y ninguno de calado menor desde el punto de vista histórico, que nos proporciona este documento/monumento. Uno de ellos es que se trata de un discurso pronunciado y escrito por el propio Hadriano. Es decir, se ha recuperado —con el ensamblaje verdaderamente meritorio de un gran puzzle de fragmentos placas inscritas— grandes trozos del texto original, y además se han comentado en su contexto. Un segundo aspecto importante es que el discurso puede tomarse, si se me permite la expresión, como un mini tratado de estrategia. La comparación pertinente en este tema, y en este tiempo hadriano, es, claro está, la *Táctica* y la *Expetio contra Alanos*, dos obritas fundamentales sobre tácticas de campo y maniobras militares del ejército romano imperial, escritas por Flavio Arriano, que fue legado de este emperador en Oriente. Hadriano y Arriano son, en todos los aspectos, además de amigos, dos hombres brillantes; de esos que dieron verdadero lustre a la justamente llamada *aurea aetas* del Imperio. Sobre Hadriano y Arriano y los “préstamos” de sus “teorías” militares, ver en este mismo volumen las págs. 31-38.

Como se avanza en la introducción, son varios los textos epigráficos que recogen discursos o partes de discursos pronunciados por Hadriano en varios lugares, militarizados, del norte de África, el principal *Lambaesis*, pero también en Zraïa; de modo que puede, y debe, hablarse de “los discursos” de Hadriano. Los investigadores no ocultan las dificultades que han tenido para investigar en la actual Argelia, *in situ*, o en depósitos arqueológicos de los museos. Pero el proyecto ha fructificado. Y se han rescatado, dando solidez al conjunto, las palabras imperiales, que nos muestran un aspecto poco conocido del Hadriano intelectual,

que se nos revela como un teórico de la guerra. La colecta de todos estos textos dispersos añade mérito al trabajo. Esta gran cantidad de documentación, lleva a Le Bohec a anticipar la hipótesis de trabajo siguiente: Hadriano viajó expresamente al norte de África para inspeccionar las tropas, presenciar sus ejercicios, y comentarlos en presencia de sus soldados, y arengarles si lo creyera preciso. Esta teoría relega a segundo lugar aquellas interpretaciones de los historiadores, siempre genéricas, que decían que la visita a las tropas era sólo una pequeña parte de una especie de “viaje turístico” del emperador, o bien, como también se ha sugerido, buscar un público fiel para exhibir su arte oratoria.

La perspectiva estrictamente militar que ahora se le otorga a esta visita imperial plantea problemas de mayor envergadura que afectan a la política imperial, o en particular a la política pacifista de Hadriano. Paz sí, ¡pero siempre alerta!, es decir, la frase tópica *si vis pacem para bellum*. Yendo un poco más lejos podríamos preguntarnos —y así lo hacen los historiadores que colaboran en este volumen— en qué medida este viaje militar se hizo para (o prelude) la futura partición provincial —la segregación de Numidia de la Proconsular— por razones de defensa y estrategia, “provincial”. Aunque tal división no se produjo en tiempos de Hadriano, su visita, indudablemente, obedecía a razones de supervisión técnica, como parte de aquella “gran estrategia” de la que han hablado muchos, o, mejor en este tiempo de la búsqueda de una estrategia equilibrada.

La primera parte del libro estudia el contexto, a través de cuatro capítulos, respetivamente “Hadrien et l’armée” (Yann Le Bohec); “Au miroir des discours d’Hadrien: hommes et valeurs militaires” (Jean-Louis Voisin); “L’armée d’Afrique au temps d’Hadrien” (Yann Le Bohec); “Q. Fabius Catullinus, légat de la III^e légion Auguste” (Catherine Wolff). Todos estos estudios inciden en un aspecto fundamental: el elemento humano; y si hablamos de “contexto”, pues tratan en particular del entorno de oficiales y autoridades que formaron “la compañía” del emperador en la visita, como el legado Fabio Catulino, que expresó con temor religioso su miedo que hiciese mal tiempo durante la visita imperial preanunciada; pero también desfilan por aquí algunos oficiales destacados, tribunos y centuriones.

La segunda sección del libro es estrictamente epigráfica. Narra, primero, la aventura de la reconstrucción del texto maestro, reconstruido a partir de lo que queda del monumento (ver fotos en págs. 67-72) así como los numerosos fragmentos editados parcialmente y en publicaciones de toda índole y calaña. Son muchas las ediciones antiguas (que se pueden rastrear en *l’Année Épigraphique* desde la primera década de 1900), unos 50 fragmentos (págs. 59-66), a los que hay que añadir otros tantos, releídos, nuevos o contextualizados (págs. 73-76).

El capítulo consagrado al establecimiento del texto (en el que ha trabajado el equipo Berthet, Lassère, Le Bohec, Wolff) va precedido de una presentación general, y se nos da, enseguida, la secuencia de los textos o paneles “por jerarquía”. Así, el texto 1, contiene la dedicación del monumento. El texto 2 contiene el preámbulo del discurso a los legionarios, y la fecha. Los textos 3 y 4, las palabras del emperador a la infantería legionaria. Y éste último el inicio de las palabras para la caballería de la legión. El n.º 5 para una unidad mixta desconocida de tropas auxiliares. El n.º 6 las palabras dirigidas a los jinetes del ala I de los Panonios; que concluye en el fragmento 7, que es también donde se inicia el discurso a los infantes de la cohorte VI de los Comagenos. El texto 8, muy deteriorado, pues apenas quedan unas palabras sueltas, no permite siquiera saber a qué unidad iba dirigido el discurso, aunque C. Wolff propone aquí que se trata de la *cohors II H[amiorum]*? (ver págs. 95-97 para la discusión). Otro tanto podemos decir del fragmento 9, mucho mayor que el anterior, pero del que tampoco podemos conocer el cuerpo de tropa destinatario, aunque indudablemente se trata de *auxilia*. Bajo la signatura §10 se recogen textos fragmentarios de distinto interés y extensión, siendo con diferencia el más importante el 10.1.1, que hace una alusión, bastante compleja de interpretar, al *signum*. A continuación se serían multitud de pequeños

fragmentos, inconexos entre sí, y en los que se ha hecho un gran esfuerzo de interpretación epigráfica y de contextualización.

En las páginas 115-116 se nos da una traducción moderna del conjunto, debida a Wolff y Bethet. Después Le Bohec analiza “las tripas” de la inscripción, esto es, las letras, el tipo de escritura, semicursiva.

La tercera gran sección del libro trata acerca de la *exercitatio*, por tanto de la esencia del discurso imperial. Para centrar el contenido, Le Bohec presenta un capítulo sobre “L’exercice militaire et l’armée romaine”, recogiendo en cuerpo y notas las principales aportaciones de la historiografía reciente sobre los autores antiguos que hicieron “ensayos teóricos” sobre tal tema, Arriano, por supuesto, Frontino (en su obra *Estratagemas*), y otros de menor importancia, destacando el papel que la caza y el deporte tenían en la milicia como pseudo-combates, o como *optima praeparatio* del ejercicio puramente castrense. En tal sentido echo de menos una referencia, y no precisamente corta, a la figura de *Mars Campester* y a los *ludi martiales*, que tuvieron mucha importancia.

Complemento del trabajo anterior es el de Giovanni Brizzi que estudia “L’età di Adriano: armamento e tattiche” (págs. 133-147), muy bien documentado. Se centra sobre todo en los “elementos” extranjeros (persas, por ejemplo) adaptados o incorporados en las tropas auxiliares del ejército imperial, principalmente la caballería. Pero, puesto que se habla de tipos de armas y de equipamiento, se echa en falta un mínimo aparato gráfico, que deviene casi indispensable para este tema.

El jurista Vincenzo Giuffrè colabora en este volumen con un estudio titulado “*Armorum exercitio e castrorum disciplina secondo Adriano*”, que no habla tanto de ejercitación de las armas como del *concepto*, tan importante por lo demás, de disciplina: la *disciplina exercitus* que deviene, y en este escenario africano, en este momento más que nunca, en una *disciplina Augusti*. En este trabajo se maneja en general una bibliografía anticuada, cuando no incompleta. Por ejemplo, la alusión a los *collegia in castris* es extemporánea a la época hadriana, y en la nota 7 (de pág. 160) falta consultar o citar —y ruego que se me disculpe la inmodestia— mi monografía titulada *Collegia militaria. Asociaciones militares en el imperio romano*, Madrid 1999 (600 págs.)

La obra concluye con un balance final, un índice epigráfico [de vocablos], y una bibliografía fundamental (no toda la que aparece en notas a pie de páginas).

En definitiva, el trabajo, que es epigráfico en su motivación y en su soporte textual, es más que una mera edición de un “epígrafe militar” convencional sobre piedra. Es, ante todo, un envidiable ejemplo de trabajo en equipo, donde las contribuciones, salvo excepción, no van en caminos paralelos, diciendo cosas distintas sobre el mismo objeto de estudio, sino que se complementan y se cruzan para dar una visión de conjunto que explica, desde la perspectiva histórica, un documento excepcional del que pude decirse perfectamente que ha sido rescatado de las ruinas — también de las ruinas del olvido histórico—, olvido que es más imperdonable por cuanto ya se tenían muchas noticias del mismo, todas incompletas o inexactas, además de la importancia de saber que eran las palabras del emperador Hadriano dirigidas *en persona* a sus soldados, a los soldados de Roma.

Las enseñanzas son muchas: cambiar en cierta medida la idea que se tenía de Hadriano como un emperador muy preocupado por los viajes de placer y muy poco interesado por el ejército; también permite vislumbrar el interés del emperador por asegurar la defensa de la frontera meridional en vistas a su mejor defensa así como a posibles reformas administrativas. Naturalmente, se ha recuperado también “la idea general”, la forma, del monumento honorífico, y, cómo no, la gramática retórica de un hombre de letras, Hadriano, que aquí vino a inspeccionar los ejercicios de los soldados, aunque también podemos comprobar, a través de esta verdadera *editio princeps* del monumento, cómo este viaje fue también un “test de

buen gobierno” para el propio emperador, quien, atenor de lo visto, realizó sus ejercicios de rétor (ver *ad hoc* las págs. 149-158) y de gobernante con nota sobresaliente.

Sabino PEREA YÉBENES
Universidad de Murcia

Trinidad NOGALES BASARRATE (ed.), *Materiales y técnicas escultóricas en Augusta Emerita y otras ciudades de Hispania*. (Cuadernos emeritenses -20), Mérida, Publicaciones del Museo Nacional de Arte Romano, 2002, 290 pp. [I.S.S.N.: 1695-4521].

A través de esta publicación su directora, Doña Trinidad Nogales, junto con sus colaboradores nos van desgranando los materiales y técnicas escultóricas utilizadas en la Península Ibérica, zona mediterránea, durante la época romana. Se nos muestra un recorrido a lo largo de ciudades tales como Barcino, Tarraco, Valentia, Carthago Nova, Corduba, el Alto Guadalquivir, Augusta Emerita para finalizar en territorio portugués. El periodo que registra este estudio comprende toda la colonización romana desde época tardorrepublicana hasta, en el caso de alguna colonia analizada, época visigoda.

Este trabajo comienza con una introducción general sobre la utilización de escultura en la sociedad romana, haciendo hincapié en la gran difusión de copias. La sociedad romana demandaba un número cada vez más creciente de esculturas griegas. Ciertamente el saqueo tanto de escultura como de cerámica griega no era suficiente para colmar toda la demanda existente. De esta forma surge el uso de copias e imitaciones. Además de este motivo, las copias escultóricas tenían otras finalidades como el deseo de poseer originales a los que no se podía acceder por resultar excesivamente costosos o por encontrarse en lugares alejados. Los originales, procedentes de Grecia y cuyo material era el bronce, eran copiados en mármol.

Las copias escultóricas cumplían una función decorativa o de culto funerario. Constituían un signo de distinción entre la sociedad romana. El gusto por la escultura de la Hélade generó una actividad comercial relacionada con las reproducciones en yeso, moldes preparados en el lugar de los originales, para llevarlos a los talleres locales donde finalmente se realizarían las copias en mármol. Una solución típicamente romana fue que la copia fuera completada con cabezas retrato.

Al noreste de la Península Ibérica los dos mayores centros de producción se ubicaban en Tarraco (Tarragona) y Barcino (Barcelona). Los materiales lapídeos utilizados en estos talleres podían ser locales o de otros puntos del Imperio. Dentro de los materiales locales se utilizaron las canteras de Montjuïc y las situadas en territorio de Tarraco.

Los modelos y técnicas de talla de la ciudad de Barcino proceden directamente de la zona centro-italica ya que los primeros habitantes de dicha colonia tuvieron este origen. Dentro de la técnica escultórica destaca la honda perforación de los ojos dentro de los rostros y un siluetado de figuras mediante un profundo surco.

La colonia de Tarraco sigue desde época temprana las pautas dictadas por la capital del Imperio. Su escultura, en cuanto a material y a técnicas de producción, no tiene ninguna diferencia de las pautas seguidas por la plástica romana. Encontramos diferentes modelos tanto masculinos como femeninos que muestran los habituales huecos de superficie rugosa para la inserción de la cabeza y en algunas también para el antebrazo y la mano izquierda que se sujetaban por medio de pernos.

La escultura realizada en Valentia (Valencia) más abundante es de carácter funerario aunque también encontramos escultura decorativa, honorífica o de carácter votivo. La abundancia de escultura romana en esta ciudad queda atestiguada por los numerosos pedestales conservados.

En Carthago Nova y su entorno destaca la utilización masiva de mármoles procedentes de otros lugares del Imperio. Este material se utilizó en obras procedentes de otros lugares pero también en otras cuyo origen fueron los talleres de la propia colonia. Esta particularidad es debida al puerto instalado en la ciudad, que vinculaba el comercio marítimo desde Italia y el Mediterráneo oriental hasta la zona occidental del Imperio. Los materiales locales son mucho menos numerosos. Destaca el grupo de Mazarrón cuya técnica consistente en el uso de estucados policromos tiene su raíz en la tradición de los talleres escultóricos ibéricos. Muchas de las estatuas de esta región recibían policromías en su totalidad o en parte. Los cuerpos se labraban en una sola pieza ensamblándose posteriormente brazos y cabezas que se realizaban de forma individual.

Corduba (Córdoba) como capital de la Bética durante la época altoimperial alcanzó un alto nivel en el proceso de monumentalización. Se constata en esta colonia, al igual que en otras de la Península Ibérica, la reelaboración de retratos, sobre todo de emperadores, cuya memoria se pretendía eliminar. Como las creaciones de imágenes de Claudio o de Augusto a partir de representaciones de Calígula.

En el caso del Alto Guadalquivir (actual territorio giennense), las esculturas dedicadas al culto en época temprana, de pequeño tamaño, tanto en piedra como en bronce, muy abundantes y de buena fábrica se monumentalizaron junto con las arquitecturas de culto adquiriendo tamaños considerables en época imperial. También se constata la continuidad de los talleres tardeobéricos en los relieves escultóricos de la arquitectura funeraria o en las representaciones zoomorfas.

El análisis realizado de la colonia de Emérita Augusta (Mérida) se efectúa a través de los materiales documentados desde su fundación hasta época visigoda y de las técnicas escultóricas empleadas. La abundancia de materiales de construcción fue una poderosa razón que determinó el emplazamiento de la ciudad, capital de la Lusitania. Los materiales empleados para su construcción fueron granitos y piedras locales, bronce para decoración y mármoles locales. Se constata así mismo una mínima afluencia de mármoles foráneos debido a la dificultad de su transporte por vía fluvial, debiendo ser transportados por vía terrestre.

Las técnicas escultóricas empleadas en esta colonia fueron las del retrato para ajustar en su estatua mediante pernos u otras piezas metálicas.

Concluye el análisis de los materiales y técnicas escultóricas en territorio portugués, parte de la antigua provincia de la Lusitania.

Marta BAILÓN GARCÍA
Universidad Nacional a Distancia

Sabino PEREA YÉBENES, *Hispania romana y el norte de África: Ejército, Sociedad, Economía*, Sevilla, Alfar-Ixbila, 2003, 100 pp. [ISBN: 84-7898-203-5].

Sabino Perea Yébenes, profesor titular de la Universidad de Murcia, editor y autor de una amplia producción de artículos en revistas especializadas y libros sobre la Antigüedad, nos ofrece en este caso de forma espléndida una lograda síntesis de poco menos de cien páginas sobre la relación histórica que el norte de África desempeñó con respecto a Roma entre los siglos I a. C.-IV d. C. En la presente obra Sabino Perea Yébenes no sólo deja constancia de su conocimiento sobre la historia del norte de África en este período, sino que también aporta estudios críticos y filológicos sobre algunas inscripciones. Aunque el título del libro pueda parecer a priori un tanto impreciso con la materia y el ámbito geográfico que uno espera que se abarque, no empero se trata de un título acertado ya que a lo largo de la obra se deja mani-

fiesta la estrecha relación entre Hispania y el norte de África, hecho que, entre otros, aparece justificado con las inscripciones analizadas por el autor.

Siguiendo una metodología más próxima a la analítica y objetiva más que a la erudita, Sabino Perea Yébenes ha combinado razonadamente las fuentes grecorromanas (Plinio, Diodoro, Heródoto, Estrabón o Floro) con los materiales aportados por la arqueología para poder ofrecer un excursus en el que incorpora conclusiones personales como se deja ver en las cuestiones prosopográficas. No obstante, también se ha dejado constancia de que el autor ha manejado los trabajos de autores contemporáneos tales como G. Campo, P. A. Février, J. Rodríguez González o Abascal Palazón, así como estudios anteriores realizados en torno a estas cuestiones. En este sentido hay que indicar que el autor ejerce una labor crítica a la hora de comparar distintas fuentes dejando constancia de su amplio conocimiento en los temas tratados.

Se trata en principio de una obra de fácil lectura utilizando para ello un estilo divulgativo de fácil comprensión, que a su vez se favorece por la presencia de mapas, planos, fotografías, listados o notas a pie de página. No empero se echan en falta la existencia de índices onomásticos o cronológicos. Las partes de que se compone el libro (cuatro capítulos con una introducción previa) aparecen bien estructuradas y relativamente proporcionadas con una serie de epígrafes con el fin de aclarar y conducir el proceso de integración del norte de África en la Historia de Roma.

El autor comienza la obra realizando una revisión de la situación en el norte de África a lo largo de cuatro siglos. La idea fundamental de la que parte el autor es que el Estrecho no era un punto de separación sino de unión, pues existía un escenario común entre el Magreb y Roma que era el Mediterráneo. Sabino Perea Yébenes nos explica que el Magreb era la tierra de los amazig, nombre con el que se conocían a sí mismos los habitantes de estas tierras. Entendiendo al beréber como al bárbaro, el Magreb sería la tierra de nadie habitada por tribus nómadas de costumbres primitivas y lengua incomprensible. Fue a raíz de las Guerras Púnicas cuando Roma hizo acto de presencia en el Magreb fundando una serie de ciudades, utilizando para ello el patrón de Leptis-Magna. Es de este modo como el autor sostiene que los reinos imazighen no eran sino reinos de carácter posthelenístico analizables a partir de las fuentes escritas y la arqueología. Se deja claro el hecho de que Mauritania no fue romana hasta 33 a. C., momento en el que fue confiscada por Octavio, y convertida en provincia romana en 40 d. C. Se tratan también los hechos claves de la *pax augustea* y de los Julio-Claudios. Durante estos años, y con Iuba II, estas tierras se convirtieron en un protectorado en el que los itálicos se convirtieron en las elites municipales controladoras de la población autóctona. Se abarcan también las cuestiones relativas a la *Legio III Augusta* y a las reacciones de los mauri y a la acción de Cn. Cornelius Lentulus Cassus o los musulami.

Con Claudio y Nerón se vivieron unos años de relativa paz. Ya con los Flavios mejoraron las infraestructuras, produciéndose la revuelta de namasones y la expedición a Etiopía, mientras que con Trajano mejoró considerablemente la situación con una política reintegradora de tribus y la fundación de ciudades. Por el contrario, con los Antoninos la situación fue más conflictiva como lo demuestra el episodio de las incursiones de los mauri en la Bética Hispana en 171-173 d. C. Con los Severos no se produjo sino un periodo de esplendor logístico y de política defensiva, periodo en el que el hecho más destacado fue la revuelta de 205-206 d. C. Bien entrada ya la crisis del siglo III los beréberes aprovecharon en su favor la presión bárbara sufrida por Roma, con lo que el factor beréber nunca había desaparecido, sino que en mayor o menor medida siempre ejerció presión funcionando como un obstáculo para Roma. Tras estos episodios, el autor trata ya las reformas territoriales experimentadas con Diocleciano y Constantino para pasar finalmente al proceso de pérdida con las invasiones bárbaras.

En el segundo capítulo el autor trata la cuestión de los musulami norteafricanos y el ejército romano, para lo cual el autor se sirve de un análisis crítico y filológico de una inscrip-

ción honoraria del siglo I d. C. encontrada en Cartagena, y donde aparece inscrito *Cohors Musulamiorum*. Perea Yébenes llega a la conclusión de que el sujeto de la inscripción era un itálico con funciones militares, económicas y diplomáticas en la región. Por eso se acercaría más a la figura del *curator civitatis* que a la de un hombre de armas.

El tercer apartado tratado en el libro gira en torno al estudio de la estela sepulcral del Museo Arqueológico de Rabat. Dicha estela presenta en una de sus caras una inscripción honorífica en latín datada entre los siglos III-IV. Esta estela presenta en la cara opuesta una inscripción árabe de carácter piadoso con una cronología del siglo XIV. La inscripción latina recoge el *cursus honorum* de *Aulus Caecina Tacitus, praeses baeticae*. A partir de un profundo análisis, Sabino Perea Yébenes llega a la conclusión de que el epitafio de *Aulus Caecina Tacitus* procedía muy probablemente de Algeciras o de sus proximidades, siendo llevado a Marruecos por Abu-Yusuf, sultán de los benimerines, rey guerrero a la vez que jefe religioso, para el recinto sagrado de Chella. La inscripción latina tendría una cronología aproximada de 267-306 d. C., mientras que la inscripción árabe dataría de 1307.

El último trabajo se centra en los *navicularii hispaniorum* y la *praefectura urbis* en el siglo IV. Los *navicularii* no serían sino navieros, exentos del pago de determinados impuestos que trabajaban agrupados para el Estado. Ante todo destacaron los navieros hispanos que desde África, gran productora en aceite, se dirigían a Roma. En este capítulo el autor trata también la cuestión de la organización annonaria. No fue hasta 331-333 cuando la annona perdió su independencia financiera estando por consiguiente subordinada al *praefectus urbis*. Junto a esto el servicio imperial se convirtió en municipal.

En suma y como conclusión, nos encontramos ante una breve obra que supone un reto por la reconstrucción fidedigna de inscripciones y por el análisis meticuloso de las fuentes escritas. No obstante, hay que felicitar al grupo editorial Alfar-Ixbila, dedicado a los estudios árabes e islámicos, por hacer posible que salgan a la luz estas síntesis tan útiles que permiten ampliar el conocimiento en la materia.

Miguel Ángel NOVILLO LÓPEZ
Universidad Complutense de Madrid

Ilaria RAMELLI, *Cultura e religione etrusca nel mondo romano. La cultura etrusca dalla fine dell'indipendenza*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2003, 215 pp. [ISBN: 88-7694-672-1]

La profesora Ramelli, licenciada en Clásicas y en Filosofía, viene dedicándose desde hace años —aunque no de forma exclusiva— a las relaciones entre cultura pagana y cristiana. Fruto de su intensa labor investigadora son obras como *I romanzi antichi e il Cristianesimo: contesto e contatti* (Madrid, Signifer Libros, 2000) pero también ediciones de clásicos como Musonio Rufo, *Musonio: diatribe, frammenti, testimonianze*, Milano, 2001 o Marciano Capella, *Marziano Capella, Le nozze di Filologia e Mercurio*, Milano, 2001 que ponen de relieve su envidiable formación académica. Habitual colaboradora de las revistas españolas —como *Ilu* o *Gerión*— nos presenta en esta ocasión un estudio sobre la pervivencia en el Imperio de la cultura etrusca. Partiendo de estudios conocidos, como los de Torelli, Briquel o los míos, Ramelli se propone, sin embargo, profundizar de forma orgánica y sistemática en la cuestión de la integración de los etruscos en el Estado romano y la evolución de la *Etrusca disciplina* desde los primeros siglos del Imperio hasta Constantino atendiendo especialmente a su papel cultural y religioso en el contexto romano.

La obra se inicia con un capítulo dedicado a la polémica de época augustea entre historiografía (Diodoro, Dionisio de Halicarnaso) y poesía (Virgilio, Propertio) en torno a los etruscos y al debate sobre los orígenes etruscos de Roma. Le sigue a continuación otro sobre la cultura etrusca en época julio-claudia, sobre todo, el papel del emperador Claudio, y el encuentro con el estoicismo. En el capítulo III trata sobre la “llamada” crisis del siglo segundo, en particular la relación de los emperadores de la dinastía Antonina con la aruspicina y los etruscos, la prosopografía de las familias etruscas senatoriales y la incidencia de la *Etrusca disciplina* a nivel social. El capítulo IV se dedica al florecimiento de la ciencia etrusca durante la dinastía severa (como ponen de manifiesto los *omina imperii* de Septimio Severo, Caracalla y Geta y la entrega de Alejandro Severo a la *Etrusca disciplina*).

Finalmente, en los capítulos V al VII estudia la colaboración entre arúspices, Senado, emperadores y cristianos a lo largo de los siglos III y IV. Dos apéndices, uno sobre las familias senatoriales etruscas de los siglos II y III d.C. y otro sobre la expansión geográfica y la “burocratización” de los arúspices (es decir, su transformación en funcionarios) cierran la obra que completa una extensísima bibliografía, bien reflejada en el libro, que pone de manifiesto su bien documentado contenido.

Siendo de enorme interés todo el trabajo creo que algunas páginas merecen la pena ser especialmente destacadas. Me refiero a aquellas en las que trata con enorme profundidad la cuestión etrusca en época de Augusto y Claudio y la difusión del estoicismo entre los intelectuales etruscos de época neroniana, como Musonio Rufo de Volsinii y Persio de Volterra. Hay que recordar en este último punto la publicación de un precedente artículo de I. Ramelli, de excepcional interés: “La concezione di Giove negli stoici romani di età neroniana” (*RIL* 131, 1997). También maneja sólidos argumentos cuando defiende la idea de que la cultura etrusca no entra en una crisis en el siglo II d.C. como suele afirmarse. A su juicio lo desmienten las relaciones de los emperadores de este siglo con la aruspicina oficial (como atestigua el célebre relieve del Louvre que muestra a Trajano durante una consulta aruspical) o la presencia de familias nobles etruscas en la corte de Trajano, Adriano y Lucio Vero.

En fin, disponemos a partir de ahora de una obra de gran interés que demuestra la profunda vitalidad —cultural, religiosa y política— del mundo etrusco durante los siglos del Imperio. Además de revisar y actualizar monografías y artículos anteriores sobre el tema, Ramelli es capaz de dar al problema un nuevo enfoque, hasta ahora inédito: el de las relaciones entre cultura etrusca y sociedad romana.

Santiago MONTERO

Universidad Complutense de Madrid

Miguel REQUENA JIMÉNEZ, *Lo maravilloso y el poder. Los presagios de imperio de los emperadores Aureliano y Tácito en la Historia Augusta*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2003, 97 pp. [ISBN: 84-370-5505-9].

Este trabajo es la continuación de una publicación del mismo autor cuyo título es *El emperador predestinado. Los presagios de poder en época imperial romana*. Miguel Requena realiza un exhaustivo estudio sobre los presagios “de imperio” u “*omina imperii*” relativos a los emperadores Aureliano y Tácito de finales del Siglo III d.C. Estos relatos maravillosos poseen una unidad temática y todos tienen como finalidad el anuncio del poder soberano. Los “*omina imperii*” se concentran en dos obras: las “*Vidas de los Doce Césares*” de Suetonio y la “*Historia Augusta*” de distintos autores.

Según el programa ideológico desarrollado para cada emperador se desarrollaban estos *omina imperii*, los cuales contenían estructuras ideológicas relativas al poder y creencias populares. Su transmisión oral facilitaba la alteración de los relatos y su enriquecimiento.

Flavio Vopisco Siracusano es el autor que narra la vida y los diez *omina imperii* del emperador Aureliano en la Historia Augusta. El intento por vincular al emperador desde su nacimiento con el Sol Invicto es el tema común que da unidad a estos relatos maravillosos. Estos relatos son analizados por M. Requena:

1. La madre de Aureliano era sacerdotisa del Sol y estaba dotada de ciertos poderes adivinatorios.
2. El emperador donó al templo del Sol, del cual la madre de Aureliano era sacerdotisa, un manto destinado a vestir la imagen del dios. Dicho manto, de color púrpura, fue utilizado por la madre para envolver al recién nacido Aureliano. Esto podía motivar un castigo divino por impiedad. El manto y su color son símbolos de la divinidad y de la realeza. De esta forma se constata el rito de iniciación de Aureliano al culto solar o a los misterios mitraicos.
3. Cuando Aureliano entró en Antioquía en un carruaje, porque no podía hacerlo a caballo a causa de una herida, un manto púrpura se vino abajo cubriéndole los hombros. Este acto pudo deberse a la voluntad divina. Tanto la capa, manto, como la cuadriga son atributos del Sol o de Mitra.
4. Aureliano como legado visita Persia. En su visita recibe una pátera con una imagen del Sol, la cual solía ser ofrecida al emperador.
En aquel momento el emperador estaba retenido como prisionero de guerra. El emperador representaba a la comunidad romana ante hombres y dioses. Que Aureliano reciba esta pátera simboliza hacerse cargo del poder soberano en Roma. Asimismo la representación solar representa en Persia la proclamación o legitimación imperial.
5. Siendo Aureliano aún niño, una serpiente se enroscó varias veces en su palancana de baño. El baño tiene un simbolismo mágico-religioso por el carácter purificador y el poder ctónico del agua. El agua es un protector contra los encantamientos, símbolo de la renovación de la vida y forma parte de los ritos de iniciación de los cultos místicos. La serpiente simboliza el animal regio, con carácter ctónico, apotropaico, espíritu de ancestros, emblema de fecundidad, símbolo de resurrección y de vida, guardián de templos y personas.
Este relato vaticina que Aureliano es el elegido, predestinado para ser soberano.
6. Tras el nacimiento de Aureliano brotaron en la casa materna rosas de color púrpura, con perfume de rosa y pétalos de oro. Tanto la rosa como el oro son símbolos y atributos solares. Emblemas del Sol y de Mitra.
7. A la madre del futuro emperador le nació un novillo enorme, blanco con manchas púrpuras, las cuales dibujaban el saludo *AUE* y una corona. Símbolos mitraicos son el color blanco y la corona utilizados en rituales. *Aue* saluda simbólicamente el nacimiento de un nuevo emperador, iniciado en la religión mitraica con derecho a llevar la corona del Invencible.
8. Un águila levantó al recién nacido y lo colocó en el altar de un santuario cercano que se encontraba sin fuego. El Águila es atributo de Júpiter y de los reyes. El fuego es un elemento también de dioses, purificador y renovador.
9. En el *Omen* relatado en el punto tres Aureliano tuvo que cambiar tres veces de transporte. Después de lo relatado anteriormente en el punto tres Aureliano quiso trasladarse a caballo, puesto que estaba mal visto utilizar carruajes en la ciudad, al cual le acercaron uno de los del emperador mas cuando se dio cuenta de tal circunstancia

cambió a otra montura de su propiedad. La anécdota de ser mal visto remite a la tradición del miedo al *'fascinum'* o a la *'invidia'* tanto de los dioses como de los hombres. Asimismo el caballo es símbolo de soberanía y atributo real.

10. Aureliano fue el único particular en Roma que poseyó un elefante propio. Animal vinculado al Sol y a la soberanía.

Estos *Omina Imperii* quedan encuadrados dentro del contexto histórico del reinado de Aureliano. Este emperador efectuó una gran reforma religiosa convirtiendo al Sol como dios supremo del Imperio. Este culto oriental supo dar respuesta a los cambios culturales y espirituales de la sociedad romana, con tendencias monoteístas. También sirvió a los objetivos centralistas y absolutistas del nuevo emperador. Además este dios englobó todos los cultos y divinidades relacionadas con él, como los cultos de Júpiter, Apolo, Marte, Serapis, Atis, Baal, Hércules, Adonis, Osiris, Mercurio y Mitra. Mediante el culto solar se restablece el orden establecido.

Los presagios de poder u *Omina Imperii* del emperador Tácito nos los narra el erudito Flavio Vopisco Siracusano en la Historia Augusta. Los relatos de este emperador se centran en dos elementos básicos:

1. La importancia simbólica del color púrpura, emblema de soberanía a través de libaciones de vino que toman este color, o de vendimias de uvas blancas que toman el color púrpura en el año que Tácito toma el trono.
También en estos relatos tenemos el elemento religioso-mágico de la palabra humana como una *'aclamatio'* de elección imperial. Un hombre aclama a Tácito como sucesor en el trono.
2. Los templos y cultos de Silvano y Hércules. Entre ambas divinidades se encuentran similitudes. Silvano es un dios vinculado al bosque, dios pastoral, de los límites, protector del hogar, con una función oracular-profética (el hombre que aclama a Tácito lo hace desde el templo de este dios) de carácter oral revelando el futuro. Este dios al igual que Hércules se vincula con el ámbito militar.

Dentro del contexto político del reinado de Tácito, éste fue proclamado por el Senado y aceptado por el pueblo y el ejército. Tácito simboliza una restauración de poder por parte del Senado pero al mismo tiempo representa la idea de concordia y participación entre esta institución y la del ejército. El emperador había sido elegido desde su nacimiento por Silvano y Hércules, dos divinidades militares, para alcanzar la dignidad suprema, y el Senado confirmaría tal elección posteriormente.

Los *Omina Imperii* son el reflejo popular del programa ideológico imperial. Estos relatos son recogidos posteriormente y ordenados cronológicamente.

Marta BAILÓN GARCÍA

Universidad Nacional de Educación a Distancia

José Ramón AJA SÁNCHEZ, *Historia y arqueología de la tardoantigüedad en Cantabria: la cohors I Celtiberorum y Iuliobriga. Un ensayo histórico sobre la Notitia Dignitatum Occidentis XLII.30*, Madrid, Signifer Libros, 2002, 211 pp. [ISBN: 84-932043-2-3].

El libro que paso ahora a comentar se enmarca dentro de las monografías dedicadas por la editorial Signifer a la historia militar romana, para cuyos estudios están suponiendo un importante impulso.

En este caso, el profesor Aja Sánchez parte de la idea de que el fragmento de la *Notitia Dignitatum* que menciona a *Iuliobriga* como lugar de destino, durante finales del siglo IV d.C., de la *cohors I Celtiberorum* se ha convertido en un *topos* literario. El autor afirma que ese traslado de tropas es poco o nada creíble, y para ello llevará a cabo una importante crítica textual, en especial de la *Notitia*, además de la recopilación de una serie de datos arqueológicos que apoyan firmemente su hipótesis. Debido a las dificultades que supone la escasez de textos, materiales y estudios sobre un tema, quizá demasiado constreñido en el espacio y el tiempo, el autor declara la necesidad de hacer interpretaciones más amplias de unas fuentes que son las mismas para todos los estudiosos, y que si fueran por todos seguidas al pie de la letra darían lugar a distintos trabajos con unas mismas conclusiones. Así, se pretende una revisión de las fuentes y de los materiales de la tardoantigüedad cántabra para acabar con este tipo de *topos* y para avanzar en la comprensión de los fenómenos históricos de la Antigüedad tardía. En realidad, tales interpretaciones se hacen necesarias para que la historiografía no se mantenga anclada en parámetros tradicionales que, en numerosas ocasiones, suponen un lastre para el conocimiento histórico.

En este sentido, el profesor Aja hace balance en un apéndice, curiosamente situado al comienzo del libro, de los diferentes asentamientos militares que albergaron unidades militares romanas en el norte peninsular. Gracias a los estudios arqueológicos, el autor resume que la mayoría de estos asentamientos debieron su ubicación al control estratégico de zonas importantes de comunicación, al control de los recursos auríferos y a labores policiales. Otra característica general es la de su cercanía a las vías más importantes, lo que suponía una fácil y rápida reacción de las tropas ante cualquier imprevisto, además de simplificar las tareas relacionadas con la logística y la intendencia. Entre los diferentes yacimientos recogidos se destaca el caso de Pamplona, ya que se trata de un ejemplo de que la *Not. Dig.* no siempre coincide con la realidad arqueológica. En este caso, la *Notitia* no menciona que hubiera tropas allí acuarteladas a principios del siglo V, algo de lo que hay constancia gracias a la carta que el emperador Honorio dio a esa guarnición. Para el autor, ésta sería una situación similar, aunque a la inversa, de la de *Iuliobriga*. Este yacimiento, situado en el cerro de Retortillo (Reinosa), no cumple con los patrones generales dados para los asentamientos militares del norte peninsular, y, lo que es más importante, la arqueología no ha dado con ningún rastro de tipo militar en él.

El conflicto estribaría, por tanto, en la mención de la *Not. Dig.* XLII.30: “*Tribunus cohortis Celtiberiae, Brigantiae, nunc Iuliobriga*”, la cual ha sido considerada como fiable, seguramente por su aspecto de documento burocrático, por parte de casi toda la historiografía al respecto, como bien muestra el profesor Aja, quien critica que tal afirmación se haya hecho siempre de espaldas a los datos arqueológicos de *Iuliobriga*. La cuestión es que el material arqueológico se encuentra en clara contradicción, tanto en Retortillo como en toda Cantabria, con la afirmación de la *Notitia*. Así, uno de los puntos fundamentales para la refutación de Retortillo como lugar de acuartelamiento de tropas se basa en el hecho de que el desarrollo urbano de *Iuliobriga*, población que el mismo autor ha excavado, no se alargó más allá de la segunda mitad del siglo III, y que en la segunda mitad del siglo IV (fecha aproximada de la composición de la *Notitia*) ni siquiera existiría como ciudad, como indican restos arqueológicos tales como vidrios, monedas, lucernas o fragmentos de *terra sigillata* que sólo se pueden remontar, como mucho, al siglo III d.C. Además, los campamentos suelen dejar huellas arqueológicas claras, algo que, en el caso de *Iuliobriga*, no aparece por ningún lado. De este modo, se observa que Aja Sánchez tampoco cree en un origen “campamental” para *Iuliobriga*. Una incursión fuera de la recta línea de la historiografía tradicional, y la ayuda de la arqueología bastan, por tanto, para desmontar un *topos* literario asentado como éste.

Al seguir esta línea, el autor quiere derribar la idea de que la *Notitia Dignitatum* es un documento fiable, en virtud de su aspecto frío, objetivo y estadístico. En realidad, la *Notitia* tendría la intención de subrayar y reforzar la idea de la unidad del Imperio, cuando éste estaba a punto de desaparecer como tal. Según el profesor Aja, se pretendía presentar un Imperio en armonía, y por ello no se tiene en cuenta, en tal documento, la realidad contemporánea, sino épocas anteriores, quizá a partir de varios textos o *notitiae* confeccionadas en épocas distintas, lo que también dificultarían los intentos para conocer su fecha de redacción.

Pero en el libro no sólo se discute la mención de la *Not. Dig.*, XLII.30, sino que también se intenta seguir el rastro de la *cohors I Celtiberorum*, citada en este polémico fragmento. Para ello utiliza la epigrafía que la cohorte fue dejando a su paso. El autor apuesta, frente a otros autores citados en el libro, por una sola *cohors* que tras la leva en Hispania en época julio-claudia, sería trasladada a Britania en el siglo II, y que realizaría misiones esporádicas en otros lugares, lo que explicaría los restos epigráficos de esta cohorte en Britania, Mauretania Tingitana e Hispania. A finales del siglo II o a comienzos del III, habría vuelto, de forma permanente, a Hispania, según Aja, a *Brigantia*, lugar del supuesto origen de la cohorte en su camino hacia Cantabria. Aquí el profesor Aja no se olvida de recalcar que la movilidad fue una de las principales características del ejército romano, ni de que las diversas unidades militares podían dividirse en otras de menor número de efectivos para atender diversas tareas de un modo simultáneo. El problema radica en que la epigrafía cubre la existencia de esta cohorte sólo hasta el siglo II, siendo las noticias posteriores procedentes de la *Notitia*.

Por otro lado, el autor afirma que la *cohors I Celtiberorum* habría sido desmantelada a finales del siglo IV, debido, principalmente, al largo período de paz que disfrutaría el Imperio desde el 250 d.C. hasta los primeros años del siglo V. Hasta ese desmantelamiento, habrían existido tropas en *Brigantia*. Si la *cohors* hubiera salido de este lugar, como se afirma en la *Notitia*, nunca podría haber llegado a *Iuliobriga*, ya que para esas fechas esta población simplemente no existiría. Por otra parte, el autor no niega un posible movimiento de tropas desde *Brigantia*, sino que intenta dar otro sentido a esa contingencia. La visión historiográfica tradicional había fundamentado ese traslado de tropas a Cantabria en una posible reordenación militar durante el siglo IV ante las invasiones germánicas. El profesor Aja Sánchez rechaza esa teoría, al no aparecer evidencias del enfrentamiento militar entre la *cohors* y los pueblos invasores. También se recuerda en el libro que suevos, vándalos y alanos entraron en la Península sin apenas oposición, lo mismo que había ocurrido poco antes con Gerencio y con su entrada en el norte de la Península durante la usurpación de Constantino III. En realidad, ni usurpadores ni invasores se encontraron con un ejército romano en el norte peninsular. La única oposición que tuvieron fueron las tropas godas que luchaban por orden de Roma. Así, el autor pretende demostrar que las tropas que, a finales del siglo IV y principios del siglo V, se encontraban en el norte llegaron “por circunstancias concretas y puntuales” (p. 151). Además, se hace difícil pensar que todavía en esos momentos el Estado romano pudiera seguir pagando y abasteciendo unas tropas que estuvieran allí emplazadas.

A modo de conclusión, el autor argumenta que la salida de la *cohors* pudo estar dirigida hacia Lugo, lo que explicaría la estabilidad de esta ciudad en tiempos tan tumultuosos como fueron estos en el norte, característica que se mantuvo hasta el 460 cuando la ciudad fue tomada por los suevos. El *conventus Lucensis* habría sido el lugar de emplazamiento definitivo de la *cohors* a finales del siglo II (tras las diversas operaciones antes mencionadas), y allí se habría mantenido hasta su desmantelamiento oficial. Así, la información de la *Not. Dig.* XLII podría hacer referencia a un tribuno de la *cohors* que, por cualquier circunstancia, podría haber sido enviado a *Iuliobriga*. *Brigantia*, en cambio, habría sido la base campamental y el centro de operaciones, desde el cual partirían las diferentes *vexillationes* en distintas misiones, siendo, posiblemente, una de éstas la de salir a defender la ciudad cercana

de Lugo. Nuevas excavaciones que se esperan en *Brigantia*-Cidadela podrían dar una respuesta en uno u otro sentido.

El autor termina con una reflexión muy interesante afirmando que, a pesar de la crítica de la *Notitia* que desarrolla a lo largo de todo el libro, todas las fuentes escritas antiguas son siempre aprovechables, en mayor o menor medida. Lo argumenta diciendo que las fuentes, aún siendo parciales, pueden servir para análisis más profundos de cualquier cuestión. El problema, en este caso, es que la *Notitia Dignitatum*, a pesar de su apariencia de documento frío, aséptico, administrativo, contable y burocrático, es muy poco fiable, algo que debería replantear a todos los historiadores muchos conceptos preestablecidos sobre las fuentes. Precisamente, es esta visión alejada de esquemas prefijados una de las características más notables de un libro muy completo en todos los aspectos, ya que no sólo aporta unos datos muy válidos y sólidos para el conocimiento de la tardoantigüedad en el norte peninsular, sino que también trata de dar una visión más amplia sobre cómo se deben manejar las diversas variables historiográficas para avanzar en el conocimiento y no caer en tópicos recurrentes.

Jorge MATAMALA GALVÁN
Universidad Complutense de Madrid

László BORHY, *Notitia utraque cum Orientis tum Occidentis ultra Arcadii Honoriique Caesarum tempora*, Budapest, ed. Pytheas (www.pytheas.hu), 2003 [ISBN: 963-7483-35-7].

El libro reseñado es un facsímil realizado mediante la digitalización de la *editio princeps* de la *Notitia Dignitatum*, que fue publicada en la ciudad de Basilea en el año 1552. El ejemplar en cuestión se encuentra expuesto en el Museo Smidt de la ciudad húngara de Szombathely (la antigua Savaria), y se ignora el modo en qué llegó hasta él. Se trata de la edición que publicó Sigismundus Gelenius (1497-1554) en el productivo taller de Johannes Frobenius. Originario de Praga, Gelenius vivió en Pavia, Bolonia y Venecia antes de establecerse en Basilea, donde desarrolló a lo largo de los últimos treinta años de su vida una intensa actividad como experto filólogo y editor de obras de autores griegos y latinos, no sólo la *Notitia Dignitatum*, sino también la obra de Apiano, Filón o Plinio el Viejo entre otros.

La edición corre a cargo de László Borhy, quien realiza en primer lugar una introducción (en húngaro), que constituye un completo estado de la cuestión sobre la *Notitia Dignitatum*: finalidad de la obra, análisis del sistema militar y administrativo durante la Antigüedad Tardía, estudio de las ilustraciones (símbolos de las magistraturas, personificaciones de las provincias, fortificaciones, *clipei*, inscripciones sobre libros y monumentos, etc.), explicación de los símbolos, aspectos filológicos (lenguaje más administrativo que literario, repetición de términos), etc. Borhy dedica asimismo un espacio a la transmisión manuscrita de la *Notitia Dignitatum* hasta el Renacimiento, y realiza una síntesis sobre la *editio princeps* y una breve biografía sobre Gelenius. Todo ello se completa con una exhaustiva bibliografía.

A la introducción sigue la edición facsímil de la obra de Gelenius, respetando escrupulosamente su tamaño y sus colores originales. La edición canónica de Seeck (1876), indudablemente de gran calidad y relevancia, pero realizada en blanco y negro y en pequeño tamaño, no había permitido considerar la gran importancia que tiene el uso de diferentes colores para la comprensión integral del texto. Esto es lo que hace posible la nueva edición llevada a cabo con pulcritud por Borhy y por la editorial Pytheas, que es tanto una hermosa pieza de

bibliófilo como un instrumento de trabajo imprescindible para quien trabaje sobre la Antigüedad Tardía, a partir de ahora la nueva obra de referencia para todo aquel que desee acercarse a un documento tan complejo como la *Notitia Dignitatum*, que en los últimos años ha recibido asimismo un empuje en su estudio gracias a las publicaciones de la investigadora hispana Concepción Neira Faleiro, quien está a punto de dar a la luz una nueva edición crítica de la *Notitia**.

Francisco PINA POLO
Universidad de Zaragoza

Cristóbal MACÍAS VILLALOBOS, *Ciencia de los astros y creencias astrológicas en el pensamiento de san Agustín* (Mediterranea 7), Madrid-Málaga, Ediciones Clásicas (Charta Antiqua), 2004, 304 pp.

El estudio que presentamos a continuación es obra de C. Macías, miembro del grupo de investigación de la Universidad de Málaga, dirigido por el Dr. A. Pérez Jiménez, especializado en la astrología antigua. En él se trata de arrojar luz sobre algunas cuestiones tan debatidas como los verdaderos conocimientos que Agustín tenía sobre la astrología — resulta paradójico que habiendo sido practicante de la pseudociencia, apenas aparezcan precisiones de carácter técnico en su obra— y las posibles fuentes de que se sirvió. Asimismo, este trabajo supone la culminación de un camino ya emprendido en estudios anteriores¹.

El trabajo, prologado por S. Montero, consta de una introducción con el plan general. La primera parte, “Vida y formación intelectual”, busca puntos de contacto con la astronomía y la astrología en la educación y el periplo religioso de Agustín. En la segunda, “San Agustín y la ciencia de los astros”, se determina el calado y origen de sus conocimientos técnicos a través de un acertado e ilustrativo estudio léxico. La tercera, “San Agustín y la astrología”, tras hacer una descripción pormenorizada de la actitud de la Iglesia frente a la pseudociencia, disecciona *in extenso* el origen y la trascendencia de sus argumentos contra la astrología y el fatalismo astral. Las “Conclusiones” recogen una valoración sintética ordenada y muy reveladora. Se añade una “Bibliografía” muy completa, en la que no se advierten faltas y que distingue entre las fuentes empleadas para la elaboración del trabajo y los estudios, donde, además de los citados en el texto, se refieren otros pertinentes. Como colofón, se incluye un apéndice cronológico de las obras de san Agustín, muy útil ante la precisiones que realiza C. Macías en alguna de sus hipótesis.

El primer capítulo se propone dilucidar por qué vía se instruyó Agustín en el conocimiento de los astros. Para ello, hay que determinar en primer lugar cuál era su dominio del griego, lengua en que estaban escritos los principales tratados científicos sobre el tema. Apoyándose sobre todo en H. I. Marrou y P. Courcelle, el autor postula que sólo al final de su vida pudo Agustín manejar con una mínima soltura la lengua helena, puesto que su for-

* C. Neira Faleiro, *Notitia Dignitatum: edición crítica con notas e índices, historia del texto e iconografía con CD-Rom*, Series Nueva Roma, CSIC, Madrid 2004.

¹ “San Agustín y la argumentación antifatalista de Carnéades”, *Actas de las Jornadas de Historia de la Astrología en la Antigüedad*, 1.ª parte, *Beroso* 4 (2001) 88-103; y “Léxico astronómico y astrológico en san Agustín”, en A. Pérez y R. Caballero (eds.), *Homo Mathematicus, Actas del Congreso Internacional sobre Astrólogos Griegos y Romanos celebrado en Benalmádena (Málaga), 8-10 octubre 2001*, Málaga, 2002, págs. 337-384.

mación no le alcanzó para leer más allá de textos que ya conociera por traducciones latinas. Aparte del testimonio del propio Agustín, que reconoce su aversión inicial a la lengua griega, su uso de los helenismos revela un conocimiento bastante elemental.

Despejada la primera incógnita, se plantea el autor cuál era su conocimiento de las materias científicas, en particular de la astronomía. Teniendo en cuenta que Agustín desconoce el griego y es un hombre de cultura fundamentalmente latina, tras analizar el lugar que ocupaban los estudios científicos en el currículo escolar de la época y los manuales disponibles, no podemos hacernos muchas ilusiones al respecto. Es muy posible que su formación en materia astronómica pasara por dos etapas: una, la de la escuela, donde habría adquirido conocimientos muy rudimentarios, y otra, a partir de los veinte años, donde profundizó algo más, siempre a través de literatura de segunda mano (sin duda, Cicerón y Varrón).

Esta segunda etapa debió de coincidir con el largo periodo en que estuvo en contacto con el maniqueísmo, años en los cuales, según su propia confesión, también mantuvo contacto asiduo con la astrología. Las cuestiones astrales desempeñaban un papel importante en el dogma de la secta. Pero gracias a la lectura de ciertos “filósofos”, que no menciona, Agustín descubrió importantes incongruencias en sus explicaciones astronómicas, que nadie en la secta, ni siquiera el famoso Fausto, fue capaz de explicarle. Ello a la larga influyó en su abandono definitivo del maniqueísmo. Sobre quiénes fueran esos filósofos, hay dudas; ahora bien, de lo que no cabe duda es de que de ellos no aprendió astronomía matemática, según opina David Pingree.

Asimismo, su afición por la pseudociencia se debió, según reconoce el propio Agustín, a que ésta no recurría a sacrificios ni a demonios y al prestigio de los autores que escribieron sobre ella. Como resultado de ello, adquirió un dominio de la materia suficiente como para resolver dudas en cuestiones astrológicas a amigos como Fermín. Además, C. Macías hace hincapié en un hecho importante: Agustín no abandonó la astrología al tiempo que el maniqueísmo, sino cuatro años más tarde, concretamente en 386. Aún no se había hecho cristiano y mientras tanto aprovechó su amistad con miembros de la secta para progresar profesionalmente. No obstante, los reproches que le dirigían amigos suyos, como Nebridio y Vindiciano, quien en su momento también se vio atraído por la pseudociencia, alentaban en él la duda de si los aciertos de los astrólogos se debían a la existencia de un verdadero arte o, por contra, al puro azar. La anécdota de Fermín (*conf.* 7, 6, 8), nacido bajo el mismo signo que un esclavo pero con una vida completamente diferente, y el argumento de los gemelos le proporcionaron las pruebas que con tanto ahínco buscaba para romper con la astrología.

Tras su conversión al cristianismo, en su lucha contra las herejías, Agustín emprendió una dura batalla contra la astrología y las peores consecuencias del fatalismo astral, cuyos mejores argumentos se reúnen en su obra principal, *La Ciudad de Dios*.

C. Macías, tras analizar la actitud de Agustín frente a la astronomía —ciencia que admira por su exactitud y verdad y cuyo conocimiento a nivel elemental considera útil, pero que no ayuda a alcanzar la verdadera sabiduría, la *sapientia*— dedica el segundo capítulo a un brillante estudio del léxico astronómico y astrológico, siguiendo para ello a A. Le Boeuffle, *Les noms latins d'astres et de constellations*, Les Belles Lettres, París, 1977. Lo articula sobre un doble eje: denominaciones genéricas y concretas de los asterismos. Detecta un predominio de términos no especializados, de escasa precisión y con engorrosas sinonimias. Además, en esta terminología, junto a los sentidos astronómicos, abundan los propiamente astrológicos, muchos de los cuales aparecen en su caracterización de los planetas, casi siempre formando parte de su argumentación antiastrológica y antifatalista.

Asimismo, son muchos los detalles de carácter técnico que se detectan en su obra. Habla de que las estrellas se componen de fuego y tienen forma redondeada (idea platónica); conoce la retrogradación de los planetas y que las estrellas fijas tienen un movimiento diurno; da

muchos detalles sobre el comportamiento astronómico del Sol y de la Luna, entre otros, la mención a las dos teorías que había sobre el origen de la luz de la Luna, o su explicación sobre las fases lunares; en fin, da también algunos detalles sobre el comportamiento de los planetas (que Júpiter tarda 12 años en recorrer su órbita y Saturno 30, o que los planetas tienen un movimiento contrario al de la bóveda del cielo). Es decir, son los conocimientos propios de un autor que está familiarizado con las cuestiones fundamentales suscitadas por la ciencia astronómica, aunque sin que se le pueda considerar un experto.

Respecto a sus fuentes, por el análisis de los pasajes con implicaciones astronómico-astroológicas, éstas estarían constituidas por autores como Cicerón, Varrón y Apuleyo, que utilizó a menudo en su obra y que en parte constituían la base del currículo escolar de la época. Añadamos a ello los textos bíblicos y sus comentaristas, más otros autores, como Plinio, Vitruvio, Calcidio o Avieno, que no formaban parte del currículo escolar y que sólo manejó circunstancialmente. Como se ve, hay una ausencia absoluta de fuentes griegas.

El tercer capítulo versa sobre la postura de Agustín ante la astrología. Para enmarcarla, el autor arranca con un estudio de la actitud de la Iglesia ante la pseudociencia. En una línea que desciende desde Carnéades y que fue común a la apologética judía, la Iglesia rechazaba la astrología por sus implicaciones contrarias al libre albedrío. El sometimiento a los astros descargaba a los hombres de la responsabilidad de sus actos, hecho intolerable para la moral cristiana. Con esa restricción, hubo intentos cristianos de reconciliación parcial con la astrología². Es lógico, ya que las mismas Escrituras contienen referencias astroológicas.

A continuación, el autor analiza las opiniones de Agustín sobre los astrólogos. Aparte de incluirlos entre los adivinos y de criticar su hipocresía, pues no se rigen por los mismos preceptos con que aleccionan a los consultantes, censura el comportamiento de los cristianos que acuden a ellos. C. Macías trata con especial atención un pasaje de la *Enarratio in Psalmum LXI*, donde se trata de la conversión al cristianismo de un individuo que, antes de dedicarse a la astrología, ya había sido cristiano. Apoyándose en argumentos internos, cuestiones fraseológicas principalmente, y externos, como detalles del proceso, el autor se adhiere a la tesis de L. C. Ferrari: el astrólogo arrepentido bien pudiera ser el propio Agustín.

El grueso de la argumentación de Agustín se inserta en la línea iniciada por Carnéades, tradición que el autor la disecciona en un epígrafe aparte³. Tras hacerse eco de las distintas posturas que suscita la transmisión indirecta de la doctrina de Carnéades, el autor da una relación ordenada de sus argumentos contra la genetialogía y el fatalismo astral. Además, analiza los distintos estratos de la transmisión, esencial en este caso, ya que la argumentación de Carnéades llega a Agustín por medio de Cicerón principalmente.

El siguiente epígrafe muestra cómo emplea Agustín este arsenal de argumentos, cómo los poda, moldea y marca con su sello. El grueso del ataque contra la genetialogía se concentra en *La Ciudad de Dios* 5, 1-7, donde toma de Cicerón, entre otros, el argumento de los gemelos y lo desarrolla en una extensa casuística.

C. Macías demuestra lo anacrónica que resulta la mayor parte de su argumentación antiastroológica, puesto que las inconsistencias que el santo puso de relieve ya las había refutado Ptolomeo siglos antes, algo que el de Hipona parece ignorar por completo y que constituye una de las pruebas más sólidas de que nunca manejó directamente la obra del alejandrino. El santo concluye que no hay arte tras la astrología, sino azar e intervención de los demonios.

² C. Macías repasa los argumentos de autores como Tertuliano, Hilario de Poitiers, Zenón de Verona, Ausonio, Orígenes o Bardesanes de Edesa.

³ El epígrafe 3.1. "La argumentación antiastroológica y antifatalista de Carnéades en sus fuentes".

Contra el fatalismo astral, Agustín compuso *De libero arbitrio*. Se retoman los argumentos de Carnéades, que criticaba a quienes eludían la responsabilidad de sus iniquidades. En las coordenadas cristianas resultaba difícil de conciliar el libre albedrío con Dios como causa eficiente universal, pues habría de ser causa incluso del mal. En esa misma tesitura Cicerón había negado la presciencia divina; Agustín, por su parte, dio una solución poco satisfactoria, pues concluyó que el libre albedrío, la capacidad para obrar bien o mal, era un don divino y, por tanto, intrínsecamente bueno, y que el impulso que llevaba al hombre a pecar provenía de la mente, era un acto de voluntad. Por tanto, el hombre era responsable último de sus actos. Por contra, admite la influencia de los astros en el apartado físico, por lo que su argumentación presenta grietas importantes.

El repaso que el autor hace en el último apartado del capítulo⁴ a la actitud ante la astrología de autores de finales de la Antigüedad, medievales y del periodo renacentista, revelan la importante impronta del pensamiento agustiniano en todos ellos. Hay motivos recurrentes entre sus seguidores, que van desde los más cercanos como Paulino de Nola a los más lejanos como Juan de Salisbury. Además, comenta cómo las incongruencias del argumento agustiniano contra el fatalismo astral contribuyó a una cierta revitalización de la pseudociencia en la Edad Media. No obstante, este repaso diacrónico deja claro que, si bien influyó sobre los detractores de la astrología, no fue uno de los causantes de su declive definitivo, que vino de la mano del desarrollo científico.

En las conclusiones, C. Macías repasa las tesis parciales que ha ido extrayendo al final de cada capítulo y traza un revelador retrato de Agustín: es la línea que va desde sus tempranos contactos con la astrología y su familiaridad con la genetliología, hasta su abandono de la pseudociencia y su institución como referente de los detractores.

A la luz de lo descrito, la valoración global sólo puede ser positiva. Metodológicamente, hay que destacar la destreza de C. Macías en el estudio del léxico, significativo por lo que aporta al fondo de la cuestión. Otra muestra de su rigor científico es que, en todo momento, aporta los textos a los que se refiere y además los traduce, por lo que la obra trasciende el ámbito de los latinistas. En cuanto al fondo, se aportan contenidos de gran valor lingüístico, filosófico y astronómico-astroológico para formar una tesis sólida y verosímil. En consecuencia, se puede concluir que, a pesar de que hay tanto dicho, la obra de C. Macías ocupa por méritos propios un lugar importante en la bibliografía sobre el tema.

J. M. ORTEGA

Valerio NERI, *La bellezza del corpo nella società tardoantica. Rappresentazioni visive e valutazioni estetiche tra cultura classica e cristianismo* (Studi di Storia, 10), Bologna, Patròn editore, 2004, 413 pp. + 31 figs. [ISBN: 88-555-2763-0]

La figura de Valerio Neri, profesor de Antigüedad Tardía en la Universidad de Bolonia, es sobradamente conocida por sus numerosos y fecundos estudios de los que, en los últimos años, destacan *Medius princeps. Storia ed immagine di Costantino nella storiografia latina pagana* (Bologna, 1992) o *I marginali nell'Occidente tardoantico. Poveri, infames e criminali nella nascente società cristiana* (Bari, 1998). Este año nos presenta una nueva obra centrada en la belleza del cuerpo en la sociedad tardoantigua. La representación del cuerpo ha sido objeto de investigación en muchas ocasiones pero casi siempre centrada en los aspectos

⁴ 3.3. "Influencia de la actitud de Agustín frente a la pseudociencia".

iconográficos y artísticos mientras su dimensión social, cultural, religiosa o filosófica ha venido siendo hasta la fecha descuidada. La intención de esta obra, según nos anuncia su propio autor, no es otra que la de reconstruir a través de la literatura pagana y cristiana tardías, un “disegno sintetico di queste prospettive della visualità tardoantica” proporcionando así al lector una visión global de la sociedad y de la cultura de aquella época.

El objetivo, pues, de este estudio tan novedoso —como también metodológicamente— es la dialéctica entre cultura clásica y cultura judeo-cristiana en torno a la visualización y estética del cuerpo. Un elemento sustancialmente nuevo, en su opinión, respecto a la cultura clásica e incluso respecto al judaísmo bíblico es la actitud de control o de rechazo de la visión del cuerpo, sobre todo el de la mujer, que fue introducido por la cultura cristiana a partir del *Pedagogo* de Clemente de Alejandría como profilaxis de la concupiscencia. Los Padres de la Iglesia no sólo se interesan y preocupan por la desnudez del cuerpo o por el maquillaje, los adornos y el vestido, sino por la belleza del cuerpo en sí mismo. Este control constituye un elemento de la ascesis cristiana y es particularmente aconsejado a todos los varones cristianos con la intención de que es mejor evitar la tentación que, exponiéndose a ella, intentar dominarla. Neri reconoce el antecedente directo de esta actitud cristiana en el moralismo judaico de época helenística que encuentra su primera expresión en el libro del Sirácida y que se manifiesta después en textos apócrifos como los *Testamentos de los XII Patriarcas* y el *Libro de Enoch* así como en Filón de Alejandría. Aunque dicha actitud viene ocasionalmente contestada, la posición de quien consideraba necesario un control de la mirada era mantenida por grandes autoridades de la iglesia tardoantica, como por ejemplo Agustín, quien condena la *perversa simplicitas* de quienes creían en la inocencia de la admiración ante la belleza de los cuerpos.

También las mujeres, y sobre todo las vírgenes, eran llamadas a una continua vigilancia de la mirada del cuerpo masculino aunque generalmente dicha mirada no era considerada tanto un deseo del cuerpo masculino como una aceptación o una solicitud de la concupiscencia masculina. Esta tendencia de la cultura cristiana tardoantigua se manifestará, al menos hasta finales del siglo IV, en el rechazo de un imaginario corpóreo de las figuras divinas que va más allá de la prohibición del uso de imágenes divinas como objeto de culto. Los Padres de la Iglesia, observa Neri, se abstienen de hablar tanto de un Cristo físicamente feo como bello y lo mismo podría decirse de la apariencia física de María o de los ángeles. No obstante, en los propios escritos de los Padres encontramos numerosos testimonios de la difusión y de la fuerza entre los fieles del imaginario corpóreo de las figuras divinas. A partir del s. V y, sobre todo, del VI, la actitud de los Padres a propósito de la imagen corpórea de las figuras religiosas cambia radicalmente: Cristo, la Virgen, los ángeles, los santos, los mártires son todos ellos —en la literatura hagiográfica y en ambientes monásticos—, de una extraordinaria belleza, paradigmas, como señala el autor del libro, de perfecta correspondencia entre contenidos espirituales y apariencia externa. Bien diversa, como pone al descubierto Valerio Neri, es la actitud de los autores cristianos respecto al cuerpo de las figuras femeninas representativas de la iglesia tardoantigua, las mártires y ascetas, pues el elemento erótico puesto al descubierto con la desnudez durante las torturas y el martirio, es objeto de deseo de sus perseguidores. El cuerpo de las mujeres que eligen el camino ascético, sobre todo las que provienen de las élites sociales, es descrito también a menudo como bello y objeto del deseo masculino, pero la belleza del cuerpo vendrá “domata e cancellata” por la ascesis. En fin, la última parte del trabajo, se reserva a la “representación visual” de figuras carismáticas de los ambientes laicos o incluso paganos, como emperadores y filósofos así como a la representación física de los bárbaros —germanos, hunos, etíopes— que se alejan de los cánones estéticos típicos del mundo greco-romano.

Se trata, en suma, de una obra extraordinariamente bien elaborada que pone de manifiesto el profundo conocimiento de las fuentes tardías de su autor además de la lectura de una

extensísima bibliografía y, de enorme interés por su novedosa temática demostrando que disciplinas aparentemente tan dispares como el arte, la religión, el pensamiento o la literatura se dieron cita en la Antigüedad Tardía en la representación de la belleza corporal.

Santiago MONTERO
Universidad Complutense de Madrid